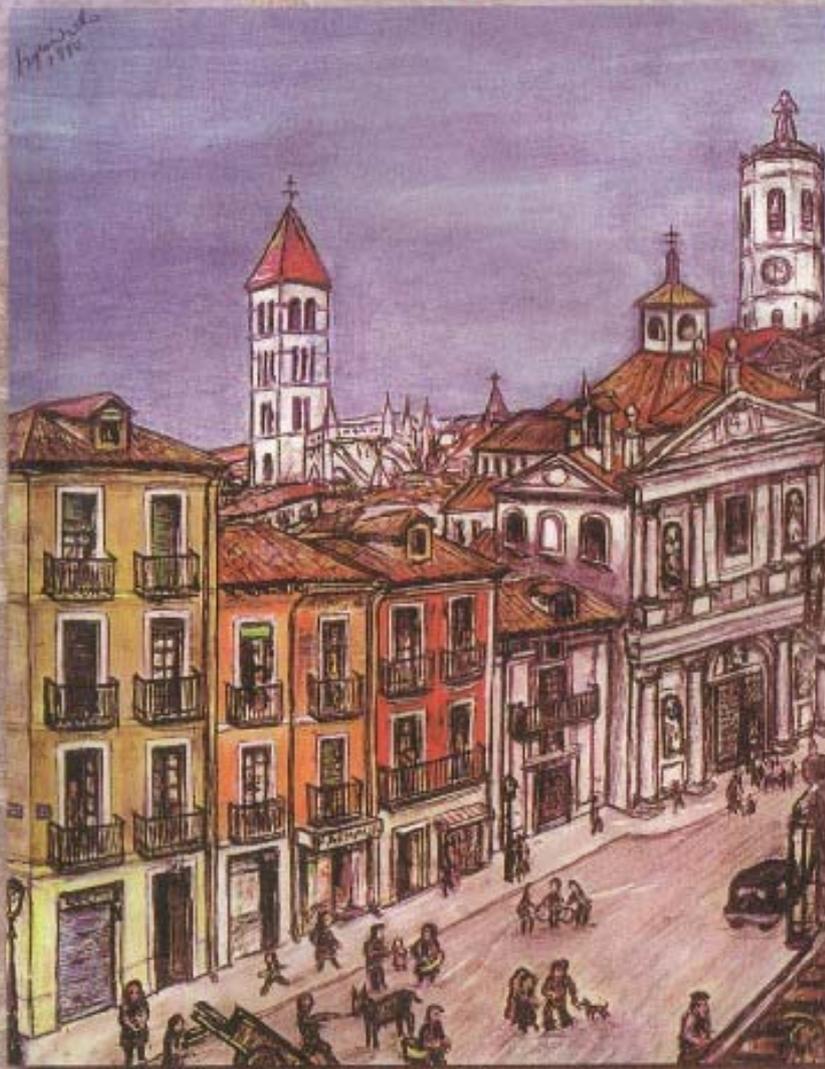


# La calle de Las Angustias



FERNANDO GARCÍA IZQUIERDO

LA CALLE DE LAS ANGUSTIAS  
Volumen 1

Copyright: Fernando García Izquierdo VA-742/2000

## Primera novela de la saga

### CONTRAPORTADA

Por la Calle de las Angustias de Valladolid, como por tantas otras de España, cruza el fantasma de la violencia, no sólo durante la guerra de 1936 a 1939, sino incluso antes, con los atentados de los fascistas que buscan causar el caos durante la república democrática. Dorotea Platero, una adolescente de una vieja familia castellana, que ha llegado a Valladolid unos años antes de la proclamación de la república, y es ahora la joven esposa de un ebanista, Lucio Muñeiro, vive en esa calle. Había venido de Tordehumos de Campos, con su padre y hermanas, a la muerte de la madre, lo cual había sido la ruina de la familia. A la muerte prematura del padre, deshonrado y sin hacienda, antes de casarse con Lucio, Dorotea entra al servicio de un sacerdote lascivo y sin escrúpulos. Es justo al principio de su vida matrimonial que se establece en España la república, que se llamó "inmaculada" por haberse proclamado como expresión de la voluntad soberana del pueblo, sin embustes ni violencia. Sin embargo, la caída de la monarquía no trae las mejoras esperadas; y con esa reacción tan española, nuestros personajes pierden confianza en los nuevos dirigentes, y pasan fácilmente del entusiasmo a la desesperación.

Es ésta el primer volumen de una saga de gran solidez y belleza. Siete novelas de narración realista, con Valladolid y la Tierra de Campos como música de fondo: "La Calle de las Angustias" (1931-1936), "La Virgen de los Cuchillos" (1936), "Tierra de Campos" (1936-1938), "Todos los lutos del mundo" (1938-1939), "Los años del hambre" (1940-1945), "Feli y Dorotea" (1946-1953), "Va tenebrosa la vida" (1954-1963). Izquierdo nos hace cómplices de una hermosa historia que oscila entre la denuncia, la parodia, la esperanza y la ternura más profunda.

Fernando García Izquierdo nació en Castilla, en noviembre de 1929, segundo hijo de un funcionario público. Empezó a interesarse en la literatura a muy tierna edad, leyendo Cervantes, Dickens, Tolstoi, Pérez

Galdós. Estudió la carrera de derecho en la universidad de Madrid y la de ciencias políticas y económicas en la de Londres. En 1957 contrajo matrimonio con una inglesa y emigró a Australia, donde ambos pasaron a formar parte de un club de escritores de izquierdas, "The Realist Writers Group". Ejerció la carrera de abogado en Sydney durante diez años. Luego el matrimonio (con dos hijas) regresó a Europa, estableciéndose en las Islas Anglonormandas ('Channnel Islands'). Volvieron a viajar: España, Londres, Los Estados Unidos, Méjico. En 1979 la 'partnership' de New York a la que pertenecía Izquierdo le hizo 'manager' de la sucursal parisiense; el matrimonio ha vivido desde entonces en Versalles. Las dos primeras novelas de la saga fueron editadas en Méjico hace diez años. Desde 2001 han venido publicándose en Valladolid, cada año, las dos mismas novelas, así como los volúmenes tres, cuatro y cinco. Las novelas seis y siete continúan inéditas. F.G.I. ha escrito otras novelas en inglés y castellano.

# **LA CALLE DE LAS ANGUSTIAS**

**NOVELA DE**

**FERNANDO GARCIA IZQUIERDO**

« Los personajes de esta novela, aunque basados en la realidad, no corresponden a ningún individuo concreto que exista o haya existido en Valladolid u otros lugares de España; son por tanto producto de la imaginación del autor. Esto, naturalmente, no es aplicable a aquellas

figuras históricas que son citadas por sus propios nombres y apellidos, ostentando cargos que de hecho desempeñaron en la vida real española, y cuyos hechos, dichos, escritos e ideas son ya de dominio público. »

*A Nicky, que me ha alentado y sostenido todos estos años.*

« Y viéndole Don Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo: - Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. »

**Cervantes, DON QUIJOTE, final del Capítulo XVIII, Primera Parte**

« Y volviéndose a Sancho, le dijo: - Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.- '¡Ay!' respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desu cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado, quizás tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. »

**Cervantes, DON QUIJOTE, final del Capítulo LXXIV, Segunda Parte**

## PREMISA HISTORICA

El día 14 de Abril de 1931 se levantó del lecho Alfonso XIII con el triste presentimiento de que algo que había creído inmutable estaba tocando a su fin. Dos días antes se habían celebrado en toda España elecciones municipales que la voluntad popular había transformado en un plebiscito nacional: la votación alcanzó las dimensiones de un veredicto de culpabilidad contra el titular supremo del poder. Don Alfonso iba a comprenderlo al fin.

La víspera sus ministros habían trabajado febrilmente para llegar a un compromiso con los republicanos conservadores y liberales, a fin de salvar el trono, fuese como fuese ; pero aquel día 14 incluso sus más fieles servidores ya habían cambiado de rumbo. Hablaban de sacrificar a su real persona para salvar algo del antiguo régimen. A aquella hora se hallaban ya en palacio varios de sus ministros : el presidente del consejo, el almirante Aznar, había sido el primero en llegar. En seguida se hallaban también con el rey el marqués de Hoyos, el conde Romanones, el marqués de Alhucemas y algunos otros, entre los que figuraba el ministro del ejército, Berenguer, que había sido presidente del gabinete precedente.

Por la tarde desfilaron por palacio, delante de su augusta majestad, un sinfín de personalidades y damas distinguidas, todas ellas familiarizadas con el trato diario de sus majestades y de las infantas : arzobispos, obispos, militares y grandes de España ; representantes de las clases elegantes y aristocráticas en general. El rey los saludó a todos con lágrimas en los ojos, dándoles a besar la mano. Fue un acto de emoción y de solemnidad al decir de los testigos presenciales. A un momento dado se acercó su majestad a una de las ventanas que daban a la explanada, donde se hallaban algunos de sus lacayos, que le aclamaban. Permaneció algunos segundos apoyado silencioso contra el vidrio. El momento

impresionó a todos los presentes. Alguien gritó en el patio : -¡Viva el rey! -  
Y en seguida se hizo otra vez la calma. Empezaba a anochecer.

En el silencio de la noche, interrumpido solamente por las aclamaciones a la república, que venían de la Calle Bailén y de la Puerta del Sol, salió el rey de palacio por la puerta incógnita, que daba al Campo del Moro, y entró en un automóvil negro encortinado que hacía ya rato estaba esperándole. En seguida el cortejo cogió la carretera de Levante hacia Cartagena, donde un navío de guerra aguardaba al ilustre viajero para conducirlo al exilio.

## CAPITULO 1

La noticia de la proclamación de la república llegó a Valladolid, como a otras capitales de provincia, a la caída de la tarde, según salía la gente del trabajo de las fábricas, oficinas y comercios. Como a tantos otros de su clase, a don Niceto Pérez Monasterio, que se había pasado los últimos meses predicando que “no se opone dique más poderoso al desbordamiento social que la monarquía”, la noticia le pilló de sopetón.

Acababa de servirle la doncella el aperitivo, en preparación de una succulenta cena, cuando la radio interrumpió un programa de ópera italiana, a la que él era tan aficionado, para anunciar : « El gobierno provisional republicano ha proclamado esta tarde la segunda república española ; el rey don Alfonso XIII... »

No quiso oír más. Presa de una gran agitación se dirigió al balcón, como esperando ver algo que confirmase o desmintiese la noticia : el bolchevismo, el caos rojo con que apenas veladamente había amenazado a sus feligreses si el azar les condujera a votar contra la monarquía.

Reinaba el orden y la tranquilidad. Grupos aislados de obreros subían la calle en dirección de la Fuente Dorada. A la altura de la Calle Esgueva se cruzaron con unas modistillas ; los más jóvenes de entre los obreros hicieron como que las perseguían, y ellas se echaron a correr, riéndose entre sí y dando pequeños gritos. Todo bien normal, pensó, ¿habría estado soñando? Se dirigió de nuevo al comedor. Miró la radio, pero no se atrevió ni a tocarla. Le daba miedo oírlo otra vez.

“No puede ser – musitó -, la conciencia cristiana, los más profundos y caros sentimientos del pueblo, la educación excelsa impartida por la Santa Madre Iglesia, la gloria de España - ya lo había dicho el Pontífice -, todo iba intrínsecamente unido a la monarquía ; ¿a qué se debía, pues, este cambio repentino?”

Había vuelto al balcón. Una mujeruca de negro atravesó la calle para entrar en la carbonería. Más arriba, casi frente por frente de su propia casa, había una ebanistería cuya doble puerta de cristal estaba siempre cubierta de polvo. Perteneecía a Lucio Muñeiro. Don Niceto le conocía bien ; pues estaba casado con una antigua sirvienta suya.

De repente se abrió la doble puerta con estruendo y vio salir a una hermosa mujer de entre veinticinco y treinta años, seguida de una pequeñuela que se le agarraba a la falda.

- ¡La república! - chilló la mujer con toda la fuerza de sus pulmones, y volvió a meterse en la tienda tan precipitadamente como había salido. La niña se quedó en la calle llorando. En esto salió la mujeruca de la carbonería ; cogió a la nena en sus brazos, al tiempo que volvía a aparecer la joven alborotando como si se hubiera vuelto loca. Y todo lo que desde su atalaya pudo entender el sacerdote fue esa maldita palabra « república » repetida hasta la exasperación.

Unos obreros que acertaban a pasar por allí, se acercaron a las dos mujeres, y parecían muy excitados. - ¡Sí, sí, hijo! - les decía la joven -, ... oído yo... república... la radio... como os lo estoy diciendo... república...

Hubo un murmullo de aprobación, discreto al principio, como si todavía temiesen todos dar rienda suelta al entusiasmo ; poco a poco sin embargo la emoción fue amparándose de los obreros, y terminaron algunos dando « ¡vivas ! » a la república.

Entre tanto don Niceto rezaba. No podía hacer otra cosa. "¡Oh, Señor, Todopoderoso! No permitas que el grito blasfemo de las turbas delirantes pervertidas arrastren esta tierra de María Santísima hacia los abominables crímenes que engendran en el corazón la pagana perversión de las mentes y la corrupción de las almas..." Y mientras rezaba aumentaba en la calle la algarabía, y volvió a preguntarse si no estaría soñando. Recordaba el

momento del pasado domingo en que había dado la consigna a sus parroquianos, y no podía creerlo ; no podía ser verdad lo que veían sus ojos. “La monarquía - había dicho -, es el signo de fe de nuestros antepasados, es la Historia de España ; los hombres, los azares pueden interrumpir, pero no borrar, la tradición y la historia ; ni extirpar las raíces espirituales de un pueblo. Las instrucciones de Su Santidad, las del primado y obispos de España dictan explícitamente vuestro deber de colaborar contra la revolución. Si hay un voto contra la monarquía, ello significará la persecución del catolicismo y el clero, la extirpación de la religión, los atentados a los templos y a las procesiones, y otros crímenes odiosos que conducirán a la guerra civil.”

- ¡Oh Señor, no es posible que hayas abandonado a tu pueblo! - exclamó fuera de sí. - ¿Va a ser tu Hijo apresado, escupido y otra vez crucificado ? - Y a sus oídos llegaban los gritos de la masa obrera que aumentaba en la calle. Había salido un joven de la carbonería gritando:

- Doro, ¿es verdaz lo que me dicen?

- Sí, Agapito - respondió la mujer del ebanista, abrazando al joven. - A ver si no.

Y otras muchas voces se oían a su lado. “Ahora mismo lo ha vuelto a decir la radio.” “¿Ves como tenía yo razón?” “¡Viva la República!” “¡¡Viva!!!”

Entreabrió don Niceto el balcón, y agarrado a la cortina estiró el cuello. Salió en esto una mujer de un portal, chillando : - Veniz a escucharlo. Lo van a decir otra vez.

De nuevo un revuelo general. “¿Quién diz que tien un arradio ?” “Yo, veniz.” “Anda, corre.” “Yo tamién.” “Venga, hombre, date prisa.” “Venir, entrar en la tienda.” “Dorotea ¿voy contigo ?” “ No faltaba más. Por aquí, venir.”

- Vamos, daros prisa.

- Y ¿para qué? Yo ya he oído to lo que tenía que oír.

- Hombre, ¿qué más da? Pos lo oímos otra vez. Siempre se entera uno de algo.

- Eso es lo que yo digo.

- Correz, questán diciendo que el rey está entavía en palacio.

Todos al mismo tiempo : “Ya está a punto de darse el piro.” “Son rumores.” “Que se vaya, que no queremos trastos.” “Y ¡qué culpa tien el pobre!” “¿Pobre ? Ese lo ques es un hijo de la gran...”

-¡Eh, eh! Más respeto ; que lo cortés no quita lo valiente.

- Pos lo repito, que ése...

- Vamos, vamos. Temprano empezamos.

Entre tanto murmuraba don Niceto junto al balcón. “Ya lo estamos viendo, la irreverencia, la lucha fratricida. Esto nos lleva indefectiblemente al caos ruso, el bolchevismo puro y simple.”

Imágenes grotescas de revolución y de muerte pasaron por su mente como una grande apocalíptica visión : las devastaciones, los incendios, los estragos, las ruinas horrorosas que tan detalladamente había explicado a otros, domingo tras domingo, desde el púlpito. ¡Ay, si votaban por los sin Dios!

“Los horrores más inauditos - se decía -, los crímenes más fieros y horrendos contra cuanto hay de más humanamente humano, de más divinamente divino : personas, cosas e instituciones sagradas iban a ser

profanadas ; tesoros inestimables e insustituibles de la fe y de la piedad cristiana iban a ser robados, ultrajados ; y objetos de civilización y de arte preciosísimos destruídos por la furia roja ; la dignidad y santidad de los ministros, la enseñanza y la actividad benéfica amenazadas ; vidas dedicadas a la piedad y la caridad, altísimos jerarcas sagrados, vírgenes y sacerdotes consagrados a Dios, jóvenes de Acción Católica en la flor de la vida... todos ellos asesinados, cercenados por la guadaña de las hordas marxistas ; y el mismo sagrario y el solemne interior de los sepulcros, asaltado todo ello y violado, arruinado, destrozado sin remedio con los medios más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino, un algo jamás imaginado de fuerzas salvajes sin Dios.”

Según pasaban las imágenes por su mente, algo le decía que tenía que salir del piso y buscar refugio en alguna parte. Y aquí le asaltó la duda, paralizándole por completo : si pudiera llegar al pueblo aquella misma noche, a buen seguro que allí podría encontrar a más de uno que estuviera dispuesto a esconderle. Mas era grandísimo el riesgo y ¿qué ocurriría si estuvieran ya en el portal esperándole ?

- Mejor subir al ático - exclamó al fin. - Vamos, cálmate. Esto no es más que una prueba que te manda el Altísimo.

Y así diciendo, atravesó el ahora oscuro comedor, entró en la biblioteca, y sin dar siquiera la luz abrió un cajón secreto, sacó a tientas un manojo de llaves, apretándolo bien en su mano de gigante, y salió al recibidor con la intención de abandonar el piso.

- Señorito - oyó la voz de la doncella - ¿es que no va a cenar antes de salir?

- Déjame en paz - respondió él de mal talante, al tiempo que salía a la escalera dando un portazo. Subió al ático, seleccionó una de entre las llaves del manojo y entró en el piso , asegurándose antes de que nadie le había visto.

Atrancó la puerta y, sin encender la luz, se dirigió a la minúscula ventana.

Por la parte de la Cuesta de la Libertad venía un farolero con una pértiga a cuyo extremo lucía una llamita azulada. Cruzó en zigzag varias veces la calle el farolero, parándose unos segundos delante de cada farol, y al cabo desapareció a la vuelta de una esquina. La vista de aquel digno obrero, llevando diligentemente a cabo su función, hubiera calmado al señor cura de no haber sido que en aquel mismo momento apareció un grupo de gente joven muy animada que, procedente de la Plaza San Pablo, se dirigía hacia Libertad y la Fuente Dorada, cantando canciones revolucionarias : algunos de los manifestantes llevaban antorchas, probablemente por proceder el grupo de algún barrio obrero mal iluminado.

- ¡Van a quemar la iglesia! - chilló don Niceto, apartándose involuntariamente de la ventana.

Una vez más vio en su mente todos los peligros que le amenazaban. "¡Oh, Señor ! ¡La carga apostólica del sacerdocio, la inmerecida humillación, persecuciones, la guerra implacable de los sin-Dios, la propagación del odio y ese afán de exterminación!"

Cuanto más que llegó a sus oídos el griterio de la turba delirante :

- ¡Ya ha salido de palacio ! ¡Ya lo han echado!

- ¡Oh, mi Señor! - murmuró entre los dientes -, que quien lo ha hecho sea maldito en Tu Nombre. ¡Padre, protege a Su Augusta Majestad en el exilio , para que sea nuestra luz y guía en estos momentos de suma angustia!

Mientras tanto, en la calle, un grupo de enfermeras del Hospital Esgueva, con las muchachas de los talleres de modistas, se juntaron a

unos obreros que por los carteles indicaban proceder del barrio de Santa Clara.

Dorotea, que había salido a la puerta de la ebanistería, reconoció a uno de los que venían al frente enarbolando una bandera republicana. - ¡Eh tú, Ferrer! - gritó - ¿adónde vais ?

- ¡A la plaza! - respondió el obrero, un gigante de cabello rubio y cara de niño.

- ¡Espérame! Voy contigo - gritó Dorotea, alborotada. Y volviéndose a un portal : - ¡Señora Amparo, aquí le dejo a los mellizos!

En estos momentos un camión, en el que se apretaba una treintena de obreros jubilantes, abrióse paso entre los manifestantes que de la Calle Esgueva y demás bocacalles no habían cesado de acudir durante el último cuarto de hora. El paso de los obreros fue acogido con un grito ensordecedor de bienvenida. Llevaban grandes pancartas, banderas, retratos de los mártires Galán y García Hernández, Héroes de Jaca. Desde balcones y ventanas saludaban los vecinos con pañuelos y banderines improvisados de papel.

- ¡Serafina! ¿Vienes? - chilló Dorotea a una dama que en el balcón de un tercer piso acababa de gritar un "¡Viva la República!"

Los manifestantes fueron desapareciendo de la Calle de las Angustias a los gritos de "¡A la plaza, a la plaza!", y todo pareció a los ojos de don Niceto Pérez Monasterio, escondido en su atalaya, como un sueño o una realidad de vestiglos y fantasmas. "¿Pero de dónde han salido ; tantos, tantos? - se preguntó maravillado -, ¿quién ha entregado así esta gente a Lucifer? No, no luchamos contra la carne y la sangre, sino contra las potestades de las tinieblas. ¡Oh, Señor, hazme uno con el corazón de Cristo, Tu Hijo!"

Aconteció entonces algo que acabó sumergiéndole en la desesperación. Pasó un grupo tardío de manifestantes, gente joven, despreocupada, con ganas de alborotar. Una pareja desapareció, a lo que parecía, en el portal de su propia casa. Instintivamente se apartó otra vez de la ventana, gritando acongojado.

- ¡Vienen a por mí! ¡No puede ser! No lo permitas, Señor. ¡La sangre de un sacerdote, el sacrilegio más horrendo! Protege, Señor, a tu pastor, protégele de los lobos que merodean por las inmediaciones.

Ahora sí que se le representaba el desorden social, las masas temidas, tal como lo había profetizado en los bandos a sus feligreses ; ahora sí que lo experimentaba, empíricamente, el sufrimiento que tan detalladamente había descrito en sus sermones, esa corona de espinas, ese arrastrarse en el polvo camino del Calvario ; ya no como una vaga amenaza, algo que pudiera y debiera enviar el Salvador para castigar al pueblo que había dudado - ¡hombres de poca fe! -, sino como algo físico, tangible, la furia roja que estaba a punto de devorarlo... a él, sacerdote a quien nadie podía tocar sin ser maldito.

Por un rato estuvo dando vueltas como animal enjaulado. Había en un rincón tres cajas grandes de madera y otras tantas de menor tamaño. Abrió una de las grandes ; se vio una docena de fusiles Máuser bien engrasados ; cogió uno y lo limpió. Después de haberlo cargado se dirigió a la puerta de entrada del piso. Escuchó. Nada. Abrió un poco la mirilla, que ocupaba una gran parte de la puerta. La escalera estaba enteramente a oscuras, silenciosa.

“¡Moriré matando! - se dijo, sonriendo entre los dientes, - ¡Hale, venid, si os atrevéis, fieras, criminales, odiosos asesinos!” Bañado de sudor, el máuser en las manos, escudriñó con ojos espantados la inmensa oscuridad.

Y así esperó toda la noche. En vano. Había creído que vendrían a llevarle al paredón..., y nadie pensaba en él, y menos aquella noche de solidaridad y alegría general, de manifestaciones populares y festejos que en todas partes duraron hasta las primeras horas de la madrugada.

## CAPITULO 2

Han pasado los días. La misma Calle de las Angustias; esta vez bañada de sol, un sol de fuego del mes de julio a la hora de la siesta. En la torre de la iglesia dos hermosas cigüeñas contemplan curiosas la inmensa ciudad desierta.

En el lado de la EBANISTERIA DE LUCIO MUÑEIRO aparece en seguida una línea de sombra donde viene a estirarse un perro flaco sarnoso. Algunos de los balcones, y todos los de la acera de enfrente, están bien cerrados, y las persianas, donde las hay, caídas del todo.

El cielo es de un azul claro muy pálido, casi blanco, de una luminosidad que ciega.

La puerta de la ebanistería, esa doble puerta de cristal que está siempre llena de polvo, está abierta ; una cortina de abalorios separa ahora la calle del minúsculo taller. Se oye el ruido de la sierra de Lucio, un sonido monótono que apenas perturba la tranquilidad de aquella hora destinada al reposo.

Sin dejar de trabajar Lucio vuelve la mirada hacia la trastienda, y chilla : - Doro, guapiña, abre la puerta del comedor un poco, que aquí se asa uno.

- Anda que no hace ya tiempo que está abierta - viene la respuesta del interior.

Dejando a un lado la tarea, Lucio se seca la frente con la manga arremangada de la camisa, eleva el botijo con las dos manos y bebe un buen trago de agua. Luego, agarrando la sierra con su mano vigorosa, se pone de nuevo al trabajo, parándose de cuando en cuando para espantar

las moscas que continúan entrando en el taller a pesar de la cortina de abalorios. Era un taller pequeño, más bien alargado ; el banco de trabajo estaba emplazado contra la pared de la derecha según se entraba en la tienda ; encima había una estantería ocupada en gran parte por media docena de botes de cola, unas cuantas cajas de clavos y tornillos, así como un sinfín de pliegos de lija más o menos usados, y otros menesteres. Sierras de diferentes tamaños y otras herramientas colgaban de puntas clavadas en la pared o se veían apiñadas en un extremo del banco. Había una docena de tablones reclinados contra la pared de la izquierda, donde había una sucia ventana que los tablones ocultaban casi enteramente; y dos o tres muebles pequeños, acabados o a medio hacer, hacia la trastienda. El suelo estaba lleno de serrín, viruta y pedacitos de madera.

El taller se hallaba separado de la trastienda, donde vivía la familia Muñeiro, por un gran arco romano, con un amago de cortina a uno de los extremos, una cortina negra o verde oscuro que, como lo demás, estaba llena de polvo. Detrás del arco había un comedor, muy cargado de muebles, que hacía las veces de recibidor y sala de estar, pues era allí donde se encontraba la puerta de entrada al piso. Había además una cocina interior, y entre ésta y la sala un cuarto muy exiguo, especie de alcoba, ocupado casi enteramente por dos camas, una de ellas turca.

Dorotea estaba a la sazón en la cocina, una minúscula pieza sombría con una sola ventana, exactamente encima de la pila, que daba a un patio pequeño y malsano, donde se podían ver en estos momentos dos rapazuelas jugando a las tabas. Lavaba la colada, contemplando distraídamente a las dos niñas, que sentadas en un rincón lanzaban la taba al aire, apresurándose a dar unas palmaditas, para en seguida atrapar el huesecillo antes de que tocara el suelo

Con un movimiento casi involuntario de la cabeza, apartó un mechón negro que le cubría una ceja, y sonrió un instante. ¡Dios sabe qué de pensamientos pasaron por su mente aquel instante! Tal vez pensó en su niñez, allá en Tordehumos de Campos, la tierra limpia de Castilla, su

pueblo, la preciosa aldea al pie de un cerro pelado que todavía llamaban el Castillo. ¡Sí, años atrás había jugado también a las tabas, con sus hermanas y amiguitas : entonces sí que era feliz! Y una tierna melancolía fue apoderándose de ella poco a poco.

- ¡Mujer, no es pa tanto! - se dijo - Que otras están peor. - Y volvió la mirada hacia la alcoba, donde dormían los mellizos, cada uno en una cama; y a sus oídos llegó otra vez el ronroneo de la sierra de Lucio. "Hay que ver cómo trabaja ; que no para el hombre - pensó -. ¡Qué diferencia de cuando nos conocimos!"

Se habían conocido en la taberna del Callejón de los Boteros, adonde Dorotea iba a por el vino de su señorito, don Niceto. Tenía entonces Lucio fama de borracho y holgazán. En cambio ahora, un marido ejemplar ; que no es que se hiciera ilusiones, que lo decían todas. La misma señora Amparo estaba cansada a repetírselo. "Si no es marido lo que tiés, Doro, si eso es un ángel, chica, un ángel caidito del cielo - le decía -; que te lo estoy diciendo siempre y tú no me haces caso. Que no sabes apreciar lo mucho que tiés, y te va a castigar Dios ¡si no, al canto!"

Este último pensamiento debió de causarla un dolor particular, pues cerró la boca y apareció en su entrecejo de repente una arruga. ¡Esa bruja! ¡Si se la tragase la tierra! Le tenía mucho miedo a la anciana, una alcahueta chismosa que conocía muchas cosas que la joven hubiera preferido ocultar: su pasado con don Niceto Pérez Monasterio, por ejemplo.

Apenas tenía Dorotea veinte años cuando entró al servicio del sacerdote. Era poco después de la muerte de su padre, aquella muerte en la cárcel que había causado un escándalo en toda la comarca. En aquel entonces tenía don Niceto entre cuarenta y cuarenta y cinco años, y no aparentaba ni treinta y tantos. Alto, moreno, deportivo y rico, era además bien parecido ; tanto que le llamaban sus parroquianas "el cura guapo", y hacían cola para confesarse con él.

“Y no es que busque disculpas - pensó para sí -, quel pecado es el pecado.”

Apareció de nuevo en su rostro esa mueca de dolor contradictoria, que venía como persiguiendo una media sonrisa fugitiva. Recordaba aquellos tiempos, y se le representaba la figura gallarda de aquel hombre en su impecable sotana negra y blanca sobrepelliz almidonada entonando el Cántico del Señor, el templo lleno de hermosas damas suspirando.

Comentario [L1]:

Ella le había visto por primera vez a la edad de doce años, una tarde en que bajó con su padre en la tartana a Rioseco, la cabeza de partido. Era don Niceto entonces coadjutor de Santa María de Mediavilla, un templo maravilloso, de tamaño y ornamentación hasta entonces por ella inimaginados. Venía don Manuel Platero a obtener unos papeles. Y ella había acudido en seguida a besar la mano del sacerdote. « ¡Ave María Purísima ! » un simple susurro ; y él le había tocado amoroso el lóbulo de la oreja izquierda mientras respondía : « ¡ Sin pecado concebida ! »

Años después, cuando la familia (una vez fallecida la madre, la imponente doña Felicitación Jiménez) se había trasladado a Valladolid, donde don Niceto ejercía ahora su apostolado, Dorotea no había dudado un instante en escogerlo como padre espiritual. Un viernes por la tarde en la oscuridad del templo, mientras le decía los pecados, creyó sentir el vaho de una respiración entrecortada que la bajaba de la oreja por el cuello desnudo. Era un día de verano en que iba muy escotadita, luciendo una cruz de oro heredada de su madre.

«A ver, dime, amadísima, » oía la voz del confesor.

« ¡ Oh, padre, padre ! »

Y después de un rato de acusarse pecadora, otra vez esa voz triste, melosa, « ¿ No sabes, amadísima, que el pecado es como si arrojaras el

divino Cuerpo de Jesús en un nido de víboras ? », y ese vaho caliente en la cara.

Una tarde, cuando ya había entrado al servicio del sacerdote, una vez fallecido don Manuel, colgándole del cuello esa cadena de oro de la que pendía una cruz, volvió a sentir esa respiración caliente en el cuello, detrás de la oreja. Se volvió asustada y vio al señorito sofocado, que le pasó la yema suave de un dedo por la cadena camino de la cruz. « No hay otra vía para la vida y la verdadera entrañable felicidad, » le susurró al oído, « que el Camino de la Cruz . » Se le atravesó un nudo en la garganta. Andaba en aquel tiempo enamorada de un joven rubio catalán que vivía en aquel mismo barrio, y tuvo miedo de que, si el señorito se sobrepasaba, el joven llegara a enterarse.

Una noche, cuando ya estaba a punto de acostarse, oyó que alguien llamaba a la puerta de su habitación. Echándose una bata al hombro acudió a la llamada. Era el señorito, tan excitado que no parecía sino que tuviera fiebre. « Padre ¿se encuentra mal ? » El suspiró : « No, no es nada. » Parecía despertar de un sueño. « Ya ha pasado. »

Pasaron los días y los meses, y no volvió a importunarla, hasta que una noche, durante la Cuaresma, cuando acababa ella de cumplir los veintiún años, ocurrió algo que iba a cambiar su vida. Se había acostado más pronto que de costumbre. Había muy poco trabajo en la casa, ya que Amparo, la asistenta, venía ahora un día sí y otro no, y el señorito llevaba una semana fuera de casa, pues estaba dando una tanda de ejercicios espirituales a una monjitas de de un pueblo de Zamora.

Se despertó sobresaltada. Parecía que la llamaban. Se levantó de un tirón. Probablemente había vuelto el señorito, pues salía un rayo de luz por debajo de la puerta del dormitorio al otro extremo del largo pasillo. Fue aproximándose poco a poco, temblando de miedo y de frío.

Un golpe leve a la puerta ; una voz ronca que responde : « Entra. No tienes más que empujar. »

Vio a don Niceto en la cama, con fiebre. « ¡ Padre ! Yo creía... »

« No te sorprendas, hija, he tenido que anular los ejercicios. Un ataque de anginas. No es nada. »

« ¿ Voy a buscar al médico ? »

« No. Quédate. Ya le buscarás mañana. »

« Voy a prepararle un jugo de limón. »

« Espera, no te vayas. Ya te he dicho que no es nada. Acércate. »

« ¡ Ay, padre ! Yo... ¡ Oh, padre ! »

« No llores. Pon toda tu confianza en Dios, que siempre ayuda y fortalece a los desdichados que sufren. Mira, ves esta pomada en la mesita de noche. Pues, a ver, dame unas friegas, que me sentarán muy bien... suave, suavcito. Así, muy bien. Un poco más abajo. »

« Tengo miedo. Déjeme que me vaya. »

Sola y desamparada, con un hombre afiebrado, de ojos negros, una mano grande entrando por el camisón, entre las piernas, despacito. (« ¡ Angel de la Guarda, ampárame ! »)

La otra mano apretándole la suya con fuerza. « Ven, guapa, Dios nos abraza a todos con su amor entrañable. »

« Padre, yo... ¡ Oh Padre Celestial que estás en los Cielos... ! »

Desnudándola, imperativo : « ¡Entra, maja, que hace frío ! No me tengas aquí esperándote. »

«Por el amor de Nuestro Señor Jesucristo ... yo... ¡padre, oh ! »

Abrazándola : « ¡Anda, maja, ábrete de piernas..., maja, majuca ! »

Unos minutos más tarde, aupándose entre las sábanas y tapándose con ellas sus hermosos labios rojos, dio un grito de alarma y de dolor.

« ¿Qué pasa ? » preguntó el sacerdote.

« Nos ha visto, padre, nos ha visto pecar. »

Y él, levantándose a su vez, asustado : « ¿Quién ? ¿Quién nos ha visto ? »

Ella estaba llorando.

« ¿Quién, hija, quién nos ha visto ? »

Aterrorizada, alzando los ojos hacia el muro : « El, él, pa..., señorito. »

« ¿Quién es... él ? » (Esta vez de mal humor.)

« El Señor... Nuestro Señor Jesucristo. »

Colgado en la pared, Jesús Crucificado echa una mirada de triste reproche, la cabeza gacha, coronada de espinas.

El padre rompe a reír histéricamente : « ¡Aja ! ¡Ji, ji, ji ! El, dices. Qué susto me habías dado. Creí que había entrado alguien en la habitación. ¡Nuestro Señor Jesucristo ! Buenos estamos. »

### CAPITULO 3

- Padre Nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre, vénganos tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo... - va murmurando Dorotea según restriega la ropa en la lejía. Se oye todavía la sierra de Lucio como un ronroneo suave arrullador.

“¿Y si llegara a enterarse?”

Todo aquello ocurrió antes de conocerle a Lucio. Sus amores sacrílegos con el sacerdote habían durado como nueve meses, luego él se cansó o tuvo miedo ; el caso es que nadie se enteró... a menos que la asistente Amparo....

“Sería capaz de matarme . Le conozco muy bien. ¡Ese genio!”

Cogió el cubo de la colada, y atravesando en silencio la alcoba y el comedor salió por la puerta de entrada al patio. De vuelta a la cocina halló a su marido, con un chisquero en la mano, agachado delante del fogón ; se acercó silenciosa y acaricióle el cabello, blanco a causa del polvo del taller, pasando los dedos entre sus cortos rizos.

- Deja, cariño - le susurró al oído -, deja que lo haga yo.

Alzó Lucio la mirada, una mirada franca, un poco triste, y sonrió. - Está bien - dijo, incorporándose. - Ya sabes ; pones el agua a hervir, el bote al baño maría, y no dejes de darle vueltas de que se suelte el palo.

Media hora más tarde entraba Dorotea en el taller, llevando un gran puchero humeante, cogido cuidadosamente por las dos asas. Agarrándolo bien con un trapo, sacó el marido el bote de la cola y lo dejó precipitadamente en el banco de trabajo.

- ¡Huuuy! ¡Cómo quema el condenao!

Dorotea permaneció unos instantes en el taller. - ¡Pero si estás sudando, Lucio, cariño! - exclamó -. ¿No crees que deberías descansar un poco?

- Tú deja - respondió el marido - que cuando hay trabajo hay que aprovecharlo. Ya vendrán las vacas flacas. No te fíes mucho, bonita. - Estaba embadurnando unos palos con una pasta espesa del color de la miel, que había sacado del bote utilizando una brocha muy vieja. - Además - prosiguió - ya sabes que hay un mitin esta noche.

Sí que lo sabía ; lo sabía demasiado bien. Qué afán, contra, estos hombres por la política; qué perra les había entrado a todos desde la implantación de la república. ¡Mítines! Más valía que no se preocupasen tanto de esas cosas y ¡a trabajar, demonios!; como si los mítines resolvieran alguna cosa. ¡Bah, qué asco le daba! Si la política no había traído nunca nada bueno ; disgustos, eso es lo que daba siempre la política.

Comentario [L2]: entrado a

- Ya, ya lo sé - respondió simplemente al marido.

Hubo un breve silencio, de atmósfera un poco cargada, que rompió el bueno de Lucio, diciendo: - Anda, echa una mano, ya que estás aquí. Pasa ese cordel, y vamos a darle unas vueltas a ver si pega esto. - Ella hizo lo que le mandaba. - Gracias, guapiña.

Después, se puso Dorotea a barrer, haciendo varios montoncitos que luego recogía con el cogedor. - Hay que ver cómo se pone todo - dijo, refunfuñando, - está la casa como un aparvador. Vamos, que si vinera alguien.

- Y ¿qué le vamos hacer? Son los gajes del oficio - dijo Lucio, reconciliante. - A propósito - añadió, cambiando de tono - ¿Por qué no te acercas al Callejón, mientras duermen los mellizos, y te traes una de tinto, por si acaso?

También sabía Dorotea lo que quería decir ese « por si acaso ». Cada vez que había un mitin en la Casa del Pueblo terminaba Lucio por traerse a los camaradas a la tienda a continuar la discusión hasta las tantas, llenando la casa de humo, ¡qué hombres! A veces les oía desde la cama : esas palabras raras, como **proletariado**, **solidaridad**, que nadie había oído antes y que no servían más que para trastornarle la cabeza al más pintado ; cuanto más que ellos, bobines, casi no habían ido a la escuela ni sabían nada de nada. Se desesperaba. (« Mira, Agapito, » le había dicho un día al de la carbonería, que era el que le había metido los perros en danza a su marido, « tú déjate de Lucio, que eso del partido es un engañabobos, y si quieres tú enzarzar, pues ahí tienes a tu tío Fermín, que está tol día rascándose la barriga. Que eso ya se sabe, ¿somos pobres?, pues mala suerte ; ya vendrán tiempos mejores. Que el querer cambiarlo todo es ir contra el Señor, a ver si no. Siempre se ha dicho que pa salir de las miserias, pues a trabajar y callar la boca. Que de la política que se ocupen otros, y que no nos vengán a los pobres a que les saquemos las castañas del fuego, ¡no faltaba más! »)

Con este pensamiento en la mente salió a la calle, apretando el monedero y balanceando la botella en la otra mano. Así llegó a la Fuente Dorada, caminando en la acera de la sombra. Cruzó la calle, entró en los soportales, y al cabo torció a la izquierda, entrando en un callejón cuya minúscula entrada, escondida entre los soportales, más parecía un zaguán, dando acceso a un patio interior, que otra cosa. Era un lugar nauseabundo, húmedo a pesar del calor, de una humedad ácida insalubre. La taberna, a la derecha nada más pasar al callejón, estaba casi vacía a aquella hora : en un rincón dormía la sombra de un borracho, mientras al otro extremo dos hombres jugaban al dominó. El tabernero dormitaba en una silla detrás del mostrador, estremeciéndose un poco cada vez que uno de los

jugadores golpeaba una ficha contra la mesa de mármol ; levantaba entonces la mano para espantar una mosca, y se volvía a dormir.

- Anda, Juanito - le gritó Dorotea, poniendo la botella en el mostrador - , ponme tres cuartos de tinto. Y a ver si me lo das bien servido. - (La muy pillita había cogido la costumbre de no comprar nunca un litro, pues como el tabernero servía a bulto, si insistía que le diera tres cuartos bien servidos, casi le llenaba la botella, que era de las del "Anís del Mono.")

Una vez en la calle, aprovechando que su prima Zita Martínez vivía en el mismo Callejón de los Boteros, se decidió a hacerla una vista.

- Quería decirte hola, mujer, que hace mucho que no nos vemos - dijo, abrazándola nada más entrar. - Ya te habrás enterado que se nos van otra vez a la casa ésa del pueblo. ¡Qué asco de mítines! Sí, sí, hija, esta noche. ¡Ay, Zita, maldita sea mil veces la endemoniada política!

- ¡Oh, si ya lo sabía ! - suspiró la prima. - Me lo dijo anoche Agapito.

- ¡ Lo ves ! - exclamó Dorotea, tocándola en el hombro. Tan ocupadas estaban las dos primas en su charla, que ni siquiera les había dado tiempo para sentarse en unas sillas.

- Tú no crees que les pase nada, ¿verdad?

-¿Qué les va a pasar? Si no es eso, boba. Lo peor es el tiempo que pierden en esas sandeces. Porque eso no son más que sandeces, lo digo y lo repito. Mira, prefiero que les dé por la taberna que por la política. Cuando pienso en la luz que me gastan hasta las tantas de la noche. Se dice pronto . Y, tú, mujer, que te quedas ahí tan pasmada. ¡Qué poco nervio tienes, Zita, rica ! Tú déjale, no le digas nada, que verás como te ponen los huevos las gallinas.

- Y ¿qué quieres que le haga?

- ¿Cómo que qué quiero que le hagas ? Pos desánimale, tonta. A ver. Te digo que tiene razón don Niceto, que es culpa nuestra, que nosotras las mujeres es lo que somos, muy dejadas, para que lo sepas. Que tenemos el deber... ¡Ay, cómo lo decía en la misa el otro día !... que tenemos la obligación de velar pa que... pa quimpere el orden, la paz y la religión... pa evitar... el desatino.

- ¡Madre ! ¿Cómo se come eso ?

-Pos eso, el desatino ; ya se sabe lo que es el desatino : cuando no hacen caso los hombres. ¡Ah, si lo decía él muy bien, paece que lo estoy oyendo ! Atiende, mujer, que ya me acuerdo .... El desatino del padre, del esposo, del hijo y del hermano, ¿te das cuenta ?, que eso es lo que tenemos que evitar las mujeres cristianas, que no es que yo lo diga.

-¡Oy, chica !, yo no entiendo nada de eso. Para mí eso no son más que retahilas.

-¡Sí, sí, retahilas ! La pura verdaz es, pa que te enteres. Que nosotros, los pobres a trabajar y a dejarse de sacar colaciones. Que como yo digo, siempre ha habido ricos y pobres y siempre los habrá. A comportarte bien pa ganar el jornal ; y lo demás es meterte donde no te llaman, que después todo son líos. Desengáñate, Zita, que todo eso son moditas de los hombres, que inventan una de cosas.

- No, si yo estoy contigo - murmuró Zita, tristemente - Yo no le digo nada para no enfadarle. Pero tú, calcula . Que aunque me ves así, la procesión va por dentro. Tú ya me entiendes.

- Por eso. Yo lo que digo es que de la política que se encarguen otros, o si no, que la hagan los ricos, que pa eso tienen más tiempo.

- Hija, también, no digas. Que como él dice, que si les dejamos que nos sigan gobernando, ahora que ha ganao la república. Que ya está bien de hacer el tonto, que la clase obrera...

-¡Déjate de clase obrera! - le cortó Dorotea -. Que eso son monsergas, tonta, más que tonta. Tiene razón el señor cura, que eso de la clase obrera son invenciones de los rojos. Tú no le hagas caso, majina, que están envenenados los hombres, así envenenados, y yo sé quien tiene la culpa, hazme caso, mujer. Que son los mismos politicondos que cuando la monarquía, que toos quien lo mismo, y no piensan más quen engordar y echar coche. Si no mira ese don Indalecio de que tanto habla mi Lucio, lo gordo y lo hermoso que está. Desengáñate, que no piensan más que en tragar. Y pa eso envenenan a nuestros maridos y novios. Son toos lo mismo ; a engañar al obrero pa que les saquen las castañas del fuego. Eso es lo que buscan, Zita. Y los nuestros, unos tontos perdidos. ¡Si no, al tiempo !

-¡Oh, no digas eso, Doro ! ¿Qué culpa de ello tienen, los pobres ? Además mi Agapito dice que hay políticos y políticos, y que si bien les hay muy malos y muy hipócritas, hay otros que no lo son, y que los que están con la clase obrera necesitan nuestro apoyo...

- Ya te he dicho que eso de la clase obrera es propaganda de los rojos.

- Hija, tamién, no digas - interpuso Zita firmemente - que como él dice, que si les dejamos que nos sigan gobernando los de hasta ahora, prima, ahora que han cambiado las cosas, dime tú ¿cómo vamos a salir del atolladero ? Dicen que si nosotros mismos no nos preocupamos un poco la república terminará por caer en manos enemigas.

- Eso lo dicen porque no saben qué decir. Les conozco bien. Y entre tanto cada vez vemos menos a los nuestros, que paecemos viudas. Mira,

Zita, tú a casarte, tontina, hazme caso, no le dejes de la mano, y verás como otro gallo te cantará.

- Sí, sí. Si tienes razón, Doro - respondió Zita, convencida. - Date cuenta que íbamos a salir esta noche un poco..., nada, a pasear al Campo Grande, porque otra cosa.... Y ahora me viene con esas. Te digo que de un tiempo a esta parte... - terminó lloriqueando.

- Lo ves, tonta - se adelantó Dorotea a abrazarla. - Anda, desahógate. No te importe.

Después de un breve silencio, Zita prosiguió, más valiente : - Aunque bien pensado, si queremos llegar un día a alguna parte, los pobres, algo hay que hacer.

- Pues yo lo que digo - chilló Dorotea muy enfadada - es que a mí mi marido no me deja plantada así toas las noches. O deja la política o le dejo yo a él - (Y su hermoso pecho subía y bajaba con indignación.) - Así, como lo oyes.

- ¡No !

- ¡Sí ! Ya no lo soporto más. Estoy harta. Figúrate que después del mitin se meten ahí en la tienda, y allí se quedan fumando toa la noche como chimeneas y envenenándose las entrañas ; que les oigo hasta las tantas de la madrugada.

- Pobre Doro. Mira, mujer, ya iré yo esta noche a hacerte un poco compañía, ¿te parece ?

- Me parece estupendo, Zita, maja. Ven cuando quieras.

Zita se había vuelto pensativa ; al cabo, concluyó : - Y así le veré también un poco cuando vuelvan todos del mitin.



## CAPITULO 4

Por la noche vinieron los amigos a buscar a Lucio, y salieron juntos, charlando animadamente, en dirección de la Casa del Pueblo. Dorotea salió con una silla a la calle a tomar el fresco cotilleando con las vecinas. Zita llegó un poco antes de las once. En seguida se tornó la conversación hacia los hombres y la maldita política que les tenía a todos embrujados. Dorotea, en particular, hablaba por los codos. Estaba nerviosísima. Todo se le volvía decir que los hombres acabarían mal : si no al canto.

- Chica, estás que muerdes - le dijo Serafina, hermana mayor de Zita, que estaba casada con un sargento de caballería y vivía en aquel mismo barrio.

Y en verdad que eso es lo que estaba haciendo la mujer del ebanista en aquel preciso instante : mordiéndose las uñas, hábito que había contraído allá en el pueblo, muy de pequeña.

- Hija, la verdá, yo no sé de qué te quejas - le dijo la señora Amparo, que la conocía bien, pues las dos habían servido juntas en la casa del señor cura. - Los hombres, dices. El tuyo lo que es es un santo, que te lo digo yo. Y no lo digo por decir, que toas lo saben. Que yo cuando os conocisteis pensé que iba a ser otra cosa. Pero ahora, hija, ¡un santo caidito del cielo ! La pura verdaz es. Estoy cansada a decírtelo, y tú no me haces caso. - Y después de un largo suspiro : - ¡Ay, qué suerte tien algunas ! Ya me habría conformao yo con que mi Ricardo, quen paz descansa, hubiera sido como él. Si no te lo mereces, Doro, que te lo he dicho mil veces.

Dorotea sintió que le temblaban las piernas. El tono despiadado y sardónico de la anciana le llenó de consternación. (« ¡Jesús adorado, » invocó, « por tu pasión y muerte, ayúdame ! »)

Entre tanto la prima Zita iba poco a poco recogiendo en otra clase de pensamientos. Movía mecánicamente las agujas de punto, respirando el aire de la noche en sus variados tonos de frescura y olor : el aroma inconfundible de los melones de los puestos callejeros, la fragancia de las flores en los carros junto al Portugalete, el vapor embriagador de esos mokas a la salida de los cafés, el vaho de las tabernas... ; y los ruidos : el cotilleo de las mujeres, la chiquillería, los gritos de los borrachos....

Pensaba en Agapito, a quien estaba haciendo un jersey para el invierno. ¡Sí! había mucho jaleo, y los hombres andaban todos muy revueltos. Su novio estaba politiqueándose demasiado y ella tenía mucho miedo. Si parecía hasta mentira. - ¡Oh, tontos, más que tontos! - la afición que les había entrado a todos con la llegada de la república.

« ¿Mas quién soy yo para juzgar? » se dijo al cabo. En efecto, apenas sabía leer o escribir ; ni había leído un libro en su vida ; ¿qué podía ella saber? En cambio había visto que Agapito estaba haciendo un esfuerzo. Y sabía que él la amaba. Se secó una lágrima con el envés de una mano, y suspiró. ¡Ay, sí! haría todo lo posible, ella también, por comprender y llegar a ver más claro.

De vez en cuando miraba distraídamente a un grupo de niñas que jugaban felizmente a la comba en el medio de la calle : vió entre ellas a su sobrinita, la Sera, y sonrió. La ronca y desagradable voz de la vieja Amparo se mezclaba con el canturreo divino de las rapazuelas ; y le parecía estar soñando... o viviendo a la vez dos momentos distintos de una vida que podía ser tan... (vaciló : no le salía la palabra ; y se cambió la imagen en su mente :) que es ... tan sumamente peligrosa.

Acababa de repetir la celosa anciana su frase favorita : « ¡Qué suerte tienen algunas ! Y entodavía se quejan. »

« Sí, » murmuró la joven, « qué suerte tienen algunas. » ;Cómo le hubiera gustado a ella estar también casada y ser madre como la Serafina y la Doro, y tener su propio hogar ! Trató de convencerse que todo iba por el buen camino ; que pronto se alcanzaría esa nueva vida esperada : el pan y la justicia, trabajo para la clase obrera, el fin de la miseria y la ignorancia. Ayer mismo le había dicho **él** que estaban trabajando y se afanaban precisamente por los niños, los hijos que tendrían tan pronto como se casaran, a fin de que heredaran ellos un mundo mejor ; cultura, un empleo decente, y que fueran todos iguales al menos ante la ley ; que eran sacrificios que tenían que soportar - **ellos**, que estaban construyendo ese algo mejor - para que los hijos tuvieran al fin una sociedad justa en la cual pudieran vivir libre y humanamente.

« Sí, es necesario, » pensó, mientras que a sus oídos llegaba la alegre chillería de los pequeñuelos. Había que trabajar y transformarlo todo en una realidad más hermosa, donde todo el mundo pudiera vivir y tuviera un porvenir, y no sólo los ricos que nunca habían hecho nada por mejorar la condición de la clase obrera y paisana, y que si ahora hablaban de sacrificios lo que significaban era el sacrificio para el pobre, contentándose luego con cantar en sus iglesias y en las procesiones aquello de « Bienaventurados sean los humildes porque ellos heredarán la Tierra. » No, no y no ; no tenía que desanimarse y dejar caer los brazos. La república sólo podía ser buena o mala según lo fueran ellos, los trabajadores, el pueblo. Tenía que ser valerosa. Y no volvería a llorar delante de Agapito cuando le hablara de luchas y revolución.

Fragmentos de la conversación que había tenido con su prima aquella tarde pasaban por su mente como un torbellino. « ¿Por qué se había dejado llevar ? » pensó, frunciendo el ceño. « Es absurdo lo que dice la Doro, que nosotros los pobres tenemos que dejar a otros que se encarguen de gobernarnos, y que eso de meterse en la política es una sandez. Al contrario. ¿Es una sandez, por si acaso, el que el obrero exija trabajo, que los padres pidan pan y escuelas para sus criaturas ? »

Y poco a poco un sentimiento nuevo, de excitación, de rabia y de deseo de hacer algo fue ocupando el lugar de ese previo desencanto, ese olvido, esa tristeza y hasta desesperanza. Continuaba el movimiento monótono de las agujas de punto ; y mientras oía, por encima del cotilleo incesante de las amigas y vecinas, y del lejano rumor de la ciudad, ese canturreo alegre de las niñas saltando a la comba, una tierna sonrisa fue formándose en sus labios rosados. Alzó sus grandes ojos negros al cielo, un cielo azul de prusia resplandeciente de estrellas, y se puso a rezar mentalmente.

« Dicen que aunque unos reciban mucho y otros nada, » (suspiró, como había suspirado en la iglesia el domingo pasado oyendo el evangelio, ) « todos debemos conformarnos porque todo es de Dios, y que sin Dios no se puede alcanzar la menor cosa. »

Una estrella brillaba más que otras en el firmamento lejano, y a ella se dirigió especialmente. « Dicen que Jesús escogió que le rodearan los pobres, los bajos y despreciados de este mundo ; que se quedaron en su posición sin quejas y fueron siempre humildes y sencillos ; que se alegraron de padecer injurias porque las sufrían en Tu Nombre, para así ganar después la Gloria Eterna. »

Chillando a la estrella en su interior, que se le desgarraba el alma :

« No basta, no basta, ¡ayúdanos ! ¡No nos abandones, Señor, después de haber puesto los pobres tanta fe en nuestra República. »

## CAPITULO 5

Aquel verano, y hasta bien entrado el otoño, veíase todos los domingos después de la siesta la familia Muñeiro paseando, o bien en los jardines del Campo Grande, o bien en el Paseo Zorrilla si era tarde de toros, o hacia el Paseo de las Moreras por la parte del río Pisuerga. Algunas veces, en los días tórridos de finales de julio y principios de agosto, atravesaban el río y, adentrándose en el campo, se sentaban en la hierba, descansando por unas horas al fresco antes de emprender el camino de vuelta a casa. Un par de veces incluso se quedaron a cenar entre los pinos : una tortilla de patatas que Dorotea había colocado en el interior de una inmensa hogaza de pan blanco y que Lucio partía parsimoniósamente con la navaja en cuatro sectores desiguales, dos pequeños para los mellizos y dos más importantes para los mayores. Otras veces, en los días menos cálidos de finales de agosto, haciendo un cucurucho de papel cada uno, se ponían a coger moras de entre las zarzas a la vereda de un camino, y luego se las comían en casa con un poco de vino y mucho pan. Si les sobraba una pesetilla, que no era las más de las veces, alquilaban una lancha por una hora y se iban remando desde el Puente Mayor hasta el Colgante, y viceversa, tan contentos y animados como si estuvieran haciendo la travesía de los mares del sur. Lucio tenía los remos, y Dorotea se encargaba de que los niños no se cayeran al agua cuando se ponían a manotear la verde superficie del río inclinando sus cuerpecitos cada uno a un lado del bote. Si se cansaba Lucio de remar, se paraban por un rato bajo uno de los sauces llorones que había a la orilla izquierda del río, escuchando el trino de los pajarillos, respirando paz y amor. O bien se dejaban arrastrar por la corriente, acariciados por la brisa, hasta que el ebanista, sintiéndose otra vez con fuerzas, cogía de nuevo los remos, y a remontar la corriente. Y así hasta que veían al encargado mirándoles con el megáfono en la mano, y oían su número, anunciando que era la hora de retornar al embarcadero. Cuando iban al Campo Grande no olvidaban de llevar unas miguitas para los cisnes del estanque. Y lo

mismo cuando se quedaban a la entrada, en la Plaza Zorrilla, para las palomas que venían en gran número a posarse en las manos de un Lucio sonriente y orgulloso. Corrían luego los niños sobre el piso de mármol policromado de la plaza y sin que las palomas se asustasen en lo más mínimo. Luego se sentaba el matrimonio al fresco en un banco entre los árboles, mientras los mellizos recorrían el parque, llegando al mismo borde de la cascada, aunque sin atreverse a subir por las piedras húmedas resbaladizas como hacían los chicos mayores ; o se volvían piano a la plaza para pararse extasiados, primero delante del barquillero, con su gran tambor rojo y gualda lleno de barquillos, que ganaban, o no, los muchachos que venían con cinco céntimos a darle unas vueltas a la ruleta con barritas de oro y púa de hueso ; y a plantarse delante del asombroso fotógrafo ambulante que escondía la cabeza, semejando a un dragón, dentro de un caperuchón negro que se prolongaba en una cámara de fuelle medio oculta en una caja de espejitos y retratos de soldados y muchachas de servir, todo ello elevado sobre un trípode de madera barnizada grandísimo.

Las tardes de toros salían los Muñeiros, como cada cual en Valladolid, a ver a los toreros dirigiéndose a la plaza, allá al final del Paseo Zorrilla. ¡Había que ver el gentío y la animación ! Acompañados de sus majas, llegaban los toreros en coches abiertos, adornados los caballos con guirnaldas y flores ; ellos tan guapotes en sus vistosos trajes de luces y la coletilla ya puesta ; ellas tan hermosas, ataviadas con las clásicas mantillas blancas o de madroños, altas peinetas y claveles rojos en sus relucientes cabellos negros. Detrás venía la cuadrilla, también en coches de caballos, igualmente acompañados de damas con mantillas. En aquel entonces era Marcial Lalanda el más famoso de los toreros, y era por tanto él quien atraía más público. « ¡ Marcial, eres el más grande, » le gritaba la gente, « el más valiente de los toreros ! » Y el matador sonreía a los aplausos y aclamaciones, alzándose en el carruaje dorado y saludando a los aficionados con su acostumbrada simpatía.

Como en tantos otros hogares españoles, había en la familia Muñeiro un aprendiz de torero, uno de éstos que habría de llegar un día a ser

matador famoso, para sacarlos a todos por fin de la miseria y la consternación. Este depósito de esperanza era Santiago Platero Jiménez, de dieciseis años, hermano de Dorotea. En efecto, cuando murió el padre, don Manuel Platero, que llevaba ya de viudo justo un lustro, dejó entre un montón de hijas un hermoso vástago de cinco años, el benjamín de la familia, precisamente la causa de la muerte de doña Felicitación Jiménez, que falleció de parto. Las hermanas de Dorotea pronto se casaron y partieron para otras tierras, con el resultado que Dorotea solita se cargó con el mochuelo. Al entrar al servicio de don Niceto, gran amigo que había sido de su difunto padre, él fue quien se encargó de que entrara el joven huérfano con una beca en las Escuelas Pías (los escolapios, o hermanos del babero, como también se les llamaba a causa del alzacuello que se prolongaba por encima de la sotana.) Allí se educó Santiago, estudiando poco y trabajando mucho para los alumnos de pago ; y aprendió un oficio que al cabo le llevó a la linotipia del Diario Regional, periódico que controlaban los curas. Pero no se conformaba el chico con ser linotipista : ya cuando vivía con los escolapios se escapaba los domingos para ir con los golfillos, saltando vallas y cruzando arroyos, para enfrentarse con los toros (que así llamaban a una vacas un poco salvajes) de la Dehesa de la Rubia y otros parajes vecinos a Valladolid. Y había tenido suerte el chaval ; su entusiasmo y sacrificios habían sido recompensados, de tal manera que últimamente llevaba una temporada entrenándose con toreros y novilleros de verdad, los Bienvenida entre ellos. Y sin que nadie realmente lo hubiera esperado se había hecho Platero de la noche a la mañana como quien dice famoso.

- ¡Hay que ver, qué hermoso está ! ¡Mírale ! - chilló Dorotea, contemplando a su hermano, que en uno de los carruajes engalanados, vestido de traje de luces, se dirigía a la plaza en la cuadrilla nada menos que de Marcial Lalanda.

- ¡Ay, mírale, Lucio ! - repitió Dorotea - ¿No ves lo guapo que va, que paece un querubín ? ¡Santi ! ¡Santiii hermosooo !

- No chilles, mujer.

- ¡ Cállate tú la boca ! Me da la gana chillar. Pa eso es mi hermanico. Ven aquí, Feli. Mira a tu tío. Levanta la mano pa que te vea.

- ¡ Oh mama, mama ! ¿ Qué va cer el tíito ?

- Pos que va matar al toro, tontica.

- Y ¿ pa qué va matar al toro, mamita ? ¿ Le va cer mucha pupa ?

- Un poquico, majuca.

- Pos yo no quieo que lága pupa al toro, mamita, mamitina.

- ¡ Bah ! ¡ Véte a la mierda ! Hay que ver que llorica.

Pronto desaparecieron los carruajes paseo arriba entre la multitud, y el matrimonio volvió despacio hacia el centro, cada uno con un niño de la mano. A la entrada de la Calle Santiago tropezaron con unos conocidos y grandes amigos suyos, el dependiente de la carbonería y su novia.

- ¡ Agapito, hombre, dichosos los ojos que te ven ! - exclamó el ebanista, dando al amigo en el hombro -. ¡ Coño!, ¿ has venío a ver a Santi, tú también ?

- ¿ O a Marcial Lalanda ? - respondió el otro con sorna.

Entre tanto las dos primas se habían agarrado del brazo, como cuando eran dos jovenzuelas ; y habiendo dado media vuelta, comenzaron de nuevo a caminar entre el gentío en dirección del paseo. Ellos las siguieron, cargando cada uno con un mellizo.

-¿Y esas oposiciones - preguntó Lucio -, cuando te presentas de nuevo ?

- No las han convocado todavía. Pero ya pronto, digo yo - contestó Agapito, un poco evasivo, la mirada triste. Y en seguida, cambiando de conversación, empezó a hablar del partido, de la organización del comité central, reuniones y esas cosas. Se trataba del partido socialista obrero español, órgano de las clases trabajadoras y paisanas todas.

- Te estás metiendo mucho en política, Agapito - articuló el otro, sin darse cuenta de que estaba repitiendo lo que a él le había dicho su esposa no hacía mucho.

- Para cuatro días que va uno a vivir - dijo el carbonero sin saber exactamente por qué, - al menos vivámoslos con dignidad. Ya, ya sé lo que me vas a decir, que si el obrero qué sabe de política -. Hizo una pausa. - Bien poco, esa es la verdad. Por eso mismo, amigo, hay que aprender. Pa vivir como animales es mejor no vivir, digo yo.

Pero el ebanista no le escuchaba. Tenía algo en la mente y quería soltarlo a todo trance. -Tú lo que tienes que hacer es ir pensando en casarte, chico - dijo -, que ya no eres ningún pollo, ¿sabes ? - Y notando que las dos mujeres se habían parado a esperarles, añadió alzando la voz : - Que uno de estos días se va a cansar Zita de esperarte, y te va dar el plantón.

Zita, que le había oído, volviendo sus ojos negros soñadores, dijo, arrimándose a su prometido : - De eso nada, Lucio, mono.

Habían pasado ya la plaza de toros, y dejando el alboroto del paseo se adentraron en una arboleda a las afueras de la ciudad y se sentaron en un merendero, debajo de un enorme pino polvoriento. Pidió Agapito « una de blanco y un sifón » y merendaron juntos una tortilla de patatas y cebolla que Dorotea traía en la bolsa envuelta en una servilleta y mucho papel de periódico.

Agapito trató de seguir la conversación con su amigo, leyéndole en voz alta unos folletos que le había dado un amigo mutuo sindicalista. Mientras tanto, las dos mujeres hablaban de las cosas del barrio y las amigas, exactamente como cuando eran dos pollitas, que acababa de llegar Doro del pueblo, y se trataban casi como hermanas.

## CAPITULO 6

Durante los meses de invierno se citaban las dos parejas en una taberna acogedora de detrás de la Plaza del Val, donde pasaban la tarde del domingo charlando y jugando al dominó o a las cartas, consumiendo una de tinto, mientras los niños se bebían unas gaseosas boliches.

- Yo ¡le tengo un asco a las cartas! - decía Dorotea mientras barajaba. - Cada vez que pienso que fueron ellas las que le llevaron a la ruina a mi padre, que en paz descanse.

- Baraja y calla - le dijo Lucio de mal humor. - ¿A qué sacas colaciones? A tu padre lo que le arruinó fue que era un vago redomao y nada más.

- ¡Ay, ay, pobrecillo mi padre! Si no tenía el pobre más que era un desgraciao, no digas.

No dijo más, en efecto, el ebanista, y continuó la partida.

Los mellizos entre tanto estaban ahora jugando entre las mesas, buscando chapas en el serrín del suelo para metérselas en las bocas.

- ¡Lucito! - chilló la madre - sácate eso de la boca, ¡sácatelo, he dicho! ¿Lo oyes? Y tú, Feli, ven que te limpie esas velas. ¡Ay que mocosa es esta niña! Siempre resfriada. No sé qué hacer con ella. Me tienen harta, así, ¡hartica me tienen estos críos!

- No te quejes -dijo Zita, mirando amorosa a los mellizos. - Mujer, que tien razón la señora Amparo, que te quejas por nada.

- Eso es lo que yo digo - añadió Agapito, apoyándose en la mesa. - La vida os sonríe. Mirarnos a nosotros. Ya para cuatro años que lleváis casaos, ¿no? Pues eso es lo que yo digo. Nos conocimos todos al mismo tiempo..., las dos parejas, quiero decir. Pues eso.

- Pero hombre - interpuso Lucio con exageración - te lo he dicho mil veces, ¿por qué no os casáis? Que ya va siendo hora, chicos. Que como tú dices, majo, ya un montón de años.... Y los que te rondaré, morena, ¡anda que como no os decidáis! - El tono era fanfarrón, aunque sin malicia; Lucio era un gallego fino, simpático, pero enteramente sin tacto, lo mismo, a propósito, que su esposa, que en eso eran iguales.

- La voluntad no falta - comenzó el carbonero; hizo una pausa. - No, no es falta de decisión, Lucio.... Bueno, ya lo habéis visto.

Lucio y Dorotea se cruzaron la mirada. Sabían que acababan de rechazarle en los ferrocarriles, donde Agapito había hecho unas oposiciones para interventor de ruta. Las cosas andaban de mal en peor, y sin recomendaciones ni dinero para sobornar no se podía hacer nada. Tendría que conformarse con ser un simple dependiente en la carbonería de su tío Fermín, y con eso no podía fundar una familia.

- Pero chico - volvió a la carga Lucio, liándose un cigarro - ¿por qué no te buscas un enchufe? - Pasó la lengua por la parte engomada del papel, y añadió: - ¿Pero tú te crees que las oposiciones se ganan así como así, por la carita mona?

El otro le contempló en silencio, viendo como encendía el cigarro con un chisquero de mecha, y luego dijo vagamente: - Sí, claro. Bueno, es cuestión de principios, Lucio. O vales o no vales.

- ¡Qué principios ni qué niño muerto! - declaró Lucio, soplando un chorro de humo. - Anda, que como no te espabiles.

- Pero Lucio, majo - interceptó Zita - ¿quién le va a enchufar a mi Agapito ? Si no conocemos a nadie.

-¿No conocéis a nadie ? - mimicó el ebanista, elevando los brazos. - No me vengas, maja. ¡Cómo no vais a conocer a nadie ! – Y, volviéndose al amigo, añadió en un tono hueco y artificial : - dime tú, Agapito, ¿es que no conoces a don Joaquín Argamesilla, por si acaso ?

- Eso,- atajó Dorotea, feliz de la oportunidad que se le ofrecía de meter baza -, que estoy cansada de oírte, rica, hablar de él, y que de pequeños que jugaban juntos en la calle y todo. Que incluso le llamabas Quinito, tengo entendido, ¿no, Agapito ?

- ¡ Ah, de pequeños, de pequeños ! - suspiró el carbonero -. Ha llovido y escampado desde entonces. Pues bueno, yo entonces, sí. ¿Qué os voy a decir ? Intimos. Claro que le llamaba Quinito, ¿cómo le iba a llamar ? Fíjate. - se puso de repente muy pensativo, como cuando hablaba de política -. ¿Qué importancia podía entonces tener, tirados como estábamos por el suelo, el que él fuera el hijo del notario y yo..., pues ya veis, un huérfano, el de la carbonería ? Los niños no entienden de clases ; todos nacemos desnudos, como yo digo. Son los padres los que inculcan ese afán de que somos diferentes, de que hay mejores y peores. En fin - volviéndose a Lucio - figúrate ; él el bachiller con los maristas en el Salvador y luego a la universidad, esas cosas, mientras que yo..., ya lo veis, ni para interventor de ruta. - Hablaba con tristeza, casi con melancolía, como persona que se siente derrotada ; y sin embargo no había ni rencor ni malicia en su voz -. Si por un casual me lo cruzo en la calle - continuó, siguiendo el hilo de sus pensamientos, - bueno, que ni me reconoce.

- Será el polvo del carbón - dijo estúpidamente Dorotea. Mas Agapito no se dió por enterado.

- No sé, no sé - dijo al cabo el carbonero pensativo -. Claro que como él es un señor abogado..., rico, listo e instruído - hizo una pausa -, un intelectual, digo yo.

Hubo un largo silencio. Lucio se llevó el vaso de vino a la boca. Dorotea se mordía las uñas. Zita barajaba las cartas una y otra vez, parándose de vez en cuando, para volver a empezar.

-Estamos jodidos - declaró Lucio sentenciosamente.

Los niños jugaban entre las mesas con otros pequeñuelos, y su madre dejaba de vez en cuando de morderse las uñas para dar una voz a Lucito. Zita se había olvidado de dar para continuar la partida y seguía barajando distraídamente.

- Estamos pero que bien jodidos - repitió enfático el ebanista, y al mismo tiempo emitió un gran suspiro. - ¡Ah, la instrucción, dices! El bachillerato, las matrículas, la universidad, y el comprar libros, todo eso cuesta su dineriño. ¡Ay, qué vida, Dios, qué vida! Que parece, hombre que... - y se paró de repente, la boca abierta, una colilla pegada al labio inferior, medio murmurando, como queriendo añadir algo, y que no le salía.

Pero aunque no le salían las palabras, el pensamiento en sí era claro ; pues estaba pensando en los hijos, en lo duro que resultaba ya sacarlos adelante. Cómo le hubiera gustado a él darles estudios, llevarlos a un colegio y luego a la universidad, como hacían los ricos con sus hijos, a fin de que si un día su Luciño se topaba con un señor notario, abogado, médico o lo que fuera, no tuviera que sufrir, como sufría su camarada Agapito ; pues habiendo estudiado y aprendido sabría que un hombre no vale más que otro si no hace más que otro, si no sirve, en definitiva, para construir un mundo mejor ; y aun puestos a valer y a construir, qué duda cabía que eran las clases trabajadoras las que habían levantado y

producido toda la riqueza que en el mundo existe. ¡Qué no iba a saber hacer su Lucioño !

Todo esto lo pensaba el ebanista suspirando por lo bajo, como si le diera vergüenza. Al cabo articuló : - Sí. La instrucción y el trabajo, Agapito, dices. Y cómo separa todo eso en lugar de unir a la gente. ¿Sabéis lo que yo digo ? Pos que cuando yo pienso que no podré darle carrera a mi hijiño... Bueno, paciencia y a barajar.

Zita soltó el paquete de naipes, como si le quemaran los dedos, mientras que su prima hermana, con aire ausente y distraído, sentenció, como quien pronuncia algo que se ha aprendido de memoria : - A nosotros los pobres es lo que nos toca, tener mucha paciencia... y fe en las promesas del Altísimo, para alcanzar un día la felicidad eterna.

## CAPITULO 7

Pues aquel mismo domingo había estado Dorotea en la Iglesia de las Angustias, oyendo misa e implorándole a la Virgen de los Cuchillos, Madre amádisima, que le fortaleciera en su fe, que no la dejase desesperarse y caer en el pecado.

Y había comprendido bien que lo más importante es el alma y salvarse para la otra vida. Delante de la estatua de aquella hermosa virgen se le había llenado el corazón de un sentimiento fuerte de arrepentimiento y de piedad cristiana.

Viendo el dolor, la angustia, el sufrimiento, la pena de aquella augusta mujer santísima, que además de ser madre como ella... era Madre de Dios. Y que no eran sus penas de angustia como las suyas, mujer de poca fe, sino que tenía la Virgen... ¡el corazón atravesado por siete espadas de plata ! ¿No iba **ella** a resistir su propio dolor ?

Durante el evangelio había dicho don Niceto desde el púlpito :

« Amados feligreses, he de insistir más particularmente hoy sobre el dolor y la piedad cristiana. El lacerado corazón de nuestra Madre de las Angustias, que tenemos aquí presente, representa un dolor profundo : ese dolor acérbisimo, intenso, infinito, casi divino que anega ese rostro que vemos ahí, es la expresión acabada de la limitada posibilidad humana. He de insistir hoy, pues, muy particularmente sobre las enseñanzas de Nuestro Señor que tienen especial conexión con las actuales condiciones del género humano : el desprendimiento de los bienes terrenales y el precepto de la caridad. **Bienaventurados los pobres de espíritu**, fueron las primeras palabras que salieron de los labios del Divino Maestro en su Sermón de la Montaña. Y esta lección es más necesaria que nunca en

estos tiempos de materialismo sediento de los bienes y placeres de esta tierra. Todos los cristianos, ricos y pobres, tenemos que tener siempre fija la mirada en el Altísimo, apreciar y aspirar a lo que pertenece al Cielo Infinito, a Dios y a su Gloria ; en contraposición a los bienes materiales, perecederos ; siempre recordando que no tenemos aquí en la Tierra ciudad permanente, sino que vamos hacia la vida futura. Por ello, los ricos no deben poner su felicidad en las cosas de la Tierra, ni encaminar sus mejores esfuerzos a conseguirlas ; sino que, considerándose sólo como administradores que saben que tienen que dar cuenta al Supremo Dueño, se sirvan de ellas como de preciosos medios que Dios les otorga para hacer el bien, y no dejen de distribuir a los pobres lo superfluo, según el precepto del evangelio. De lo contrario se verificará en ellos y en sus riquezas la severa sentencia del Apóstol Santiago, cuando dijo : ¡ ea pues, ricos llorad, levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobrevenir ; podridos están vuestros bienes y vuestras ropas han sido roídas por la polilla ; el oro y la plata que atesoráis se os han enmohecido, y algún día el orín de estos vuestros preciosos metales dará testimonio contra vosotros y a la postre habrá devorado vuestras carnes como el fuego. ¡ Os habéis atesorado la ira del Todopoderoso para la vida eterna ! »

Dorotea seguía la misa desde la capilla de Nuestra Madre de las Angustias, al lado de la epístola. Miró de reojo al bellissimo nimbo de plata y pedrería de la Virgen, como esperando observar el orín de que hablaba el sacerdote. El cual prosiguió como sigue :

« Los pobres, por su parte, aunque se esfuerzen, según las leyes de la caridad y de la justicia, atributo de Dios, por proveerse de un mínimo necesario, a fin de mejorar su condición, deben permanecer siempre pobres de espíritu, estimando más los bienes espirituales que los bienes y goces terrenos. Recuérdese además que jamás se conseguirá hacer desaparecer del mundo las miserias, las tribulaciones, los dolores, a los cuales están también sujetos los que exteriormente aparecen como más afortunados. Para todos es, pues, necesaria la paciencia, esa paciencia cristiana que eleva el corazón a las divinas promesas de felicidad eterna.

Por ello, amados feligreses todos, incluídos los que sufren, tened mucha paciencia : tened paciencia todos hasta la venida del Señor. Mirad como el labrador, con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra, aguarda con paciencia la lluvia temprana o tardía. No os soliviantéis, y esperad con paciencia y esforzad vuestros corazones, porque la venida del Señor está ya cerca. Sólo así se cumplirá la consoladora promesa del Sermón de la Montaña : ¡Bienaventurados los pobres ! Y no son éstos, amados feligreses, un simple consuelo y una promesa vana, como son las promesas de los comunistas : sino que son palabras divinas que se verifican plenamente aquí en la Tierra y que se realizarán después de idos, en la Eternidad. Y a la verdad ¡ cuántos pobres en estas palabras y en la esperanza del Reino de los Cielos - proclamado ya propiedad suya, pues de ellos es el Reino de los Cielos - hallan una felicidad que tantos ricos les envidian, una felicidad que no encuentran los ricos en sus riquezas siempre inquietos como están y siempre sedientos de tener más y más ! »

## CAPITULO 8

Al año de instaurarse la república continuaba en el poder una alianza de fuerzas centristas, radicales y algunos socialistas que poco habían hecho hasta entonces para verdaderamente mejorar la condición de la clase obrera. El pueblo, que había sufrido tanto durante la dictadura, comenzaba a presentir, con una gran dosis de decepción, que todos los gobiernos son iguales, que la democracia es una quimera, el socialismo inalcanzable. Para muchos la república había resultado ser una gran farsa. Las clases propietarias, los ricos terratenientes, los hombres de las finanzas y los patronos de la industria, acostumbrados desde tiempo inmemorial a considerar a España como un mero patrimonio personal, no habían tardado en reaccionar a las tímidas peticiones de reforma del pueblo oprimido. Como continuaban teniendo las riendas de la economía, no les fue difícil sabotear todas las medidas democráticas propuestas por la legislatura. El pueblo quería la libertad, pues libertad tendría, la libertad de morir de hambre; el dinero saldría al extranjero, el capital industrial podría paralizarse, permaneciendo inactivo cuanto tiempo hiciera falta, las tierras se dejarían en barbecho; y luego estaba la resistencia al cambio de los pequeños productores, la estéril clase media miserable (a la cual sólo movía la codicia); los que se dejaban arrastrar por la fuerza de la costumbre, ignorantes lacayos de los poderosos que tenían más miedo al pueblo que a las fuerzas ocultas del capital que les esclavizaba.

Las izquierdas habían alcanzado el poder político y en teoría dominaban la legislatura; pero la maquinaria estatal, el llamado orden público y las instituciones que habían levantado con la sangre del pueblo las clases explotadoras, vigentes desde tiempo inmemorial, éstas continuaban todas en pie igualito que en el tiempo de la monarquía. Aumentaba la represión contra los dirigentes sindicales; crecía el paro obrero de día en día; la intransigencia de las altas jerarquías de la Iglesia hacía imposible todo progreso en el campo de la instrucción pública. Se

acusó de herética a la Institución Libre de Enseñanza, obra de los más grandes intelectuales de la época. Desde Roma misma se declaraba la guerra abierta contra las leyes republicanas sobre una educación popular y democrática : « Aparece por desgracia demasiado claro el designio con que se dictan esas disposiciones (de enseñanza laica y gratuita), que no es otro sino educar a las nuevas generaciones, no ya en la indiferencia religiosa, sino con un espíritu abiertamente anticristiano. Queremos, por consiguiente, afirmar Nuestra viva convicción de que Nuestros amados hijos de España, penetrados de la injusticia y del daño de tales medidas, se valdrán de todos los medios legítimos que por derecho natural y por disposiciones legales quedan a su alcance ; a fin de inducir a los mismos legisladores a reformar disposiciones tan hostiles a la Iglesia, sustituyéndolas con otras que sean conciliables con la conciencia católica. »

Así trataba la Santa Sede a la nueva España democrática, un estado soberano independiente.

Entre tanto los militares complotaban abiertamente contra el gobierno legítimo que habían jurado defender, y empleaban toda clase de estratagemas para asegurar que los elementos más reaccionarios continuaran en los puestos claves de los Tres Ejércitos.

Para el pueblo, que había puesto tanta esperanza en el cambio, todo se le volvía « agua de borrajas. » Libertad, democracia, progreso iban apareciendo como palabras huecas, sueños magníficos, deseos inalcanzables. Sí, las Cortes Constituyentes habían votado leyes de un gran valor humanístico y moral, sobre la reforma agraria, la enseñanza pública generalizada y laica, la organización de la industria, el trabajo, el capital : mera utopía que nada podría contra la reacción concertada de las fuerzas visibles u ocultas de siempre, que declaraban que la ley no podría ser nunca invocada contra los derechos imprescriptibles de la Iglesia...o del Capital...del Latifundio, del Ejército, etc.

Lo más que lograba hacer el gobierno era introducir ciertos paliativos destinados a mitigar el paro obrero, las situaciones de miseria que surgían en todas partes. La revolución no acababa de llegar, se hacía cada día más remota, irrealizable. Y cuando se produjo una limitada acción revolucionaria, como ocurrió en algunos puntos de Andalucía, se acudió inmediatamente a la represión.

Se produjo primero, desde arriba, una forzosa paralización de brazos, que alcanzó su mayor amplitud en la provincia más rica, Sevilla. Se daba una espléndida cosecha de cereales, estaban cayéndose las mieses de las espigas ; los obreros agrícolas no reclamaban en aquellos instantes ni aumentos de salarios, ni reducción de la jornada, ni ninguna otra cosa que supusiese pretexto para la oposición que los patronos hacían. Sólo pedían trabajo. Pues bien, los grandes latifundistas dejaron abandonado el campo, aunque se fuera todo al diablo, aunque se incendiaran las mieses bajo el sol tórrido del verano. Todo con tal de que no comiesen los obreros del campo.

Los propietarios de la tierra estaban dispuestos a destruirlo todo antes que dejar de explotar al pobre pueblo. **Ellos** eran los señores dueños, sin conciencia y ni siquiera sentido común ; sin respeto a su misma religión, a la ciudadanía y a la patria, que ellos solos decían amar, y a la cual iban a sumir en un baño de sangre regenerador : los señores de la tierra, que creaban los conflictos sin fin que para el pueblo resultaban siempre en el hambre y en dolor. Las matanzas de Casas Viejas y Medina Sidonia han pasado a la Historia como ejemplos de la despiadada represión de tales poderosos.

Al mismo tiempo hubo sublevaciones esporádicas de carácter retrógrado militar, que no sólo no fueron condenadas por los señores caciques que tenían el poder en los pueblos y cabezas de partido, sino que estos mismos señores poderosos hacían luego lo posible para que los elementos al mando de estas sublevaciones pudieran escapar todo castigo, si no es que eran condecorados y halagados. Tal era el terreno en que se

llevó a cabo la sublevación del General Sanjurjo, declarado soporte de la monarquía ; y la indulgencia que la república mostró hacia los traidores no pudo dejar de dar ánimos a futuros conspiradores. Así es como el hijo del ex-dictador Primo de Rivera, que había fundado una pequeña asociación monárquica, se lanzó a la arena (« bajó de su torre de marfil, » en sus propias palabras) y transformó su asociación en un partido político, Falange Española, abiertamente fascista, sin otro programa que el de hacer una hipotética España Nueva, añadiendo que « si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. » Y para empezar un pronunciamiento “que sería convertible en Redención, Salvación y punta de lanza de una Santa Cruzada, que lejos de ser monopolio exclusivo de la jerarquía eclesiástica, sería un movimiento de Liberación Nacional.” Muchas personas de abolengo, y algunas de las instituciones eclesiásticas, civiles y militares ya estaban secretamente uniéndose al Movimiento.

Solamente la unión del pueblo hubiera podido salvar a España en esos trágicos momentos, una unión abnegada e implacable, defendiendo al gobierno legítimo contra enemigo tan poderoso y cruel . Es triste decir que las clases obreras y democráticas fallaron en este deber sagrado ante la nación y ante la historia. Los demócratas de la izquierda republicana, seres cultos y humanistas distinguidos, parecían estar viviendo en otro mundo, un mundo decimonónico de concepciones utópicas, tan apartados de la vida real como lo estaba el lenguaje rebuscado que empleaban. Algunos dirigentes socialistas, que no se habían dado todavía cuenta de que en España se vivía el preludio de una revolución, hablaban de pluralismo político, de libertad de información y libre competición, toda esa palabrería que tiende a inculcar en las masas que **no** hay lucha de clases, como si no hubiera en los actuales tipos de sociedad dos clases antagónicas irreconciliables, con dos definiciones de libertad, dos ideas distintas de lo que es la democracia, etc. Si no entendían esto, ¿cómo podían los llamados representantes del socialismo obrero traer el necesario cambio ? Todo se traducía a la postre en emitir palabras huera, altisonantes frases que no conducían a nada. Al contrario, eso era caer en el juego de

conservadores y liberales, en una arena en que nunca podrían ganar, pues los otros disponían de todas las cartas y habían sido entrenados para esa clase de juego y conocían perfectamente el terreno.

En el movimiento sindicalista mismo había ilusos que precisamente proponían el abstencionismo, rechazando la unidad obrera, la participación en la lucha para construir un mundo mejor. Algunos anarquistas incluso se unieron a los facciosos. Solamente los comunistas, entre las fuerzas progresistas de la España de entonces, entendieron correctamente la situación, como lo demuestran los acontecimientos de los meses y los años que siguieron. Pero el partido comunista, a pesar de que su fuerza y sus números aumentaban constantemente, era minoritario en el país y no hubiera podido, él solo, contener el desencadenamiento de la reacción, ese alzamiento militar tan bien planeado por los diferentes estratos de la oligarquía española, que tan eficiente y generosa ayuda recibieron del extranjero.

## CAPITULO 9

El 14 de abril de 1933, segundo aniversario de la proclamación de la república, Dorotea se levantó del lecho con un vago sentimiento de tristeza y melancolía. La noche antes, Santiago había venido a pasar un rato con ellos, y había estado infundiendo en su marido lo que para ella eran falsas esperanzas, diciéndole que en cuanto tomase la alternativa le iba a hacer su apoderado, y que ya vería. El bobo de Lucio había estado escuchando con la boca abierta, oyendo al cuñado hablar de los Bienvenida y del Marcial ése, que le habían prometido el oro y el moro, y que si la alternativa, el estoque, un traje de luces y tantas cosas más. Tonto, más que tonto ; si era un sandio su marido, dar crédito a esas cosas. ¿Pues no hacía ya casi dos años que llevaba repitiendo su Santi lo mismo ? Monsergas, que no eran más que monsergas. Toda la fuerza se le iba a ese torero por la boca.

« Sí, Santi, que sí. Para ti la perragorda, » le había chillado al hermano sin poderse contener. « Son muchos los que llaman, rico, pero pocos los escogidos. Desengáñate, que de toreros hay muchos que empiezan ; pero, dime tú a mí, ¿cuántos llegan a sacar esos millones que dices ? Eso si no acaban mal ; porque eso ya se sabe, como dice la canción... (canturreando)... torero tampoco le quiero...porque entre los cuernos suelen moriiiir, » y volviendo a su voz normal : « y si no al canto, hermanillo, hermoso, que me vas a dar un disgusto. Tú hazme caso a mí, y a lo tuyo, que ya que tienes trabajo, pues a la linotipia, chico, y a ganar honradamente un jornal. Ahora que dices que te quieren tanto en el Diario, ; hala !, pues a trabajar bien para que te pongan los huevos las gallinas. Arrímate bien a los curas, que los curas todo lo pueden. A ver si te suben pronto el sueldo, y de los toros que se ocupen otros. »

La verdad era que en esto como en otras cosas la pobre Dorotea estaba llena de contradicciones. No era que estuviera contra los toros o por

la linotipia ; todo era según la pillara ; del entusiasmo pasaba fácilmente a la duda y de allí al pesimismo más acerbo. Los efectos de la gravísima crisis del mundo capitalista habían alcanzado de pleno a la joven república española, que tenía además que soportar el boicot de las clases adineradas, que exportaban sus capitales al extranjero. El paro había terminado por afectar seriamente a la familia Muñeiro, y ahora se pasaban días enteros sin que se oyera ese ronroneo inconfundible de la sierra, antiguamente tan familiar en esa parte de la Calle de las Angustias. A defecto de trabajo, se había convertido la ebanistería en centro de reuniones políticas, que ponían a la mujer del ebanista de un humor de perros. « ¡ Ya se los podía llevar a todos el mismísimo diablo ! » pensó. El mismo Santi, que nunca se había preocupado de esas cosas, ya empezaba a hablar mal de los curas. Imbécil, si precisamente tenía que arrimarse bien a los curas, para que le cogieran cariño y fuera poco a poco ascendiendo en el Diario. Además ; con lo que le habían ayudado siempre los Padres, hablar mal de la Iglesia ! Y el mismo don Niceto, cada vez que la veía, que se cruzaban así en la calle según iba ella a la compra, pues no hacía más que preguntarla por Santiago, que ¿ qué tal iba el muchacho, y que si le gustaba el trabajo ? Y su hermano, el muy necio, ni irle siquiera a ver una vez. « ¡ Qué juventud ! » concluyó. « Si no piensan nada más que en lo malo. ¿ Quién les mandará ? »

Tardó más que de costumbre aquella mañana en arreglarse el moño, contemplando pensativa sus grandes ojos marrones en el pedazo de espejo que colgaba de una punta junto a la pila del fregadero. Le pareció ver una hebra de plata en su perfecta cabellera de ébano, y apenas pudo contener un grito. « ¡ Ay, qué vida ! Si parece hasta mentira. Si acabo de cumplir los veintiocho años. »

Cruzó la alcoba en puntillas para no despertar al marido y los mellizos. Abrió el aparador, y cogiendo una lechera de aluminio salió a la calle, abrigándose bien con un chal negro de lana que había sacado de un comodín.

Era una mañana de primavera, fresca y seca, con un cielo de azul intenso que prometía mucho sol. En un recodo soleado, al abrigo del viento, vio a Ferrer, dirigente sindicalista del ramo de la construcción, uno de los que andaban siempre metiéndole los pájaros en la cabeza a su Lucio.

- ¡Hola! - le preguntó, sonriendo - ¿Qué haces tú aquí tan de mañana ?

- Ya ves, esperando. Y Lucio, ¿no viene? - respondió él, devolviéndole la sonrisa. (Años atrás había andado este Ferrer enamorado de Dorotea, antes de que apareciera el ebanista.)

- Déjate de Lucio. No vengas tú a sacarle de sus casillas. En la cama está. Menudo es él. Con lo tarde que se acuesta ahora toas las noches. No sé ni cómo tú lo aguantas. Y hoy día de fiesta. ¿Qué te se ha perdido a ti ?

- Pues mira, fiesta o no fiesta, que tenemos que manifestar. Hay que sostener a los huelguistas. Si no hay solidaridad...

- ¡Solidaridaz! - le cortó Dorotea, y añadió con sorna : - Mira, no me hables de solidaridaz. Que eso son moditas que os traéis los hombres. - Y sin más decir, cruzó la calle y entró en la lechería, donde había ya media docena de mujeres.

- Buenos días nos dé Dios - dijo en voz alta.

- Buenos días, Doro, preciosa - le contestó una mujer de edad, vestida de negro.

- ¿Cómo va ese reúma, señora Amparo ?

En seguida se enzarzó entre las dos vecinas una conversación que, empezando con los respectivos estados de salud, fue tomando poco a poco un rumbo de continua queja por lo que tenían que sufrir y aguantar, y cómo se estaba poniendo la vida de mal ; que si el dinero ; que no había trabajo ; que si subían los precios que ya todo estaba por las nubes ; y luego que para colmo de males que ni siquiera podía vivir una en paz ; que había que ver cómo estaban las calles hoy día, que a veces eran verdaderos campos de batalla ; y que ya no había ni ley ni autoridad y ni temía nadie a Dios ; que todo eran huelgas y mítines y jaleos.

- Sin ir más lejos - puso Dorotea con voz débil, ultrafemenina - ahí acabo yo de ver a uno que a una de esas manifestaciones está pensando en ir.

-Ya, ya. ¡ Me lo vas a decir a mí ! - repetía a cada instante la anciana.

- ¡ Ay, qué dos años de república ! - se lamentaba exageradamente la joven. -Y ¡ de qué poco han servido, coña !

- Ya, ya, hija, que si mi Ricardo, quen la Gloria esté, levantara cabeza y viera esto ; él quera tan republicano. Mira. Mejor ansí. Que no haiga vivido.

- Anda, que si lo hubiéramos sabido a tiempo, ¡ de qué !

- Si no hemos ganao nada, Doro, nada. No hay que darle vueltas, estamos peor que denantes. A ver si no. Lo qués los pobres, más pobres que nunca. Esa es la verdaz. Hay que ver como corrían los duros de plata durante la dictadura ; si daba gloria verlos. ¡ Ay, ay, cómo nos ha arruinao esta maldita república ! Si no ha traído nada bueno, Doro, te lo digo yo, nada, nada.

Otra anciana, que estaba esperando una oportunidad, entró aquí en la conversación. Era gorda, con cara de no haber trabajado mucho en su

vida. Después de haber asentido mucho con la cabeza, y haber dicho un par de veces « Sí » y otras tantas « A ver », articuló sentenciosamente : - Es lo que dice mi Pedro, que la república no ha traído más que el caos y el desorden.

- ¡ Oy, qué razón tiene doña Pura ! - exclamó la lechera. Y fue la señal que estaban todas esperando para lanzarse al debate, todas al mismo tiempo. « Pos claro que la tiene. » « No iba a faltar más. » « ¡ Mira tú ! » « La república es la anarquía. » « A mí, denme la monarquía mil veces. » « Eso es lo que yo digo, la verdad por delante. »

Pero no faltó al menos una voz republicana. - Vergüenza les debería de dar - dijo una joven de aspecto de obrera de fábrica. - Ustedes lo que son es un atajo de derrotistas. Sí, derrotistas y traidoras.

Una o dos de las de la cola se pusieron a temblar. Se oyó un gruñido de indignación.

- Enemigas del pueblo y del gobierno legítimo - prosiguió la obrera de un tono severo. - Eso es lo que son. Sí, la república tiene muchos enemigos. Lo sabemos. Pero, mal que les pese, el pueblo sabrá arrancar en su día toda esa cizaña. Con nuestras propias manos lo haremos, ¿lo entienden ? - lanzó una mirada llena de odio hacia la mujer de la cara gorda, - a ver si dejan de una vez de envenenar a la gente.

Salía ya de la tienda la joven obrera, cuando la señora Amparo, que siempre tenía que decir la última palabra, lanzó socarronamente : - Oye tú, que eres tú muy joven para dar consejo a naide -. Guiñó un ojo con malicia a la de la cara gorda.

La joven dio una media vuelta con tal rapidez que virtió parte de la leche. - Tenga usted cuidado, abuela - dijo firmemente - que a usted la conocemos, y sabemos que en el fondo no es más que una infeliz. No obstante, ¡ ojo con quién se junta !

Válgame Dios, la furia que desencadenó la anciana. - ¿Quién, yo ? - chilló. - ¿Yo infeliz ? Habráse visto cosa igual. ¿Han oído ustedes como me habla esa legañosa ? Con quién me ajunto ¡ eh ! Oye, mona, que ya te he dicho que eres tú muy joven para dar consejos ; vete a darlos a tu puñetera madre, si sabes donde anda. ¡ Mocososa, más que mocosa ! Y ¿qué es eso de llamarme abuela ? Mira, a mí no me llames abuela, que gracias a Dios tú a mí no me tocas nada. ¡ Uf ! ¡ Habráse visto !

La joven, que se había parado a la entrada de la tienda, dijo como para sí : - ¡ Ay, qué duro resulta a veces ! - Y salió a la calle, dejando tras de sí una atmósfera bastante cargada.

La lechera, mujer piadosa y temerosa de Dios, había dicho, como para calmar a la joven, que en todo caso no la podía oír : - Que no es eso, mujer ; si no es que vayamos **contra** la república, sino que estamos toas **con** Dios Nuestro Señor.

Lo que confirmó alguien, diciendo : - ¡ A ver si no !

A lo que añadió doña Pura : - Eso es. Que los españoles somos una raza muy de derechas, que siempre hemos estado al lado de Dios y de su Santa Religión. Que como dice mi Pedro, España es la tierra predilecta de María Inmaculada.

- ¡ A ver si no ! - repitieron todas a coro.

-Y ya habrán oído ustedes decir - continuó doña Pura, enrojeciendo - quel jefe del gobierno es un sin-Dios.

-Así es - corroboró la lechera -, que se lo he oído decir mil veces al párroco. Y si no, aquí está esta señora - señalando a Dorotea - que lo pué

decir, que lo oyó también conmigo el domingo pasado. Usté está de testigo, ¿es verdad o no ?

-Pos claro que sí - confirmó Dorotea.

- ¡ Oh, don Niceto ! - alguien dijo - Yo no sé si ése exagera.

-Pos yo lo he oído también - afirmó una tercera - y cuando el río suena aguas lleva.

-Cuando don Niceto lo dice será verdaz - masculló la señora Amparo. Movi6 sus ojos de rata hacia doña Pura, y sonriéndola para congraciarse añadió : - Y que lo dijo muy claro, que le llamó nateo ; dijo... parece que lostoy oyendo... quel jefe del gobierno es un nateo.

-Ateo, querrá usted decir - le corrigió una joven.

- ¡ Bah ! Ateo o nateo, pa mí es lo mismo - había soltado la señora Amparo las palabras escupiendo, señal de que estaba satisfecha consigo misma : había alborotado el cotarro y había un instante sido el centro de atención, ¿qué más podía desear ? - ¿ Verdaz, hija, que da lo mismo ? - concluyó, pegándose a Dorotea.

Las dos salieron juntas de la tienda, dejando a otras dos recién llegadas que tomaran respectivamente sus puestos en la conversación ; y ellas se dirigieron charlando hacia el puesto de los churros en la esquina de las calles Solanilla y Angustias.

- ¡ Churritos calientes ! ¿ Quién los quiere ? - gritaba la churrera, abriendo bien su boca sin dientes. Era una mujer de edad muy avanzada, consumidita en todos los sentidos, que se pasaba las horas tiritando de frío delante de su caja de aluminio, esperando a que llegasen las doncellas de los señoritos del barrio a comprarle la mercancía.

- ¡ Churrera, déme diez de porras ! - le gritó Dorotea al oído.

-¿Cuántas, hija ? - balbuceó la vieja, llevándose la palma a la oreja.

Dorotea le enseñó la perragorda, y la churrera le atravesó dos porras con un junco que luego ató en forma de aro. - Aquí tienes, mona. - volvió a enseñar una mano enguantada, el guante negro grasiento, deshilado a las puntas, que dejaban ver cinco dedos morados.

-Está usted tiritando, abuela - gritó Dorotea, compasiva.

-Pos aquí. Ya ves, hija - respondió la churrera vagamente.

Según se iban las dos amigas, la señora Amparo tuvo que meter baza en la conversación, repitiendo su frase favorita : - ¡Buenos tiempos andamos, churrera – y añadió -, qué de jaleos va a haber! –

La churrera simplemente sonrió, y como la señora Amparo no estaba segura de si la otra le había oído, indicó con los ojos a unas personas de aspecto aristocrático que estaban reunidas a la entrada de la iglesia. Había como media docena de damas, un par de caballeros y algunos chiquillos, esperando, al parecer, la llegada del señor cura; cosa extraña, pues siendo viernes, no era **fiesta de guardar**.

-Si ya les había visto, boba - contestó la vieja, silbando entre las encías.

-Volvemos a estar como cuando la monarquía, igualito - dijo la señora Amparo. Y cogiendo de un brazo a Dorotea, empezaron a cruzar la calle.

- Van a celebrar la república a su manera, tonta – continuó, guiñando maliciosamente un ojo a la amiga. ¡ Menudo son ellos ! ¿ Te crees, Doro, que no sé yo lo que les va a decir ahora don Niceto ? – (imitando la voz del

sacerdote) – ¡Oh, amadísimos feligreses, debemos defender nuestras Sagradas Tradiciones...! Si no le conociera.

Dorotea, viendo todavía al sindicalista obrero en la acera frente a la iglesia, le gritó : - ¿Qué ? ¿Todavía no han llegao los otros ?

Ferrer se encogió de hombros, y sin soltar el pitillo de entre los labios, murmuró : - Ya ves.

Las dos mujeres se habían parado unos metros más abajo, junto a la ebanistería, y la señora Amparo preguntó, alarmada al ver a Dorotea cambiar unas palabras con aquel hombre :

- Pero ¿sabes quién es ése ? - Y bajando la voz, continuó : - Si dicen que es muy rojo, mujer.

- ¡Qué va ! - contestó Dorotea. - Si le conozco desde que era así. Y es más bueno quel pan. Mire cómo le hacen esperar sus camaradas.

Pos que no les espere – masculó la vieja.

Dorotea, cambiando de conversación, añadió, señalando hacia la iglesia : - ¡Ahí va, señora Amparo! Si ésa es la doña María Cristina de que le hablé, esposa del abogado ése de mi tierra que se llama Argamesilla. Que les conozco muy bien.

-Si la conozco yo mejor que tú - respondió la otra -. Y mira que escotadita va. Te digo que hoy día no hay vergüenza. Ni pa entrar en la iglesia se cubren un poco ; mucho sombrero, mucha piel, y enseñando luego tol pecho.

-Que lo diga - dijo Dorotea -. No me estraña que se cruce a esta acera pa buscar un poco el sol.

En efecto, la señora de Argamesilla estaba en estos momentos cruzando la calle con sus cuatro hijos, que la seguían como cuatro polluelos, para meterse entre los arcos del Gran Teatro Calderón, que en realidad era un cine.

Sin embargo, al reparar la noble dama la presencia del obrero en la misma acera, dio media vuelta al instante, abrazando a sus tres hijos menores como para protegerlos del contagio, quedándose rezagado el primogénito.

Ocurrió entonces algo inesperado horrible. Un automóvil negro pasó a gran velocidad, y a la altura del cine Calderón, donde se hallaba Ferrer, asomó el cañón de un rifle por la ventana trasera, y se oyeron unos disparos. El obrero, que se había dado cuenta de la maniobra, se arrojó al instante al suelo y escapó al parecer ileso. Una de las balas, sin embargo, alcanzó al hijo mayor de doña María Cristina, el cual se había quedado mirando los carteles de las películas.

Hubo una gran consternación. Doña María Cristina, dando aullidos de fiera, se lanzó sobre el herido, que yacía en un charco de sangre en la acera. En un momento la calle se llenó de gente.

## CAPITULO 10

Por la tarde corrió la noticia de que el niño había muerto. En toda la ciudad, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, se sintieron indignados. En los barrios obreros se hablaba de una provocación fascista . La gente de bien, por su parte, habló del terror bolchevique, del asesinato del hijo inocente de un honrado hombre de derechas.

Desde el Hospital Esgueva, a donde en un principio se había llevado al herido, se propagaron rumores de que la bala que le causó la muerte era del mismo calibre que las utilizadas por los obreros anarquistas y otros grupos de agitadores marxistas.

En las terrazas de los cafés, las conversaciones eran muy animadas, tratándose de gente rica y de postín.

-El caos ruso. No respetan ya ni a los niños.

-Y que lo diga, don Justo.

-¿A dónde vamos a ir a parar ?

-Estos hechos criminosos son el síntoma de la descomposición de la república.

-Ahora lo ha dicho.

-A mí, denme el fascismo mil veces. Miren ustedes Italia y ahora Alemania : la paz, el progreso, la cultura. Eso son países.

-¡ Qué razón tiene !

-No. No señores. Necesitamos un cambio, eso sí. Pero un cambio, caballeros, en la legalidad ; un gobierno de derechas, si quieren ; pero siguiendo el proceso legítimo de la ley y las instituciones. No me cansaré de repetirlo.

Varias voces al mismo tiempo : « ¡ Eso, eso ! » « Ahora lo ha dicho, don Máximo, en la legalidad. »

-Venga, mozo, sírvenos unas copitas de anís, rápido.

Al otro día se efectuó el sepelio del joven niño asesinado. Las derechas, decididas a hacer política de ese *nuevo acto de terrorismo*, hicieron todo lo posible para transformar el acontecimiento en una manifestación contra el gobierno *azaño-marxista*, como ellos llamaban al gobierno centrista de don Manuel Azaña.

Venía el blanco féretro, cubierto de coronas y flores, en una carroza inmaculada, tirada por cuatro caballos blancos emplumados. Le precedía el ministro del Señor, don Niceto Pérez Monasterio, con su sobrepelliz de nieve sobre una sotana impecablemente negra, acompañado de dos sacristanes con incienso y media docena de monaguillos en pleno atuendo. Seguían a la carroza don Joaquín Argamesilla Picavia y demás familiares varones del difunto, entre los que destacaban el abuelo paterno, don Fadrique, y el materno, don Feneón, Grande que había sido de España. Venía luego una gran muchedumbre que, al decir de los curiosos, contenía lo más distinguido y elegante de Castilla y aun otras regiones de España. Cerraba el cortejo una milicia de jóvenes de las llamadas Juntas Castellanas de Acción Hispánica, en perfecta formación militar.

Hizo alto el acompañamiento en la Plaza Mayor, donde el sacerdote dio la bendición, pronunciando unas palabras en latín, mientras los monaguillos movían con donaire los incensarios, arrojando hermosas espirales de humo. Pasó a continuación numeroso público delante de los parientes del niño mártir, deseosos todos de dar el pésame a

personalidades tan distinguidas. A continuación desfiló el fúnebre cortejo por la Calle Santiago, a la puerta de cuya iglesia salió el clero parroquial a recibir el cadáver con cruz alzada, y el párroco cantó un solemne responso, acompañando el cortejo después hacia el Paseo Zorrilla, terminando el desfile en el paseo central del Campo Grande, ante un gentío que ascendió a diez mil personas. En seguida desapareció el cortejo, en una larga fila de automóviles negros, en dirección del camposanto.

Entre tanto los jóvenes de Acción Hispánica, que habían desfilado con el cortejo, y se habían quedado en la Plaza Mayor, empezaron a distribuir propaganda y a vender el periódico del partido. Dos de los jóvenes facciosos se encaramaron a un banco de piedra, y uno de ellos empezó a dar un discurso a grandes voces.

- Mujer, mira por cuanto - murmuró Dorotea, que había venido con su prima Zita a ver salir el féretro -. ¡ Mi primo Gonzalo ! Ya le conoces, ¿ no ?, de los Beltranes de Tordehumos. Vente a ver lo que dice.

- Esto no puede continuar así - estaba diciendo Gonzalo Beltrán -. Estamos hartos de crímenes. La legalidad, la justicia, el orden y el culto del derecho han desaparecido. ¡ Así ! No existen en el solar hispano. Hora es ya de decir, ¡ Alto al crimen ! ¡ Alto al terrorismo y la inseguridad ! No es necesario recoger antecedentes ni buscar culpables. Está bien claro quien es el culpable. El estado actual de cosas ha culminado (¿ quién no lo ha visto ?) en el episodio tristísimo de la muerte de un niño. El hijo inocente de un hombre de respetada valía ha sucumbido ante las balas asesinas ¡ sí ! de los bolcheviques. Porque el terrorismo no se para en nada. Estas acciones delictivas del anarco-sindicalismo tienen que parar ; las izquierdas, aliándose al marxismo, han traído a España hasta el borde mismo del abismo. El gobierno es incapaz de hacer que reine el orden, y España no puede vivir en esta anarquía. Tenemos que volver a las fuentes de inspiración del genio hispano ; tenemos que ser fieles a la memoria de nuestros héroes, de nuestros capitanes y caudillos, a todo lo verdaderamente nacional y a todo lo verdaderamente hispano ; tenemos

que retornar a nuestras nobles tradiciones, renovando el alto sentido católico de nuestras vidas, devolviendo a los españoles su religión, la monarquía y el imperio.

Hubo un amago de protesta entre los espectadores. Otro joven subió al banco, empujó a su camarada, y prosiguió el discurso. - Cada nación tiene una misión histórica que cumplir. Y el destino de España es imperial. Y Castilla es el eje y el centro de España. Recordando lo que fuimos, y viendo lo que ha hecho en nuestra patria el azote comunista, que no contento con haber desencadenado la violencia más furibunda, pretende subvertir nuestros más sagrados valores, tenemos que gritar, y gritar muy alto, ¡ No, no y no, el destino de España no es el comunismo ruso ateo y materialista, ni el judaísmo y la masonería con su odio ancestral hacia todo lo más sagrado de la historia de nuestros antepasados, ni mucho menos el caos y la anarquía en que nos hallamos ! Sin Dios la patria no puede existir ; antes la muerte.

Hubo vivas a Castilla y al Imperio. También hubo silbidos y un grito de ¡ Viva la República ! procedente de un grupo de obreros que se hallaban entre los espectadores en la plaza.

Los jóvenes facciosos, a los que se habían unido paramilitares en civil, en seguida ahogaron los gritos republicanos. No obstante, un joven de mono azul logró subirse a un banco y gritar de nuevo - ¡ Viva la República ! - Alguien sacó una pistola e hizo fuego. Siguió una lucha feroz, desigual, pues los facciosos habían venido preparados. Cuando llegó la guardia de asalto, el joven del mono yacía en el suelo, la cabeza atravesada de un balazo. Otros tres obreros tuvieron que ser admitidos al hospital. Los guardias se llevaron a cuatro obreros para ser interrogados, así como a un faccioso que resultó ser ex-legionario de los ejércitos de Africa.

A la mañana siguiente se halló en una dehesa al otro lado del río Pisuerga el cadáver de un rico señorito, hijo de un teniente coronel de caballería muy conocido por sus actividades conspiracionales contra la

república. Corrió el rumor de que un grupo de obreros había sido visto por los lugares del crimen a las primeras horas de la madrugada. La prensa católica condenó unánimemente el acto como « un crimen odioso de una maldad y una felonía sin límites », comentando el editor del Diario Regional que « ningún particular que tenga buen juicio, ningún hombre insigne, consciente de su responsabilidad, puede menos de temblar de horror al pensar en lo que hoy sucede en España. »

También constató la prensa, esta vez con un cierto orgullo, que « el mismo día, a las once de la mañana, tres individuos penetraron pistola en mano en la oficina de los titulados "Amigos de la Unión Soviética", donde había documentación importante. Y concluía el panegírico así: "El asalto se hizo con una perfección y una audacia insuperables. Los jóvenes de Acción Hispánica se mostraron violentos, pero sin efusión innecesaria de sangre."

Por su parte, los militantes obreros y sindicalistas redoblaron la vigilancia. Aumentaron los números de afiliados a los partidos de izquierda, y aumentaron igualmente los mítines en la Casa del Pueblo y otros lugares de reunión.

## CAPITULO 11

Una tarde, hacia el anochecido, regresaba Dorotea de casa de su prima Zita en la Fuente Dorada, cuando en la misma Calle de las Angustias tropezó con su primo hermano Gonzalo Beltrán. Era éste un par de años más joven que Dorotea, más bien corto de estatura, pero elegante y bien parecido : el cabello siempre engomado, un bigotillo negro finísimo, y ropas siempre de las más caras.

Había sido este Beltrán estudiante de derecho hasta los veinticuatro años de edad, y desde entonces estaba preparándose para unas oposiciones que nadie estaba seguro si eran de notaría o judicatura o cualquier otra cosa. Pues, a decir verdad, las oposiciones eran realmente un pretexto para dejar volar los años sin hacer nada. Era Gonzalo el tipo de señorito acomodado y ocioso que se pasaba la vida jugando al billar, paseándose en la Acera entre los cadetes y otros mozos distinguidos, tomando el aperitivo en los cafés, fumando pitillos rubios y, desde la llegada de la república, haciendo el gamberro con otros jóvenes adinerados de vida frívola, parásitos como él. Ultimamente se había afiliado a una llamada Junta Castellana de Acción Hispánica, agrupación ultraderechista fundada por un grupo de jóvenes vallisoletanos a cuya cabeza andaba un tal Onésimo Redondo. Era Beltrán íntimo amigo de este Redondo. Se conocieron en Salamanca, en cuya universidad ambos estudiaban Leyes. En 1933 volvieron ambos a Valladolid, y a continuación disolvió Redondo su organización y fundo con otro faccioso, Ramiro Ledesma, las Juntas de Ofensiva Nacional sindicalista. Con ellos, Beltrán “desarrolló una fecunda labor,” como él decía. Fue Redondo quien, con otros, le enseñó el manejo de las armas, la pelea callejera, la venta de periódicos facciosos y el automovilismo ; y todo ello le había llevado de repente a “una intensa y vigorosa actividad.” Se pasaban parte del día paseándose por la ciudad en un Balilla negro, armando camorra, doblando esquinas a gran velocidad y siempre armado hasta los dientes. Los campos predilectos de acción del

grupo eran la universidad y las pequeñas reuniones de obreros, donde a menudo aparecían vestidos de operarios. Durante la adolescencia había sido Gonzalo muy amigo de su prima. Ella vivía todavía en Tordehumos, a donde Gonzalo venía a pasar las vacaciones de verano. Los Beltranes tenían casa en Valladolid, y eran más ricos que los Plateros, sobre todo que ya doña Felicitación había muerto y el calavera de Manuel Platero había comenzado a malgastar su hacienda.

Dorotea tocó a su primo hermano en el hombro. - ¡Hola, Gonzalo ! - le chilló - ¿Ya ni siquiera saludas ?

- ¡ Ah ! ¡ Hola, chica ! - le respondió él, parándose apenas - no te había visto.

- ¡ Qué ! ¿ Vienes de hacer una visita al señor cura ? - preguntó ella, medio interceptándole el paso.

En efecto, acababa de salir el joven de la casa de don Niceto, cargado con un abombado maletín de viaje.

- ¿ Eh ? ¡ Ah ! - murmuró Gonzalo, un tanto corrido. Se separó un poco, como para emprender de nuevo la marcha, el pensamiento fijo en otros horizontes -. Disculpa - dijo - , no puedo quedarme, tengo prisa -, y en seguida desapareció calle arriba.

Según se alejaba el primo, una extraña visión apareció de repente, un instante, en el cerebro de la joven : veía un auto Balilla pasando a toda velocidad por el lugar donde ahora se hallaba, junto al Cine Calderón : y en él, entre otros, un hombre en la ventana trasera, un arma en las manos, ¡ y era Gonzalo ! Aunque no lo había visto aquel día : o más bien, no recordaba aquello como algo que hubiera percibido entonces de una manera consciente, **ahora** lo veía. Y ¡ sí, era él ! Y no pudo apartar la imagen de su mente, cuanto más que aquella misma noche, en la cama, le

vinieron al pensamiento otras imágenes que la alteraron y no la dejaban dormir : cayó en la cuenta de lo que había venido a hacer Gonzalo en la casa del sacerdote : sobre todo que ya había visto ella salir de ese edificio otros jóvenes, y en las mismas condiciones. Le vino a la memoria un detalle de cuando ella servía al sacerdote. Una noche de invierno, durante la dictadura, se había despertado de golpe con el sentimiento de que alguien andaba encima de su habitación : se hallaba ésta inmediatamente debajo de un ático, que estaba inhabitado. Estuvo escuchando un rato, y sí, oía pasos. No tenía reloj, pero pudo calcular más tarde, por las campanadas de la catedral, que habían sido como las tres o tres y cuarto de la madrugada. Se levantó alarmada y sin encender la luz fue a la ventana : había en la calle una camioneta del ejército, de donde unos hombres sacaban unas cajas que debían ser muy pesadas, y entraban luego en su propia casa ; y otra vez esas pisadas cautelosas encima de su habitación. Aunque sabía que el ático formaba parte de la residencia del cura, ella no había subido nunca allí arriba. Se guardó bien de decir o preguntar nada ; y esperó a que una noche se durmiera el señorito para apoderarse de las llaves y subir al aposento secreto. ¡ Había un verdadero arsenal en aquella casa ! Fue un secreto que no compartió con nadie, ni siquiera con su prima carnal y amiga íntima Zita Martínez. Acababan de conocer las dos a Lucio y Agapito, y tuvo miedo de armar un escándalo que pudiera conducir al descubrimiento de algo grave para su honra y felicidad.

Tan sólo en una ocasión, cuando ya estaba casada y las caricias de don Niceto pertenecían a un pasado que parecía muy remoto, pensando de súbito en aquella noche, la camioneta en la calle, los pasos en el techo de su habitación... (y en otras noches en que volvió a oír esos ruidos y volvió a ver más hombres subiendo cajas al ático), sintió un remordimiento sincero por algo que sabía que tenía que haber hecho y nunca hizo. Era el día de la proclamación de la república. Estaba en el medio de un inmenso desfile popular con otros siete republicanos, cogidos del brazo, su esposo, Zita y Agapito, Serafina y su marido Roque y Ferrer enarbolando la bandera tricolor. En la euforia de la victoria popular Agapito había dicho que, como se atrevieran los explotadores a levantar cabeza, el pueblo los aplastaría a

todos de una vez para siempre. Un dolor repentino vino como un rayo a acortar una sonrisa que había estado jugando en los labios de Dorotea. Le había venido al pensamiento la imagen de su antiguo señorito, aquel ático lleno de cajas con fusiles, pistolas y munición; sintió que algo se desgarraba en su interior y dio un grito apagado de horror: « Sí que levantarán cabeza - pensó - no hay nada que no harán para tratar de cambiarlo todo otra vez. » Pero ni siquiera aquel solemne día, en el medio del entusiasmo general, habló de lo que tenía que hablar la hermosa Dorotea.

Como tampoco hablaría aquella noche de primavera de 1933, cuando pensaba en la cama en el encuentro de aquella tarde con su primo. Sudaba y daba vueltas entre las sábanas, escuchando los murmullos de su marido, Agapito y Ferrer, que le llegaban desde el taller. No podía arriesgarse, vendrían las preguntas, la mataría su Lucio. Tenía mucho miedo, siempre lo había tenido.

## CAPITULO 12

Agapito Ruiz Llorente era un muchacho de un corazón de oro. Se había quedado huérfano a la edad de doce años, y un hermano, a la sazón soltero, de su madre lo había recogido en su casa . Desde muy temprana edad había ayudado el chico a su tío Fermín en la carbonería. Luego el tío se había casado, y había tenido a su vez un hijo ; luego otro, y otro. Y ahora estaba el hombre cargado de hijos y de compromisos.

En realidad la carbonería sólo daba para vivir los meses de invierno. Entonces cargaban tío y sobrino sacos enormes de carbón de antracita que transportaban a los pisos de los ricos del barrio, subiendo estrechas escaleras de servicio, doblado el cuerpo en dos y a punto de reventar ; mientras la mujer o uno de los hijos del carbonero se quedaba en la tienda despachando astillas y llenando cubos de polvoriento carbón de cok a las vecinas menos pudientes. En las otras estaciones del año poco vendía el carbonero, aunque continuaba abierta la tienda y el ruido del hacha cortando astillas no cesaba nunca.

Cuando Agapito era todavía un chaval, durante los meses de verano su tío le dejaba mucho tiempo libre para que pudiera ir por ahí con los chicos del barrio, jugando alrededor del Mercado del Portugaleta y en la Plaza de la Antigua. Así conoció a Ferrer, que en aquel tiempo vivía en el barrio. Ferrer era hijo de un militante obrero medio anarquista, y fue entrando en casa de su nuevo amigo que por primera vez oyó el joven carbonero las mágicas palabras de « comunismo, » « socialismo » y « libertario, » que al principio no le decían nada, salvo esa curiosidad que despertaban por el misterio con que eran pronunciadas. Apenas había ido a la escuela el joven huérfano ; no ocurría lo mismo con su amigo, que aunque obrero no había faltado hasta los quince años a una clase, habiendo tenido además la ayuda de un padre militante muy amante de sus hijos. Así que, como casi la primera educación que recibió Agapito vino del

amigo, ya experimentado en el estudio de la política, puede decirse que aprendió a leer y conocer la literatura obrera casi al mismo tiempo. Jamás principiante alguno demostró tanto interés por la lectura como el joven de la carbonería, a quien se veía a menudo con el peso de una arroba de carbón en la espalda, enseñando las páginas polvorientas de un libro o un folleto en el bolsillo de atrás del pantalón.

Desde que hizo amistad con Ferrer, a la edad de dieciseis años, alternaba Agapito su oficio de carbonero con largos períodos de peón en la construcción. En verano, cuando escaseaba el trabajo en el negocio del tío, encontraba a través del amigo un puesto de peón en una obra. Luego al aflojar la construcción con el mal tiempo, volvía a la carbonería. Y así pasaron los años, entre la carbonería y la construcción, aprovechando cualquier momento libre para estudiar y leer. Su gran deseo últimamente había sido entrar en los ferrocarriles, tener un puesto seguro para poder casarse con Zita.

Fue durante uno de sus períodos de albañil que Agapito Ruiz se adhirió al partido socialista obrero español, aunque últimamente éste había dejado de satisfacerle y andaba merodeando, por así decirlo, los locales del partido comunista. Trabajador infatigable para todo, había estudiado sus libros y folletos con tal avidez que podía repetir de memoria frases enteras de Lenin y otros pensadores y activistas del movimiento obrero.

-Camaradas - decía una tarde del verano de 1933, en una reunión en que se debatía la cuestión de si se debía o no continuar la huelga del ramo de la construcción, la cual duraba ya varios meses, - no es que yo esté contra la huelga. Al contrario, la huelga es un derecho muy justo que la clase obrera ha conseguido a cambio de mucha lucha y de unos sacrificios enormes. Soy el primero en proclamarlo. Pero los trabajadores debemos calcular con toda exactitud la gravedad de los momentos en que vivimos. Las huelgas son armas de dos filos que a veces se vuelven contra los mismos que las emplean. Es muy peligroso plantear los conflictos a

montones. Y conviene también saber si los movimientos por el aumento de salarios corresponden realmente a una necesidad imperiosa...

No pudo terminar su discurso. Había en la reunión obreros sindicados y no sindicados, y entre aquéllos ugetistas y cenetistas. Nadie estaba de acuerdo con nadie. Unos afiliados a la CNT, en un rincón, habían estado dando signos de descontento, alzando de cuando en cuando murmullos de protesta. Al cabo, empezaron a preguntar a voces que a quién representaba el orador, a la clase obrera o a la patronal. De las preguntas pasaron a las objeciones, y finalmente a los insultos.

- ¡ Temprano empezamos a darnos aires, camarada ! - gritó uno de los anarquistas, y sus compañeros rompieron en carcajadas.

Subió Ferrer al podio y trató de ayudar a su amigo y camarada. - De acuerdo - dijo - las huelgas no deben asustar a nadie... no se hacen por gusto, sino por necesidad. Eso lo proclamamos ... - Pero ya nadie escuchaba.

En su asiento ahora, Agapito lo miraba todo nervioso y desalentado. No podía comprender por qué otros no veían las cosas tan claramente como él las veía. Generalmente era un hombre dedicado y optimista. Pero cada vez que venía a una de estas reuniones y veía la falta de unión entre los **pobres**, mientras se sabía que los **ricos** estaban cada vez más unidos, le entraban ganas de llorar.

La atmósfera era irrespirable, a pesar de que las dos puertas de la sala estaban abiertas de par en par. Todo el mundo fumaba. La gente entraba y salía. No cesaban las voces, los murmullos, las risas, las preguntas provocadoras, y hasta de vez en cuando había abucheos y silbidos. El orador tenía que desgañitarse si quería que sus propósitos fueran oídos.

En aquella misma reunión habló un dirigente comunista de la necesidad para la clase obrera, y para los trabajadores en general, de hacer frente común contra el agresor, las fuerzas más reaccionarias de las derechas, que en aquellos mismos momentos estaban buscando una oportunidad para hacerse con el poder a fin de destruir la república. Las Cortes Constituyentes habían fallado en su labor de dar a España una verdadera democracia popular, y era muy posible que hubiera elecciones legislativas pronto. España estaba por la república y el socialismo; la inmensa mayoría del pueblo pensaba así. Las elecciones municipales del pasado mes de abril habían dado una mayoría de derechas en algunos pueblos de la comarca **únicamente** porque no había habido unidad de las fuerzas de izquierda y porque algunas de éstas habían promovido abiertamente el abstencionismo.

-Vuestra presencia aquí esta noche, camaradas ugetistas y cenetistas - continuó el orador comunista - es una prueba más de vuestro espíritu revolucionario, y constituye un paso más hacia la unidad del proletariado. Esta es la aspiración de los trabajadores todos. Tenemos que hacer retroceder a la burguesía que en estos días está más activa que nunca y comienza a reaccionar como si ya hubieran derrotado a la república; porque confunden la república con el gobierno, un gobierno que no actúa y no ha actuado nunca con suficiente rapidez y con eficacia.

-Y ¿quién ha escogido el gobierno, eh? - alguien chilló en la empaquetada sala.

-No quita - continuó el orador - que por el momento es el gobierno legítimo, un gobierno de izquierdas.

-¿De izquierdas? ¡Vamos anda! - se oyó una voz fuerte, guasona.

Hacía un calor sofocante. El orador se pasó un pañuelo sucio y arrugado por la frente y reanudó el discurso sin alterarse. - Hay que luchar, sí, y como comunista peso mis palabras... hay que machacar a la clase

patronal a toda costa - comenzó calmamente, - infligirle una derrota suprema y definitiva. Y en estos momentos el que no preste ayuda a esta labor no es cenetista ni ugetista ni obrero, sino un traidor.

- ¡Que te crees tú eso! - gritó de nuevo el guasón; se oyó un murmullo en la sala.

-Ya bastante de acciones impremeditadas que no conducen a ninguna parte - continuó el comunista sin inmutarse - y sobre todo hay que mantenerse serenos incluso ante la provocación. En estos momentos la contraviolencia no servirá para nada bueno. Los actos irresponsables sólo conducen a dar armas psicológicas a la reacción, a la clase patronal que quiere hacer creer que somos ingobernables y que el régimen republicano no puede existir si no es en plena desorganización. Tanto en la ciudad como en el campo, la clase patronal viene realizando una obra perturbadora para destrozarse la república, para implantar una tiranía fascista. Hay que estar vigilantes. El paro aumenta y lo que urge no es destruir lo que existe, sino incautarse de los medios de producción, de las industrias, de las obras, si los patronos se resisten a llevarlas adelante.

Alguien volvió a chillar en la sala : - ¡Lo que hay que hacer es liquidar a los patronos !

- ¡ Eso es ! Liquidar a esa maraña.

- ¡ Silencio ! ¡ Silencio ! Dejadle hablar.

El orador volvió a secarse el sudor de la frente, y con voz ronca continuó firmemente, sin poder contener la emoción. - ¡ Hermanos ! La única manera de liquidar a la clase patronal enteramente, y vosotros lo sabéis, es apoderándose del poder...

- ¡ Viva el proletariado ! - se oyó una voz.

-Y para eso, lo que se necesita más que nada es la unión. Sin la unión no somos nada. Unidos venceremos siempre. Unidad sindical, camaradas, es la consigna... e incluso unidad política, ¿por qué no ? Un solo partido obrero, un partido único abrazando todo el proletariado español. Ese debe ser nuestro ideal... no es imposible alcanzarlo.

-Y entre tanto ¿retroceder ante la agresión fascista ?

-No, camarada. ¿Quién ha hablado de retroceder ? La clase obrera nunca ha retrocedido y nunca retrocederá ante la agresión. Eso por supuesto. Si no, ahí está la historia del movimiento obrero en el mundo entero para demostrarlo. Pero no retroceder no quiere decir violencia, y no quiere decir tampoco que a veces no haya que replegarse en orden para escoger el mejor momento. La clase obrera es la clase más revolucionaria de la historia de la humanidad, una clase que está dispuesta (sin retroceder ante el sacrificio) a luchar contra la contrarrevolución a fin de liberar, hermanos, a toda la humanidad del yugo de la explotación del hombre por el hombre. Pero ahora, camaradas, en estos precisos momentos, no es ocasión de usar la violencia, ni siquiera la violencia revolucionaria contra la reacción. Es el momento de estar unidos y vigilantes. Y sin temor, sin pesimismo, con valentía, resistiremos unidos al terror fascista. ¡Viva la unión del proletariado ! ¡Venceremos !

Hubo una sonora ovación. “¡Viva la República! ¡Socialismo! ¡Venceremos!” Pero al mismo tiempo algunos gritos disidentes. “¡Esto es desarmar a la clase obrera !” “¡Traición!” “¡Tú cállate ! El camarada tiene razón.” “¿Tiene razón? ¡Qué coños tiene razón ! Si nos estamos dejando matar como ratas.” “El sacrificio es también lucha.” “¡Menos hablar y más hacer!” “La unión en la acción...” “¡Cómo que la acción ! Y el poder de las bombas ¿eso no es acción?” “La razón se impone, y ya lo ha dicho el camarada, no se trata de destruir, sino de hacernos con el poder de una manera legítima...” “¡Eh, tú ! Apoderarse de los medios de producción, esa

es la verdadera acción.” “¡Utopías!” “La verdadera acción ¿quedarnos con los brazos cruzados ? No me hagás reír.” “No se trata de eso. ¿No lo has oído ? Que te lo ha estado diciendo el camarada : al contrario, se trata de trabajar mucho y estar vigilantes.”

Ya estaban los congregados saliendo a la calle, donde el aire fresco no sirvió mucho para apaciguar las disputas, que seguían tan acaloradas como en la axfisiante sala. « Hay que ayudar a la república, hermanos, para que no caiga en manos enemigas. » « ¿En manos enemigas ? ¡ Hombre, qué cosas ! » « La república que se ayude ella misma, que nosotros ya tenemos bastante con nuestros propios intereses. » « Eso es lo que yo digo, que ya está bien ; que la clase obrera a lo suyo. »

Un hombre de avanzada edad, elevando la voz dijo : - ¡ Por Dios, camaradas ! Parece como si no hubierais oído ; la necesidad más apremiante es la unión ; y dejaros de discutir y reñir. Pues menudo el ejemplo que estáis dando. Que parecemos lobos comiéndonos unos a otros. ¡ Ay, compañeros, compañeros !

Y siguieron algunos gritos animados : « ¡ Unión, unión ! Que la unión hace la fuerza. » « ¡ Viva el proletariado unido ! » « ¡ Los facciosos no pasarán ! » « ¡ No pasarán ! » « ¡ No pasarán ! » « ¡ No pa - sa - rán ! »

Se habían formado algunos grupos a la salida de la Casa del Pueblo, que empezaron a dispersarse, algunos todavía gritando, « ¡ No - pa - sa - rán ! »

Agapito, Ferrer, Lucio y el militante comunista se habían dirigido juntos por una bocacalle estrecha hacia la Plaza Salvador. Tenían la idea de continuar la discusión en la ebanistería.

-Tengo el presentimiento - iba diciendo Agapito, con esa expresión seria, pensativa que había aparecido últimamente en su cara de muchacho

- que las semanas y los meses que vienen van a ser decisivos para la república.

-Sí - repondió el ebanista en un tono de mal augurio - ¡ vamos a ver cada cosa !

Hacia un calor agobiante. En las aceras junto a los portales mujeres de todas las edades, sentadas en taburetes o en cuclillas contra los muros de las casas, charlaban animadamente mientras los chavales corrían y brincaban jugando a policías y ladrones, al escondite, al burro o a la taba, y las niñas cantaban y saltaban a la comba o se juntaban en corros para jugar a la gallinita ciega ; los hombres se apiñaban sudorosos y alborotadores a las entradas de las tabernas o fumaban en silencio sentados en los bancos de las aceras. En los soportales de las plazas, en las terrazas de los cafés la gente de postín consumía pastas y mantecado helado, o (en el caso de los más señores) llevábanse a los labios doradas copas de coñac, un cigarro puro en la otra mano, mientras sus señoras se abanicaban con bellos abanicos de seda voladores. Voladoras eran también las blancas mariposas que se veían alrededor de las farolas como chispas relucientes de platino.

En suma, en todo Valladolid, como en el resto de España, a pesar de la enorme miseria existencial, que generaba conflictos sociales sin fin, la vida, al menos en apariencia, seguía su curso : todo bien normal. Pero había necesariamente mucho odio en el corazón de los españoles. De un lado, el sufrimiento concentrado de siglos ; del otro, la avaricia de los ricos, que siempre querían más. Deseaban aquéllos acabar con las injusticias, el hambre y la miseria ; y el esperar les impacientaba. Estos, los poderosos, no podían admitir que la esencia de la sociedad humana ha de ser el bien común ; estaban buscando una manera de dar marcha atrás al reloj de la historia, volver a los tiempos de la dictadura, si no al de los Reyes Católicos, la Edad Media cristiana y feudal. Los camaradas que acompañaban al ebanista Lucio Muñeiro lo sabían, como lo sabía toda España.

De esto precisamente iba platicando el dirigente comunista, un hombre de unos cuarenta años, ya curtido en el combate; y los otros asentían mentalmente. Todos se daban perfecta cuenta de que la situación en aquellos momentos era particularmente peligrosa. Por eso, cuando el ebanista comentó, cual bicho de mal agüero, ¡que se iba a ver **cada cosa**!, todos asintieron en silencio. Solamente Agapito, serio y preocupado, pero al fin un optimista nato, se atrevió a aventurar: « Sí, tiempos difíciles se aproximan; pero todo terminará bien al fin. Ya lo veréis. » Y por un momento su cara morena se iluminó de una franca sonrisa.

## CAPITULO 13

A mediados de agosto Dorotea se fue con los mellizos al pueblo, a pasar una temporadita en casa de su tío Urbano Jiménez, hermano de su difunta madre, el cual hacía ya mucho tiempo que la había medio invitado a que viniera a verle.

A pesar de estar tan sólo a unas diez leguas de la capital, hacía lo menos seis años que la joven no había puesto el pie en Tordehumos. « ¡Ay madre, qué asco de pueblo ! » solía decir cuando le preguntaban las vecinas y conocidas que por qué no iba, si estaba a un paso. « Además, » continuaba, haciéndose la interesante, « a mí que se me ha perdido en Tordehumos, si ya hace siglos que salí, conque fijéense. » Otras veces decía : « Si los pueblos, ya se sabe, mucha tierra, campos, piedras : todo muy viejo y muy sucio, ¿para qué ? » O bien ; « ¡Bah, mujer ! si de pueblos ya estoy hasta la coronilla. No ves que viví en uno diecisiete años. ¿Pa qué quiero más ? »

Empero este año de 1933 las cosas se estaban poniendo tan mal en Valladolid, que al fin se decidió a aceptar esa media invitación del tío. « Cuanto más, fíjese, » le explicaba a su vecina Amparo, « que los niños todavía no pagan el coche de linea, y para otro año ya serán muy grandotes. Y mire, que si mi billete me cuesta bien de reales, como vamos a zampar gratis, ¿no sabe ?, pos lo comido por lo servido ; que bien que me voy a ahorrar, ¿no ? »

« Claro, hija, » le había contestado la anciana ; y añadiendo como de costumbre una gotita de veneno : « a ver si echan los pobres buenas pantorrillas con el tocino del pueblo » (se refería a los mellizos,) « y luego, maja, no tolvides de traerme un par de capones y un saquito de harina, que te los pagaré cuando pueda. »

La primera impresión que tuvo Dorotea al descender del sucio y destartalado coche de línea que por unas horas había compartido con paletos, sacos, cestas y algunos animales domésticos, fue que no habían pasado los años. Todo estaba tal como lo dejó (como ella decía) hacía siglos. Las mismas callejas miserables con piso de barro y estiercol, las mismas casuchas de adobe color de ocre, apiñadas alrededor de una iglesia, su campanario de piedra parda lleno de agujeros y yerbajos ; otras dos torres aún más viejas, inútiles ; todo muy decrepito y muy pobre ; y todo alrededor mucho campo, el paisaje infinito del páramo, reposado, tranquilo ; terreno raso seco y polvoriento ; las tierras de cultivo, divididas en parcelas, algunas muy chiquititas ; y luego los majuelos de la ladera del Castillo, que no era un castillo, como su nombre hubiera podido dar a entender, sino un cerro pelado, pues el castillo se lo habían llevado los naturales del lugar, poco a poco, piedra a piedra, para levantar los linderos de las eras que a distancia se veían a este lado del río, allá donde el camino blanco se juntaba con la llamada carretera provincial, que tampoco estaba alquitranada. El Sequillo, que así se llamaba el arroyuelo, apenas se columbraba al fondo de la nava, apuntando su existencia una hilera de chopos desmochados, lo único verde en aquella inmensidad amarilla, a no ser por una solitaria higuera, aquí y allá, junto a un palomar, o un raquítico almendro. Y abarcándolo todo infinito el intenso azul del cielo.

Le latía con violencia el corazón según subía la cuesta hacia la aldea desde el parador, y sus ojos poco a poco se llenaron de lágrimas. Todo le era tan familiar, tan querido, tan de su propio ser. ¡Oh, sí! Lo había echado mucho de menos, sin saberlo, tantos años. Todo. Esos campos, el camino de la ermita, aquellas casas, cada esquina, cada rincón ; los muros de adobe, los poyos de piedra. Cada objeto le traía un recuerdo amado a la mente ; ¿cómo podía haber dicho o pensado mal del pueblo ?, ¿cómo podía haberlo abandonado todo, haber vivido sin ello, ese vacío, haber tratado de olvidar así su infancia, su ser, durante tanto tiempo ?

Le había salido a recibir al parador la vieja ama de llaves de su tío, una mujer seca y estirada, vestida de unas largas sayas negras, que tenía la particularidad de no reír nunca. El tío Urbano era viudo y sin hijos, y Berenguela (que así se llamaba el ama) había servido en la familia ya desde los tiempos de la tía Isabel, fallecida hacía cuatro lustros.

- ¡Ay madre, madre ! Si todo lo encuentro lo mismo, lo mismito que cuando lo dejé - todo se le volvía decir a la forastera. - Pero Beren, si paece que no han pasao los años ; si no ha cambiao nada, nada.

Berenguela, que llevaba a uno de los mellizos de la mano, y tenía bastante con ayudarle a saltar los charcos (de orina de los mulos, porque otra cosa no eran), se limitaba a decir : - Ya ves, hija, y ¿qué quiés que cambie ?

Había no obstante un algo extraño en el pueblo aquel agosto, y que representaba un cambio en comparación con otros años. Estaba escrito en la cara de arcilla quemada de los campesinos, se percibía en la atmósfera, en el cargado ambiente de aquellos calurosos días de verano... ; y la joven lo habría notado si no hubiera sido tan sumamente simple.

Era un sentimiento nuevo en el pueblo, una nueva decepción, y algo así como miedo colectivo, miedo y al mismo tiempo determinación, empeño quizá de vencer ese miedo. Le había chocado - eso sí -según pasaba entre los campos en el coche de línea, la falta de actividad febril que siempre había visto de niña en las eras y en los campos durante los meses de verano ; ahora estaban las eras vacías, yacían en barbecho en gran parte las parcelas.

Y al contrario, los mozos se apiñaban a la sombra a la entrada del pueblo, unos silenciosos, doblando un poco la cerviz, otros hablando en voz baja, estrujando la boina en la mano, mirando con recelo a cada lado, y todos esperando Dios sabía qué.

El tío Urbano se rió mucho de una salida que tuvo Dorotea al respecto de estos pobres labriegos expectantes : « las pretensiones de los mozos, » como él decía.

- ¡ Quieren la libertad ! - dijo, después de haber soltado una sonora carcajada. - Pues ahí la tienen. Ya pueden morir de hambre si eso es lo que escogen. Oye sobrina, tu marido no se meterá en estos líos de la política, ¿ verdad que no ?

- Claro que no - mintió Dorotea con su habitual frescura. - Mi Lucio no se ajunta con nadie.

- Pues hace bien, Doro. Quel buey solo bien se lame, como dice el refrán, que todos los refranes trabajan. Todos esos zascandiles que se meten así en política e incluso andan afiliándose a partidos, ¡ ya ves !, acabarán muy mal, pero que muy mal. Y si no al tiempo. Que al freír de los huevos lo verán.

Don Urbano Jiménez Jiménez sabía mucho de esas cosas. Se pasaba ahora la vida en el casino de los ricos (como le llamaban en el pueblo a una de las dos tabernas que allí había, y que era naturalmente más amplia y menos sucia que la otra), jugando a las cartas, fumando y bebiendo, mientras platicaban de política.

- El egoísmo de la clase obrera es proverbial - decía una noche en que acababa de leer sobre una huelga en el Diario Regional.

- ¿ Qué me vas a decir a mí, Urbano ? - le contestó un viejo enfermizo, reseco y muy bien vestido que acababa de volver de un viaje al extranjero. - Siempre se ha dicho que el español tiene una incapacidad innata para el trabajo y la disciplina. Y el campesino peor que el obrero. Las mismas coplas. ¡ Patanes ! Prefieren que la patria se vaya a la ruina antes que trabajar. ¡ Qué país ! - suspiró - ¡ Ahí tenéis a Alemania !

- ¡Ah, Alemania ! - dijo un hombre que estaba medio dormido. - ¡Eh ahí un pueblo que ama el progreso !

-Ya habéis visto como votan los alemanes. Mientras que aquí, la falta de discernimiento y de vergüenza - lanzó muy deprisa un hombre de barriga enorme, de la cual pendía un reloj de brillantes suspendido de una masiva cadena de oro, - vamos, que ni siquiera se quiten la boina cuando pasa uno por delante de ellos, ¡ esto es el acabóse !

-Si se pasan el día hablando de igualdad y de justicia. ¡ Igualdad, nada menos ! - (El que así hablaba era primo carnal de un obispo de una de las provincias del norte ; aquella mañana había recibido carta del primo, el cual le hablaba de los conflictos sociales, sermoneándole : « Vuelvo a llamar tu atención, de modo particular, Arnaldo, que para prepararse contra las insidias del comunismo, debe dársele al obrero un justo jornal por su trabajo ; cuando vemos por un lado una muchedumbre de indigentes que están realmente oprimidos por la miseria, y por otro lado tantos que se divierten inconsideradamente y gastan enormes sumas en cosas inútiles, no podemos menos de reconocer que faltan la justicia y la caridad cristianas. » Por ello, recordando la exhortación del primo obispo, añadió el terrateniente :) - El jornal, eso sí, yo el primero. Pero que no me vengan pidiendo la igualdad. Que no, que no, que **no** somos iguales.

- ¡ Bah ! Papanatas - dijo don Urbano, - si son todos unos papanatas. Cada uno es como Dios lo ha hecho, y no hay igualdad o libertad que valga.

-La libertad - dijo Jaime Platero, el más joven de los contertulios, que era primo de Dorotea - conduce indefectiblemente al caos y al desorden.

-Vivimos en plena anarquía - dijo un hombre de aspecto macabro, y gafas oscuras, que había estado hasta el momento un poco al margen de la discusión. - No se respeta ya ni la historia ni la tradición. Estamos -

aseveró - bajo el imperio de una monstruosa subversión de los valores morales.

-Sí, señor marqués. Tiene usted razón - dijo don Urbano, todo sofocado ; y su barba de chivo apuntaba al marqués, don Hernando Núñez de Campos, un hombre que habría llegado a gobernador de la provincia si no hubiera sido por la maldita república. - Toda la razón del mundo, tiene. Que yo también lo leí en el Diario. Una subversión monstruosa. Y no es verdad que todos tengan derechos iguales en la sociedad o que no existan jerarquías legítimas... - se paró de repente, habiéndose olvidado de lo que seguía, y se puso muy colorado. - Mire, que cuando les oigo hablar de la reforma agraria ésa - concluyó - ; Hay que ver, que moditas se sacan !

-¿Reforma agraria ? ;Maldita sea su estampa ! - dijo otro de mal humor. - ;Ea !, es tal el descaro de estos labriegos que ya no puede la gente decente oírlos sin estallar, ; hombre, que no ! La verdad, yo no aguanto más esta anarquía.

-¿Y a dónde vas a ir, hijo amadísimo ? Conserva tu fe y no desesperes.

-Es que no le dejan a uno, Padre, desarrollar su actividad económica en la tranquilidad, que el orden es lo más sagrado que hay.

-Razón tienes, Jaime, majo - dijo el gordo del reloj de brillantes. - Yo mira, si me parlan así de la reforma agraria ésa soy capaz de abrirle la cabeza al más pintao, os lo garantizo.

-Que no, Luis, nada de eso. No te manches las manos que para eso está la guardia civil. Unos azotes bien dados, y a otra cosa, ¿no es así, Padre ?

El Padre, un anciano de aspecto rubicundo, reventó de risa al oír hablar de la guardia civil ; y como acababa de meterse un azucarillo en la boca, salpicó de almíbar a los contertulios. - ¡Ji, ji, ji, ji ! Unos cuantos azotes, dices, amadísimo. Es verdad que como triste herencia del pecado original quedó en el mundo esta necesidad de luchar contra el mal, y de ahí se sigue que unos azotes bien dados... ¡Ji, ji, ji ! Pueblos enteros están en peligro de caer en una barbarie como la que había antes de la aparición del Redentor. - Se paró, pensativo. - Anda, pásame una de esas pastitas de almendras que están muy ricas y se me está haciendo la boca agua.

-Yo lo que digo, si se me permite - dijo Jaime Platero, pasando el plato al sacerdote, - es que con los aires que se echan estos patanes hoy día, no vale la pena trabajar las tierras. Yo de caza todo el día. A ver si aprenden.

-Lo mismo digo yo. Y las tierras, en barbecho - era don Urbano que hablaba ahora. - Y el que quiera peces que se moje el culo. Que nosotros bien que hemos trabajado nuestras tierras para que nos den su fruto. Pero ahora, ¿de qué ? Quieren... quieren... ¿a santo de qué ? A ver quién ha hecho de Tordehumos lo que este pueblo es hoy día, y si no, aquí está el señor marqués que no me dejaría mentir, ¿cómo trabajaron la tierra nuestros antepasados, eh, don Hernando ?

Don Hernando Núñez de Campos, cuyos antepasados no habían trabajado nunca más que de contrabandistas y cazadores furtivos, contestó a media voz : - A ver si no.

(El primer marqués de Campos había sido un vendedor de pieles que venía de las montañas del norte. Fue el tatarabuelo del actual marqués. Respondía al nombre de Nuño Núñez, y como había hecho tanto dinero robando y estafando a todo el mundo, al enterarse por casualidad de que el último señor del Castillo de Tordehumos también se había llamado Núñez, le dio por decir que era descendiente suyo, y compró el castillo por cuatro reales al que a la sazón figuraba como propietario ; luego con las piedras

que aun quedaban se construyó una mansión señorial en el camino de Villabrágima ; poco después la Corona le dio título de nobleza.)

-Pues claro - corroboró don Jaime.

-Y encima le vienen a uno con monsergas - dijo don Urbano, - que si el trabajo y la nación, que si las tierras pertenecen al pueblo, y qué sé yo.

-Eso si no añaden que las van a ocupar por la fuerza.

-No faltaba más - dijo el cura - el desenfreno rojo, la violencia más furibunda.

-Pues a mí - exclamó el gordo Arnaldo -, si me vienen por las malas, soy capaz... os digo que soy capaz... - se oyó un bufido.

-El colmo, os digo que es el colmo : expropiarle a uno así ; y sin pagarle siquiera, seguro. ¡ Bueno ! Si hay algo que es sagrado en nuestra patria es la propiedad de las tierras, ¿ verdad, don Facundo ?

-Verdad es. La Iglesia siempre ha reconocido el derecho de la propiedad privada, claro que sí. El hombre tiene el derecho perpetuo e inalienable de apoderarse de las cosas y de hacer uso de su propiedad de la manera más absoluta. Lo dicen las encíclicas. La propiedad es el complemento necesario de la personalidad humana.

-¡ Naturalmente ! - exclamó don Luis Henríquez, que en Rioseco pertenecía a la Congregación de la Cara de Dios y de la Quinta Angustia de Nuestra Señora. - Claro que sí. Que aquí eso de la propiedad es lo más sagrado que hay. Aunque os advierto - hizo una pausa - aquí y en el mundo entero, que la propiedad de la tierra es el derecho más fundamental que hay en todas partes. Que por ahí en el extranjero cuecen habas lo mismito que aquí. Que eso que cuentan de Rusia es puro camelo...

-En Rusia lo que hay es un montón de miseria, que lo dicen todos. Mucho hambre y muchos nuevos ricos...

- ¡A ver !

-Esos bolcheviques ni siquiera tienen retretes para hacer sus necesidades como Dios manda.

-Eso es verdad - añadió por su parte el sacerdote - ni en lo económico tan siquiera ha dado satisfacción el comunismo, que coloca el materialismo más grosero por encima de la Suprema Realidad.

-Así se habla. |

Comentario [L3]: recibi

-Lo que España más necesita, para servir de modelo al mundo es servir a Dios Nuestro Señor.

-Vosotros os creéis - interpuso el marqués, tocándose su perilla negra, pensativo - que si no hubiera propiedad privada en Rusia (o en la Conchinchina) ¿iba nadie a trabajar? Todos unos gandules, os lo garantizo. Y yo el primero, la verdad sea dicha. Si no hay aliciente, ¡ que trabaje Rita !

-Razón tiene, don Hernando. Y el que dice la verdad ni peca ni miente.

-Los brazos cruzados todo el mundo, ¡ a ver ! Como aquí decía antes, el caos y la anarquía. Eso es lo que ha hecho de nuestra España esta maldita república. ¡ Desgraciados ! ¿A dónde van a ir ellos que más valgan ?

-Bueno, bueno. Ya está bien de discusión - ordenó el marqués. - ¡ Timoteo ! Tráete otra botella, ¡ date prisa !

-¿A quién toca ?

-A éste.

-Pues a barajar. Vamos a otra ronda.

## CAPITULO 14

Una de las razones que habían movido a Dorotea aquel verano a trasladarse a Tordehumos era que su hermano iba a torear allí aquel año los cinco novillos que siempre se mataban para la fiesta de la Virgen. A pesar de que los tiempos eran malos, o tal vez a causa de ello, habían decidido el señor cura y el alcalde que no se iban a suspender de ninguna de las maneras las celebraciones ; las fiestas eran las fiestas y, crisis o no crisis, los labriegos tendrían toros como otros años. Habría romerías, procesiones a la ermita de Santa Ana, peregrinaciones en carro al Monasterio de la Santa Espina, las fuentes de Castromonte, juegos de cañas, bailes y coronándolo todo, la corrida en la plaza mayor.

Innecesario es decir el entusiasmo, la animación y hasta exaltación con que las gentes del lugar recibieron la noticia de que un hijo del pueblo iba a ser el matador del día de la Virgen.

-Santiago Platero, ¿sabes ? El hijo de don Manuel Platero que Gloria haya.

-¿De aquel estafador que murió en la cárcel ?

-Pos el mismo ; pero más respeto con los muertos, ¡ eh !

-Hombre, yo, yo.

-Bueno, y ¿qué ?

-Pues que va a capear, ¿qué va a ser ?

-¿Quién ?

-El hijo, ! coño !, el pequeñín, ¿no os acordais ?

- ¡ Vaya !

-Pero tú, ¿no fue ése el que mató a la madre ?

- ¡ Contra ! y ¿qué culpa tuvo él, si fue al venir al mundo ?

-No sé, no sé. De una cosa así no pué salir na bueno.

- ¡ El otro ! ¿Te paece poco que un Platero se haiga hecho famoso ?

-¿Sí ? ¿De verdá ?

-Tan de verdá.

-¿Quién lo diría ?

- ¡ Bah ! No vayáis a creéroslo. Tú, quel Santiago ése nós más torero que mi abuela. Novillero y va que arde.

-Qué más da, animal. Tó es que mate algo, ¿no ?

-Hombre, si es por matar. Si sólo se trata de eso. Pos lo que yo digo : échate al monte, gitano, y a matar conejos. Al menos así no engañas a naide.

Y así día tras día. Los lugareños, aburridos como estaban de no encontrar nada que hacer, tenían al fin un sujeto de conversación.

Comentario [L4]:

Llegó Santiago a Tordehumos la víspera misma de la Virgen. Al descender del coche, fino y elegante entre tanto campesino y campesina

que lo aplastaban con sus sacos, cestas de mimbre, ristras de ajos y estiradas aves de corral, le rodeó una nube de chiquillos, que le tiraban de las mangas y le enseñaban las sucias palmas de las manos, pidiéndole que soltase unas perras. Dorotea, que había salido a recibir a su hermanillo, empezó a repartir sopapos y coscorriones, hasta que se fueron los chavales gritando : - ¡ Torero roñoso, mezquino ! ¡ Ojalá te coja el toro !

- ¡ Como os coja !, ¡ os voy a dar una ! - sacudía Dorotea la mano, supersticiosa.

Y los rapaces todavía venían a insultarla, para salir de nuevo corriendo. Y una vez que se vieron fuera ya de su alcance, empezaron a lanzarles cantos.

## CAPITULO 15

Por la noche, después de la cena, insistió el dueño de la casa en llevarse a su sobrino al casino ; y Dorotea, una vez acostados los mellizos, encontrándose a solas con el ama, que no estaba muy charlatana, decidió arreglarse un poco, y salió a dar una vuelta. Estaba muy agitada y no hacía más que morderse las uñas. ¡ Si no hubiera venido al pueblo !

Pensaba en Lucio, allí solo en la Calle de las Angustias, sin una mujer que le atendiera. « Tú vete al pueblo, Doro, y disfruta, » le había dicho él para animarla. « Y que coman bien los niños. Que yo me apañaré como sea. » La señora Amparo había prometido que iría de vez en cuando al piso, a ver si necesitaba algo ; le haría la cama y le traería la compra del mercado. Y era precisamente la idea de la vecina entrando y saliendo de la ebanistería lo que la alteraba y le ponía nerviosa.

Se oían sus pasos sonoros en las oscuras callejuelas. De cuando en cuando, de una ventana abierta o un zaguán salía una voz contundente : « ¡ A la cama ! » y un llanto infantil, o la voz de un rapaz, respondiendo atrevido un « No me da la gana » furibundo. Al pasar delante del portón de un corral oyó el pataleo de las mulas, al tiempo que ladraba un perro invisible a sus pies. Y otros ladridos respondieron a lo lejos.

Era una noche de luna, luna grandota, redonda, de nieve ; todavía no muy alta en el cielo. Su luz plateada reflejaba en uno de los lados de la estrecha calleja, haciendo aparecer las paredes de adobe de las casas como si una mano invisible les hubiera dado una capa de pintura blanca, de un tono metálico de una pureza que jamás esas paredes tenían a la luz del sol. Al otro lado, las recortadas siluetas de las casas y de las bardas de los corrales parecían como si hubieran sido trazadas con tinta china ; y el azul prusia del cielo por encima infinito. Caminaba en la sombra para evitar que la vieran ; no tenía ganas de charlar con nadie aquella noche.

Y mientras caminaba le venían los recuerdos a la mente, imágenes del pasado más remoto y del más reciente : la ebanistería, su matrimonio con Lucio. Seis años llevaban casados. Se acordó de los cuatro días que pasaron en el pueblo durante la luna de miel. Habían hecho el viaje en el « tren burra » ; y luego desde Río seco en carro hasta Villabrágima, y la subida a la aldea a pie. « Ese cerro que ves allá arriba, » había dicho al que era ya su esposo, tan pronto como habían salido de la carretera provincial, « es el Castillo. »

« ¡ El castillo ! » había exclamado él, maravillado, « yo no veo ningún castillo. »

« No importa, » había reído ella, « pero fue un castillo famoso en tiempo de los moros. Y aun antes, » había añadido, mordiéndose un labio pensativa, « que me acuerdo de haber oído al maestro de entonces... don Simón, se llamaba... pues que por aquí pasaban muchos hombres primitivos, hace muchos, muchos años, y que éste era el único cerro elevado donde podían poner un castro... un castro ¿ no sabes ? para defenderse. »

« Pues vaya, » es todo lo que había respondido el marido. Luego ella, sin dejar un momento de darle a la lengua, le había contado todo sobre el castillo (lo había oído tantas veces de su abuela Jacinta), cómo aparecieron una noche de invierno unos duendes entre las paredes y las piedras que aún quedaban entonces. « ¡ Unos ruidos, Lucio, no te puedes figurar ! Figúrate que los del pueblo no podían dormir ; unos ruidos de cadenas, sabes, como arrastrando las piedras. Y muchos dicen que vieron luces, no sabes, hacia medianoche. »

« Y ¿ quiénes eran ? » había preguntado Lucio. A lo que Dorotea había contestado, tan campante : « Pues fantasmas. Seguramente de algunos caballeros que habían matado los moros. »

« ¡Vamos ! » se había reído él, besándole una mano. « Déjate de fantasmas. »

De pronto salió la hermosa Dorotea a un claro de luna. Se quedó extasiada contemplando una casa alargada en el medio de un baño de luz. Y su corazón se puso a latir con fuerza, tanto que casi podía oírle palpitar, como se oye el tic tac de un reloj. Se acercó a una de las ventanas, que como las otras estaba cerrada. Y pudo ver del interior del edificio hasta donde alcanzaban los rayos del astro. Cerró los ojos asustada, y al instante una especie de musiquilla llegó a sus oídos como un sueño : era como un canturreo infantil familiar y muy lejano ; voces amigas, queridas, olvidadas ya... que le venían de repente de Dios sabía donde... con tanta viveza y claridad... ¿ cómo podía haberlo olvidado por tantos años ?

« A, E, I, O, U... » monótona, suavemente repetido un sinnúmero de veces. Y más tarde : « BA, BE, BI, BO, BU... » Melecia, Tasia, Fidela, Fania, Gracina, Josefa, Patro, Isabel..., todas estaban allí, todas cantando felices.

Sus pensamientos, entrelazados con **aquella realidad**, eran de un reposo y una felicidad sublimes. ¡ Sí, **estaban allí** ! Eran sus voces, sus vocecitas de entonces. « DA, DE, DI, DO, DU... FA, FE, FI, FO, FU... » todas juntas, hasta aprenderse el alfabeto entero y todas las posibles combinaciones de letras.

Y don Simón con el puntero en el aire, apuntando a la pizarra : « BLA, BLE, BLI, BLO, BLU... BRA, BRE, BRI, BRO, BRU... » Y al final de cada estribillo la voz de una pequeña susurrándole al oído : « ¡ Bo - rri - qui - ta... como tú ! » Era su hermana Felicitación, feuca y siempre dispuesta a hacer el mal.

Abrió los ojos y ( ¡ como un milagro!, se diría) **vio** ahí delante, en el interior de la destaralada escuela, bañada a medias por la luna, todos los bancos llenos de niñas, unas grandes, otras pequeñas, todas las chicas

del pueblo sentaditas, inmóviles, y allá en el rincón ese oscuro del cual apenas podía apartar sus ojos se hallaba ella, recostándose sobre el pupitre amarillento de madera de pino con manchas de tinta y yeso... : la niña Dorotea Platero Jiménez, sus grandes ojos marrones, sus largas trenzas negras, cayéndole sobre la mugrienta cartilla.

- ¡A, E, I, O, U! - sus labios de hembra sensual se abrieron suavemente, un gesto involuntario, pero bien marcado. Se había apartado del edificio un poco, y vio esos mismos labios hermosos reflejados en el cristal de la ventana, sus ojos luminosos, esos pómulos que denotaban salud y sensualidad. Definitivamente estaba muy bonita aquella noche, pensó. - Y ¿para qué ? - se dijo ; y se le humedecieron las pestañas. - Qué triste es ver cómo se pasa la vida, así, sin darse una cuenta.

Anduvo otra vez un buen trecho. Casi en un trance, dirigió sus pasos hacia la casa ancestral, el edificio de dos pisos donde habían nacido ella y sus hermanas y hermanillo, donde había muerto su querida madre. El zaguán, con su arco grande de piedra, los muros de adobe, y un balcón de madera tallada a un lado, uno de los pocos balcones que había en Tordehumos.

Según iba acercándose, otra vez sintió en el pecho latirle el corazón. - ¡Qué cosa más extraña es el corazón ! - se dijo - apenas se acerca una a un sitio amado y ya se pone a palpar alborotado, como un rapaz mal educado.

¡Habría llevado ella en el pecho el pueblo todos estos años sin saberlo ! ¿Qué podían haber significado entonces esos desprecios, las risas, esas frases ariscas que había soltado en corro a las vecinas : « ¡Yo, al pueblo ! Si de pueblos ya estoy hasta la coronilla ; si hace un siglo que salí, ¿no saben ? »

Los recuerdos que con más persistencia le venían ahora al pensamiento, y le habrían de venir durante los pocos días que pasó aquel verano en Tordehumos, eran precisamente de vivencias más lejanas en el tiempo, de cuando era ella muy chiquitita ; impresiones aisladas generalmente, sin relación unas con otras, que unas veces venían despacio, calmamente, al contacto con una realidad que le asía inconscientemente : el vuelo de la cigüeña, el muro de un palomar dilapidado, el lodazal de los caminos, el penetrante olor de las cuadras y de los corrales, las noches con lámparas de petróleo, el romero de los campos, el azul ese inigualado del cielo : cada cosa una impresión, un recuerdo ; y otras veces le venían las imágenes alborotadas y en tropel, precipitándose por salir todas al mismo tiempo.

Como ahora. Veía **su casa**, y volvían aquellos momentos con tal claridad que hubiera jurado que lo volvía a vivir todo de nuevo : los abrazos de su madre, los juegos de la infancia, sus hermanas, los primos... y de nuevo y sobre todo su adorada madre, siempre tan grande y tan reposada ; la veía en muy diversos estados, y en todos ellos tan **viva**, tan real, que no parecía sino que le estuviese dirigiendo la palabra, que podía tocarla casi ; y se ponía a llamarla entre suspiros, « ; Oh mamita, mamá querida, bendita seas ! »

La casa no estaba habitada, y la puerta tachonada de roble estaba cerrada. Un escudo de armas aparecía grabado en el arco de piedra, denotando tal vez una conexión muy antigua de la familia con la nobleza castellana. Dio la vuelta y fue alejándose a pasos lentos, triste y pensativa, el alma llena de imaginaciones y recuerdos. Qué feliz había sido ella en aquella callejuela. Cómo había corrido ella de pequeña a lo largo de esos senderos como surcos, dejados por las ruedas de los carros, llenos de barro en invierno y duros como la roca en verano : saltando como un gamo, perseguida por sus primos, los mellizos Domi y Jaime Platero, que la agarraban y le tiraban de las trenzas hasta hacerla llorar. Y su adorada madre, sentada hermosota y serena en su silla mecedora en el zaguán, justo debajo del nicho con la estatua de San José - con su lamparilla

siempre encendida - de que ella era tan devota. Llegaba corriendo y dando gritos, huyendo de los primos, y caía sofocada en el regazo, esos muslos blandos tan calientes ; y su mamá que la acariciaba, que le tocaba el cabello, calmándola poco a poco, y luego le volvía a hacer las trenzas, mientras le contaba historias de dragones y hadas y las cosas de los tiempos de los moros. ¡ Cómo había amado de chiquitita esos momentos !

« ¡ Qué poco vivió la pobre! - musitó mientras se alejaba, tocándose los cabellos. - Si yo muriera a su edad, ya estaría para ir al hoyo. ¡ Madre, qué triste es la vida ! Si no somos nada, absolutamente nada. »

## CAPITULO 16

Recordó que su madre había muerto un Viernes Santo, justo hacía diecisiete años, los mismos que tenía Santiaguillo. Como estaba tan gorda y torpe, había tenido la pobre un embarazo horrible. Pero en los pueblos son la gente tan miserables que cuando se le ocurrió a don Manuel sugerir que mejor sería llevarla al hospital, todos se habían alarmado. « ¡A Valladolid! ¿Estás loco? » « Y los gastos, ¿tú sabes lo que te va a costar? Ni que te sobrara el dinero. » « ¡Con la de comadronas que hay en el pueblo! Pues, ¿no han nacido tus cuatro hijas en tu casa, por si acaso? » « Y bien hermosas que están, ¿a qué vienen esas moditas de hospitales? » « Que no, que no seas tan melindres, hombre. » Y hasta la misma Felicitación había objetado a que se la trasladara, diciendo que no hacía falta y que aquí estaría mejor, con todas y en familia; que los hospitales la daban mucho miedo. Y en verdad que **la capital** era para ella como el fin del mundo, y los hospitales sinónimos de cuchillos y mucha sangre. Ni siquiera se tomó la precaución de traer al médico de Medina de Ríoseco.

Acababa de cumplir Dorotea los trece años. Fue en el año 16. Recordaba bien la fecha, y cada detalle de aquello, porque había tenido por aquel entonces un disgusto enorme, de ésos que a veces desgarran el corazón de una tierna adolescente sin que otros vean motivo para tanto. La Reina Victoria Eugenia venía aquel año a Valladolid a las procesiones de Semana Santa, y su tía Teodosia la había invitado a su casa de la Fuente Dorada para que viera a la reina. Era la primera vez que iba Dorotea a la capital y ¡las ganas que había tenido ella siempre de ver las procesiones, y ahora además con la visita de la reina! Ya estaba todo preparado. La llevaría en su tartana un práctico, que hacía los recados de su padre y otros labradores, un hombre de suma confianza que la depositaría en casa de los tíos y luego la traería de vuelta a Tordehumos. Pero aconteció que el

práctico se puso malo. ¡Y se anuló el viaje! Ella suplicó y suplicó. Iría con otros en un carro a Ríoseco. De allí iría a Valladolid en el tren de vía estrecha; no era nada peligroso; y seguro que podrían pasar recado a los tíos para que vinieran a esperarla a la estación. Como si nada. Su padre se había mostrado firme. Era muy joven para hacer un viaje en tren sin compañía adecuada. ¡Cómo había llorado ella toda la noche sin poder parar! y ¡cómo le había parecido entonces, pobreta, que se hundía la tierra a sus pies, que nunca jamás volvería a ser feliz, que no podía haber sufrimiento más grande que el que ella experimentaba! Y cómo comprendió después, cuarenta y ocho horas después, no más, que aquello, aquel enorme disgusto, no había sido nada, una mera tontería, y que el verdadero sufrimiento es bien otra cosa, mucho más profunda. Y ¡ésa sí que dejaría un rasgo indeleble en su carácter y en el curso que tomaría su vida!

En el momento en que comenzaron ya con certeza los dolores del parto, estaba celebrándose la Procesión del Santo Vía Crucis. La comadrona había dicho que en cuanto rompiera aguas ya todo iría muy deprisa. Pero eran ya las nueve de la noche y los dolores y chillidos no cesaban.

Dorotea corrió a la ventana tan pronto como oyó que llegaba la procesión a su calle: muchas mujeres vestidas de negro siguiendo al sacerdote y monaguillos y seguidas de sus hombres con velas encendidas, camino de la Décima Estación. Todos ellos cantaban: « ¡Perdón, oh Dios mío! ¡Perdón e indulgencia! ¡Perdón y clemencia! ¡Perdón y piedad! »

Desde su puesto en la procesión, un joven campesino rubio contempló la ventana: su mirada se cruzó con la de Dorotea. « ¡Perdoo - na a tu pueee - blo! ¡Perdooo - na - le Señor! ¡Noo - estéees eter - naa - mente enojado, perdooo - na - noos Señor! » Poco a poco iban desapareciendo todos a la vuelta de una esquina camino de la cuesta del Castillo. Ella siguió oyendo el cántico de los penitentes, esclavos y esclavas

del Señor. « ¡Por tuuus hee -ri -das de pies y maa -nos, per - dóoo - nanos Señor ! » Los gritos habían cesado en la habitación de los padres.

Al cabo de un buen rato, alguien se acercó corriendo por el medio de la calleja, tan jadeante que se oían los resoplidos desde el balcón, adonde Dorotea había salido ahora para seguir la procesión. Era el joven campesino con quien había cruzado la mirada media hora antes. Bajó al encuentro del muchacho, corriendo tan contenta como si no hubiera sufrido hacía un par de días aquella decepción tan tremenda. « ¡Hola, Tino ! » suspiró.

El la miraba, veía esas trenzas relucientes cayendo por delante de unos pechos precoces tan preciosos. Ella había torcido sus pies como una nena, de manera que casi se tocaban las suelas de sus zapatos de charol.

« Te vi antes, » dijo tímidamente Justino, como si hubiera hecho falta ; y todavía añadió : « en la ventana. »

« Acabamos de tener un bebé, » dijo ella enrojeciéndose, « un chico. »

« Norabuena, » contestó él, y luego : « no te importa que haya venido, ¿verdad ? »

Un gato negro atravesó el zaguán en aquel momento, y ella salió corriendo tras él como una rapazuela. Justino corrió tras la muchacha, y cuando la alcanzó, agarrándola del brazo, ella se dejó besar sin oponer resistencia.

Se oyó el ladrido de un perro muy cerca. Los dos miraron asustados. Un hombre salía de una bocacalle.

« Nos ha visto, Tino, » murmuró Dorotea, « ¡ ay ! nos ha visto ! »

« No importa, » replicó el mozo, « no dirá nada. »

« Sí, que es muy malo, » susurró la niña, « que tós lo dicen. Que es jorobado y da mala suerte. »

« Que no. Pobre Antón, » dijo el joven. « Vamos. » Y salieron corriendo hacia los campos.

Aquella fue la noche en que Justino y Dorotea se declararon eterno amor ; y a la joven le quedó el remordimiento de que lo que luego ocurrió en la familia fue porque Dios quiso castigarla.

Fue un triste espectáculo, en efecto, que la esperaba al volver al hogar. El principio del fin. Pues la muerte de aquella mujer, serena e inteligente, y de una voluntad de hierro, fue la ruina de la familia. Don Manuel ya no volvió a levantar cabeza. Vago y mal administrador, carecía de fuerza de voluntad. Embargado por el dolor que le causó la desaparición repentina de su joven esposa, a la cual había adorado en vida y continuó adorando después de su muerte, fue el pobre de tumbo en tumbo, hasta que, arruinado y sin honor, entregó como se dice el alma a Dios, dejando cinco hijos practicamente en la calle.

## CAPITULO 17

Los aullidos de unos gatos riñendo en un tejado la hicieron volver a la realidad del momento ; una calleja aún más estrecha y miserable que las anteriores : casuchas dilapidadas, pequeñísimas, pálidas fachadas agujereadas, construcciones torcidas, cada vez más apiñadas, las unas en las otras, tejados de teja rota que bajaban a veces hasta la cintura, cada uno en una dirección, o tejados sin casas, meros palos y pocilgas donde se metían las bestias y las personas.

Como al momento la luna estaba muy alta, de todos los sitios salían sombras, en contraste maravilloso con la intensa luz del astro en todo el resto.

Al pasar delante de un grupo de mujeres, cuatro o cinco bultos negros agachados a la entrada de una de estas chozas, ya a la salida del pueblo, emitió un saludo.

- ¡ Buenas noches nos dé Dios !

- ¡ Que El te acompañe ! - respondieron las mujeres a coro.

En el momento en que salía Dorotea al campo raso, oyó a una de las mujeres que decía : - ¡ Eh tú, Ribera ! ¿ No es esa la Dorotea, la hija daquel Platero que Dios tenga en su Gloria ?- Era una voz cascada, desagradable como una raspadura.

-La misma, abuela. La segunda es.

-Pos hija, hay que ver... yo la creía más joven - oyó Dorotea la misma voz, como un lejano silbido. Y sin que ella supiera exactamente por qué,

otra vez se le humedecieron los párpados, y al cabo le salieron las lágrimas a borbotones.

Y llorando subió al castillo. De uno y otro lado le llegaban los olores de los campos, la inmensa ardiente tierra llana, apenas una ligera ondulación en la distancia, bajo un firmamento infinito, estrellado.

Pasó bajo un arco romano, que todavía quedaba entre las piedras, alterándose a la vista de unas pequeñas masas oscuras que pasaban volando a su alrededor, y se sentó encima de uno de los bloques de piedra, el pueblo entero a sus pies. A la luz plateada de la luna todo eran formas, más bonitas y más pronunciadas que durante el día ; las callejas, los muros de adobe, los tejados de terracota, el nido de las cigüeñas en la torre de la iglesia, los chopos a lo largo de la carretera, como pintados de un barniz todavía húmedo, los cilíndricos palomares como minúsculas plazas de toros, tan numerosos que en algunos lugares parecían seguirse unos a otros en fila india, los campos de cereal aun intactos, movidos por la brisa semejando la suave superficie de un lago.

De cuando en cuando llegaba de los campos el canto de una codorniz, y más al lado, el incansable chirrido de las cigarras. Se quedó cogitando, extrañada, una mano entre los labios. « ¡Hay que ver la de fogatas que había en el verano en los campos hasta las tantas de la madrugada - se dijo, - cómo se afanaban los mozos y las mozas con las trillas en las eras ! » Y por primera vez sonrió aquella noche, pensando en cuantos juegos de amor tenían los jovenes casaderos aquellas noches de verano entre las niaras y las gavillas ; no había moza que fuera al altar en la primavera sin su barriguita ya abultada.

Algo crujió a su lado. Volvió la cabeza pensando que sería una alimaña o uno de los murciélagos que la habían asustado al pasar entre las piedras. Y vio a un hombre que la miraba sentado en el suelo, una cachava a sus pies. Y reconoció a Antón, el cabrero corcovado ; tenía en la mano una varilla, y antes de hablar la mordió un poco y escupió en el aire.

-¿Qué, Dorotea - dijo - te ha chocado ver los campos tan vacíos, no ?

Se extrañó de ver que el cabrero conocía su nombre, y más aún de que hubiera adivinado su pensamiento.

-Sí - contestó, y añadió : - Ya sé. De chica, ¡hay que ver cómo trabajaban los campesinos con los trillos en las noches de agosto ! Pa la Virgen ya estaban tos en las eras, trillando. Me acuerdo que era una delicia ver así algunas veces las hogueras desde el castillo, ¿qué ha pasao este año ?

-La república - dijo Antón, parcamente.

-Estás contra la república, ¿tú también ?

-Bien seguro que no.

-¿Entonces ?

-Entonces... ya lo ves. El trabajo.

Dorotea no entendió. Dijo, un poco al tuntún : - Pero ¿por qué ? ¿Por qué se empeña la gente en trabajar menos, ahora que no hay dictadura ?

-No es que se empeñen, Dorotea. Es así.

-No te comprendo.

-No es tan difícil, pues.

- ¡Ay madre, qué pena ! - se lamentó la mujer, todavía sin entender. - Tanto como decían que la república iba a traer la paz y la prosperidad, ¡ qué ruina ha traído ! - suspiró - ¿ Pero qué es lo que pasa ?

-Pregunta a tu tío Urbano. El sabe. O a tu primo Jaime. O a cualquiera de los ricachones del pueblo. Ellos sí que puén decírtelo.

Hubo un breve silencio, interrumpido solamente por la respiración jadeante del jorobado y el grito de alguna lechuza a lo lejos.

-Mira tú, que bien me reconocistes, Antón - comenzó Dorotea, un poco más animada. - Después de tantos años, cómo se acuerda la gente todavía de mí

-¿Cómo no se van acordar ? En el pueblo las cosas no se olvidan así como así - masculló Antón. Estaba otra vez mordiendo el extremo de la varilla. - Aquí onde me ves, conocí a tu padre muy bien, que Dios le tenga en su Gloria.

-Creí que no creías en Dios.

-Es un decir, maja - se puso a jugar con un perro que Dorotea no había visto antes ; el perro le mordía la varilla sin hacer el menor ruido. - Pobre don Manuel - continuó al cabo el cabrero, - ése sí quera bueno y generoso. De que te vía así un poco hambriento, iba y te sacudía una perra o te metía un mendrugo pan en la mano. Buen señor. Lástima que le diera tanto pol juego, ¡ coño ! Qué calavera de hombre.

La idea que había estado rondando en el cerebro de Dorotea desde que empezó a hablar el cabrero surgió ahora con fuerza, clara y sin ambigüedad. Era su difunto padre, jugador empedernido y holgazán hasta la médula, quien había sido la causa de todos **sus** misfortunios.

-Tamién conocí a tu madre - oyó que continuaba el cabrero - doña Felicitación quen paz descanse. Un poco dura ella, pero ordenada y dispuesta como hay pocas. De que me dijeron que se había marchado al otro mundo, pos anda que me dije pa mis adentros : 'Este Platero se nos come ahora las tierras de la difunta como denantes se comió las suyas, y si no, al canto,' me dije ; y enluego ya, de que lo vi salir pa la capital, 'mala,' me dije, 'a ése en tres años le vemos mendigando o en chirona.' Y ansí fue. A ver si no. Porque eso sí, de caballero y dadivoso lo que tú quieras, pero de gandul y derrochón, como ése los ha habido pocos, pa qué voy a decirte lo contrario. Y mira que nós que esté por los que están tol día bregando, porque como yo digo ni tanto ni tan calvo. Dios Misericordioso.

Al fin estalló Dorotea. - ¡Calla ! ¡ cállate la boca ! - gritó enfadada. - ¡ No ! No consentiré que le falten a mi difunto padre. ¿ Lo oyes ? Que no respetáis ni la memoria de los muertos.

- ¡ Ahí va ! - exclamó el cabrero, haciendo una mueca horrible. - Con que ésas tenemos. Oye, moza, que yo con los difuntos no me meto. Pero dime tú a mí, ¿ es que acaso no estoy diciendo la santa verdá ? Que nós que yo lo diga. Pregunta tú por ahí. Lo diz tol mundo. Pero hombre, si es cosa resabida lo de que don Manuel Pla...

- ¡ Calla ! - repitió Dorotea. - ¡ Lo diz tol mundo ! - se había vuelto histérica. - ¡ Calla, calla, calla ! ¿ Pero es que entodavía hablan de eso, después de tantos años ?

-No hace tantos, rica. ¿ Sabes tú que este pueblo, tal como lo ves allá abajo, lleva sistiendo cientos y cientos de años, eh ? Dende el tiempo de los moros lleva sistiendo este pueblo y aun antes. No, majuca, diez años nós mucho... ni quince ni veinte, ¡ pos bueno ! un señorito arruinado ansí y muriendo en el penitencial de Valladolid, ¡ jurupa ! Eso no solvida ni en cien años. Y enluego, el que se negaran ansí los parientes a dar cobijo a las huérfanas desamparadas, ¡ menúo comó fue criticado en toas partes !

Dorotea se mordía las uñas desesperadamente, a punto otra vez de romper en llanto. Su hermoso pecho se hinchaba con rabia al recordar aquellos momentos, la vergüenza paralizadora, seguida de una miseria cruel, cuando la sola ayuda le vino de donde menos se esperaba, aquel don Niceto Pérez Monasterio, que había sido amigo de su padre, y que luego habría de abusar de ella tan descarada como indecentemente.

-Moza - oyó que le susurraba el cabrero, el cual se había acercado deslizando las posaderas por tierra, - dime, ¿es verdá lo que se dice ? Ya me entiendes, lastafa ésa tan grande que dicen que hizo...

- ¡No ! ¡Nós verdaz ! - gritó Dorotea, empujándole con rabia. - Es verdaz que era un vago y que le gustaba jugar. Pero él era honrao... siempre lo fue. - Le subía la congoja a los labios, y terminó vomitando insultos : - Y... y... vosotros sois toos un atajo de perros sarnosos, buitres más que buitres... ; peor que las alimañas del monte. Que no pensáis más que en haceros pedazos los unos a los otros como lobos hambrientos. ¡ Malditos seáis ! ¡ Maldito sea el pueblo mil veces !

- ¡ Válgame Dios ! - exclamó el corcovado, levantándose con la ayuda de la cachava. - Oye, moza, que a ti naide te ha llamao buitre ni loba. - El perro también se había levantado, y se le pegó a los pies. - En cuanto al pueblo, maja, pos tú es de donde eres, lo quieras o no lo quieras.

Dorotea se tapó los ojos para no verle más. Estuvo así, acongojada, inmóvil por un buen rato. Oyó como bajaba penosamente la cuesta el viejo, llamando al perro. Finalmente ella también se puso de pies y bajó muy despacito la ladera del cerro, entre las matas, y hasta que llegó al pueblo y entró en su casa.

## CAPITULO 18

Al día siguiente, al entrar en la iglesia de Santa María, se quedó maravillada de ver tan poca gente en ella para una fiesta tan importante como había sido siempre en aquel pueblo la de la Virgen de Agosto. Ciertamente los caciques estaban todos allí, empezando por don Hernando Núñez de Campos, a cuyo lado se pegaba el tío Urbano, que había llevado al torero, su sobrino, para que pudiera contemplarle todo el mundo. Cuando ya había empezado la misa cruzó un hombre muy gordo la nave y fue derecho a sentarse en el altar, junto al marqués. Dorotea le conocía bien. Era don Máximo Beltrán, abogado famoso de Valladolid, donde pasaba por anticlerical y aliado del radical Lerroux. Se sabía que había venido al pueblo para arreglar lo de las elecciones.

De las elecciones trató indirectamente el sacerdote al llegar al evangelio. Subió jadeante al púlpito, y, sujetando la barandilla como si estuviera aplastando una masa de pan, vomitó el siguiente sermón :

- ¡ Amadísimos hijos ! ¡ Amadísimas hijas ! Me ha venido nueva muy cierta de que en el pueblo los falsos profetas ya están otra vez muy activos. Pero yo os aseguro que no os metieron en la danza para guiarla siempre. - hizo una pausa. - Bien es que lo sepáis, que en España, que fue freno de moros y judíos en el mundo y siempre ha sostenido a todos en paz, no hay cabida para estas perturbaciones. Los perturbadores intentan corromper a la católica España y sustituir la cultura cristiana, que fue hasta hoy legítimo orgullo para la nación, por una maléfica doctrina que por doquier trata de echar raíces y que se designa por el nombre de socialismo. El trabajo, sí, es necesario para el hombre. Y por ello hay que reconocer a los señores, que con su trabajo honrado y constante y el de sus antepasados hicieron de este pueblo lo que es hoy día, el derecho estable y perpetuo a disfrutar de los bienes de la tierra y de la tierra misma. - Se inclinó hacia donde estaba el marqués.

-Y vosotras, las mujeres - continuó, alzando la voz, - cuyo deber es inculcar al marido, hijo, padre, hermano los principios de la doctrina cristiana que en el pecho os inculcaron vuestras madres, para que impere la virtud y la reconciliación, no consintais que se os desvaríen. Id a buscarlos, y traerlos una vez más por el sendero de la fe. No hay en España cosa más segura que la Santa Fe. El tercero santificar las fiestas, ya lo dicen los Mandamientos de la Ley de Dios. Y ¿vosotras os creéis que el Señor Omnipotente no lo ve todo desde el Cielo ? - Abrió los brazos, elevándolos en el aire, como invocando al Altísimo.

-Locura es pensar que algo pueda escapársele - continuó, abarcando a todas con los brazos y llenando de saliva a las de la primera fila de bancos. - Ya conocéis el refrán : No hay nada que a Dios se resista ni que se esconda a su vista. En el Sagrado Sacrificio de la Santa Misa el Señor mismo se nos ofrece como víctima expiatoria ; y ¿vais a pensar vosotras que El va a consentir que se falte así al Santísimo Sacramento ? - (abarcando ahora con sus brazos la extensión de los bancos vacíos de detrás de las mujeres) - ¡ Ay, mozos incautos ! Hacen el oficio del demonio los que así afrentan al Señor Dios. Más valiera que se ataran una rueda de molino al cuello y en un pozo profundísimo se arrojaran. Pobres mujeres que habéis perdido así a vuestros labriegos (pues perdidos los tenéis), malos tiempos os esperan ; las más terribles calamidades, las guerras más cruentas, destrozos inmensos, dolores sin fin : tales castigos os caerán desde el Cielo a vosotras y a vuestros hijos, si los mozos no encuentran de nuevo el buen camino, el surco trazado para cada estamento por el Divino Arador.

- ¡ Y no sólo eso ! - continuó en voz baja, después de haberse limpiado los labios con un immaculado pañuelo - ¡ Cerradas tendréis para siempre las Puertas de la Gloria si no me hacéis caso ! y ¡ abiertas enteramente con sus lenguas sulfúreas de fuego eterno las bocas espantosas del infierno !

Las pobres labriegas, meros rebujos negros acurrucados como de prestado en los viejos bancos carcomidos, no osaban ni levantar sus amedrentadas miradas del suelo húmedo de pura tierra de Castilla. Una sola torció sus ojos hacia el fondo de la nave, con la esperanza de ver a su hombre entre la docena de labriegos que entre avergonzados y temerosos permanecían de pie junto a la entrada, la boina entre unos dedos crispados callosos, la mirada en el vacío.

No era la primera vez que don Facundo les hablaba así. « ¡Ay, qué catástrofe se aproxima, hijas amadísimas ! » La misma retahila de siempre, la misma lista de horrores. Pero esta vez percibían las labriegas en el discurso del cura barruntos de algo aún peor.

« Sí, esta vez las cosas iban en serio, » se decían. « Las castigaría Dios a todas con más saña. »

¡Ay, qué de suspiros se oyeron aquella mañana de la Virgen, entre los negros bultos de los bancos, qué de sollozos, qué de temblores de miedo !

Hizo una pausa el sacerdote ; y miró complaciente a las **señoras** de los reclinatorios, dignas esposas de los nobles caballeros del presbiterio. Luego volvió a la carga :

- ¡Ea, esposas de labriegos extraviados ! Ya estáis advertidas. ¡Ay de vosotras si no ayudáis a que se haga la Voluntad de Dios Omnipotente !

Las labriegas, pobrecicas, no hacían más que rezar, los ojos cerrados, el velo caído en la frente, pegada la barbilla al pecho ; todas al unísono :

- ¡Oh, Señor, no somos dignas de entrar en tu Noble Morada ! Perdónanos nuestras deudas, Todopoderoso. Renuncia a castigar a

nuestros desvariados labriegos, más incautos que malos, protégeles, ¡oh Dios Misericordioso!, y olvida todo el mal que te han causado. Danos la gracia, Señor, para que en adelante en nuestros vientres fructifique sólo la virtud.

Muy humildes, rezaban; y todavía no estaban convencidas de que los cielos piadosos entendieran sus plegarias. ¡Nunca les había hecho ningún caso! ¿Se negaría otra vez el Altísimo Dios a escucharlas?

Antes, cuando la dictadura, si los mozos osaban elevar el pico, exigiendo de sus amos esto o aquello, en seguida enviaba la autoridad a los guardias y... ¡tra - ca - trá!... ¡tra - ca - trá!...Se acabó. El pobre al hoyo y el rico al bollo. Pero ahora, aún peor. Cuando Dios fuera servido de llevarlos a todos a la sepultura... los mozos incautos y sus mujeres irían por diversos caminos a la **otra vida**... la separación, eternamente. Ya no estarían labriegas y labriegos junticos en el Paraíso, y no serían buenaventurados los humildes, pues **ellos** irían derechitos a las Calderas de Pedro Botero.

Ni la esperanza les quedaba ya de poder encontrar a sus amados, muertos antes de tiempo, en **el más allá**.

¡Suficiente era aquello para hacer enloquecer al más pintado! Cuanto más ellas, pobres campesinas, que no habían conocido nunca más que palos, el hambre y la miseria, arrastrando una existencia puramente vegetal, siempre bajo el dominio del miedo, anatemas y amenazas.

## CAPITULO 19

Al salir del templo Dorotea vio en la plaza del ayuntamiento un corro bien nutrido de campesinos escuchando a un hombre corpulento que encima de una peña decía algo, apretando una boina en la mano. Se acercó a ver lo que pasaba.

-El pueblo pidió, como sabéis..., que no es de hoy, que llevamos así ya dos años - decía con nerviosismo el de la boina en la mano, - que se le incautaran las fincas al marqués. Esas fincas, de todos es conocido, son laborables, todas ellas, pues lo fueron hace años por los mozos del lugar, que aquí el Anastasio entre ellos se contaba. Y ¿qué es lo que se pasa hoy día ? Ya lo veis, en barbecho. Unas y otras. No se ven más que rastros por todas partes. Y ¡que el pueblo se muera de hambre ! A eso no hay derecho. La más grande de esas fincas, la de Los Tejos, ¿qué es lo que han hecho de ella ? Un coto de caza. Ya veis, una injusticia. Una injusticia que no podemos soportar, y aquí el señor maestro, que os hablará a continuación, os dirá lo que tenemos que hacer. No podemos aceptar que una finca así se convierta en un coto. Y los guardias civiles a proteger la caza. Como si no tuvieran mejores cosas que hacer. Pues ahí los tenéis, guardando conejos y perdices.

Era un hombre rubio, de más que mediana estatura, de una treintena de años, algo calvo ; una expresión marcada de valentía y determinación, los trazos precisos : fuerte mandíbula, nariz y orejas grandes, ojos fieros hundidos. A medida que hablaba su nerviosismo inicial iba desapareciendo y su voz se hacía más recia, hasta que empezaron a salir las palabras de su boca con verdadera voz de trueno.

-Esto es lo que hacen los caciques con las tierras de este pueblo que no dudan en llamar sus tierras. Para cazar conejos y perdices. ¡Y para

matar de hambre al pueblo trabajador y honrado ! Este pueblo lleva años de miseria, de hambre y de desesperación, y de unos meses a esta parte aún peor. Tienen la osadía de castigarnos (esa es la moral cristiana) por haber votado como hombres y mujeres libres. Quieren que el pueblo doble la cerviz, siempre lo han querido ; y en esta tierra de almirantes, no digamos. Son los elementos más reaccionarios de toda Castilla. - Hizo una pausa. - Campesinos, hermanos, es posible que se anuncien nuevas elecciones. Sabemos lo que queremos. Trabajo. Tierra. Estas fincas tienen que ser cultivadas ; pues el dinero, los millones que ellos tienen en los bancos, no tienen nunca que ser obstáculo para darle al pueblo lo que es del pueblo. Ahora dicen que son fincas de caza. ¡ Mentira y gorda ! Son tierras todas ellas que deberían servir para dar trabajo al campesino y para dar de comer al pueblo entero. En su lugar, sólo sirven para estar ahí muertas de risa o para servir de diversión a los ricos, protegidas por la guardia civil a sus órdenes, en perjuicio de un pueblo hambriento.

« Hay que ver cómo ha cambiado, » pensaba Dorotea, contemplando extasiada al orador. « ¿Qué pensará cuando me vea ? »

El orador había hecho un alto en su discurso, como para llenarse los pulmones de aire. Se pasó la boina por la frente, mirando a su alrededor. Su mirada se cruzó con la de Dorotea.

-Para el pueblo de Tordehumos - volvió a sonar la voz de trueno - deben ser estas tierras, puesto que sus habitantes las cultivaron siempre, y sobre todo para evitar la condición miserable de nuestros campesinos ; que tenemos puestas todas nuestras ilusiones en la reforma agraria, y constituímos hoy por hoy la esperanza y la garantía de la república.

« No me he reconocido, » pensó Dorotea con despecho. « Me ha visto y ni siquiera me ha reconocido. » Sintió una gran angustia en el pecho, y apretó los dientes oyendo como ovacionaban a aquel hijo de labriegos que había constituido su sueño amoroso de la adolescencia. En los pocos días que llevaba en Tordehumos había tratado ya de encontrarle ; pero le

habían informado que andaba muy metido en política con su propio primo Domi Platero, dando discursos en los pueblos sobre la reforma agraria ; y no había podido dar con él.

-¿Quién boicotea la reforma agraria ? - oyó la voz de Domi, que se había subido ahora a la peña.

Se fue alejando de la plaza, pensando que qué asco le daba la política. ¡Cómo destruía a las familias ! Pensar que mellizos, sus dos primos, y uno tan de derechas, y el otro rojo. « Como el trigo y la cizaña. No, si tiene razón don Facundo, ¡ nos va a castigar Dios más ! Por lo malos que somos. »

Mientras tanto iba oyendo cada vez más lejana la voz de su primo el maestro : - Aquellas fincas... llegó el día doce, y el funcionario no llegó... cuando se trata de ayudar al pueblo las autoridades brillan por su ausencia... vaya... agraria... había que levantar acta... ocupación... tierras... sabemos que elementos allegados a un rico propietario... fusiles... este lugar... Río seco...

Las calles estaban muy animadas y la gente llevaba puesto lo mejor que cada cual tenía : chaqueta y pantalón de pana en general, y sayas de percal. Dorotea que llevaba los zapatos de los domingos iba andando con cuidado, mirando todo el tiempo al suelo. De vez en cuando oía un « ¡Hola, Dorotea! », y volvía la mirada, para decir sin pararse : « ¡Hola, Tasia ! », o bien « ¡Hola Epifania, maja ! », « ¿Qué hay, Maurina ? », « ¡Buenas, Josefa ! », « ¡Adiós, Melecia ! », « ¡Gracina, chica !' », todas ellas primas hermanas o primas segundas ; algunas venían a abrazarla, y la besaban, diciendo : « ¿Por qué no te quedas con nosotras, chica, a hablar un poquico ?, ¿qué prisa tienes, maja ? » Pero ella no estaba para charlas, y replicaba : « No, majinas, no puedo, que he dejado a los niños solos, y son unos trastos. » « ¡Ay, bonita ! Anda, quédate, » insistían. « No, que ya sabéis cómo son. Y enluego refunfuña mucho la Beren si

hacen algún destrozo. » Y al separarse de ellas, oía a la Tasia, tan parlanchina y critica como antaño, que comentaba sin hacer siquiera un esfuerzo para bajar la voz : « ¡Ay, hijas, qué arisca y qué presumida se ha vuelto la Doro ! Desde que se fue a la capital, se da unos aires. »

« ¡Desde que se fue a la capital ! » repitió mentalmente Dorotea. Qué sabían ellas lo que era eso de salir huyendo, pobre y despreciada, y llegar a una ciudad donde nadie te hace el menor caso, salvo para abusar de ti. ¡Qué suerte tenían ellas de haberse quedado en el pueblo para toda la vida !

Tan pronto como terminó de fregar los platos de la comida, mientras los demás dormían la siesta, salió al campo por la puerta trasera del corral, y caminó bajo un sol tórrido por algunos instantes. Al cabo se sentó en la tierra seca debajo de una higuera que había a la salida del pueblo.

Mientras estaba sentada se levantó milagrosamente una brisa suave refrescante. Pasándose las manos por el cabello, que lo llevaba largo y suelto, dejó que la brisa le acariciara el cutis.

Desde donde estaba sentada se veía la llanura inmensa inalterada, la línea casi perfecta del horizonte, dos colores : abajo ocre, y al otro lado el intenso azul del cielo. Apenas se veían aquí y allá las masas algo más pardas de los pueblos. Y lo que no veía se lo imaginaba : Villabragima primero, y más lejos Villardefiel ; y a la izquierda Urueña, luego Torrelobatón ; más aquí Castromonte, que conocía tan bien, pues fue allí donde fue criado el chiquitín, Santiago, por una madre de leche que había venido andando con **su** bebé en brazos, diciendo que le habían dicho que **aquí** había uno que no tenía madre. ¡Por una pesetita al día la contrató su padre, don Manuel !

¡Oh, cómo conocía todo aquello ! Como si no hubiera salido nunca. Había andado a todos esos lugares por las fiestas con su hermana Antonia y los mozos, ¡oh, tantas veces !

Distraídamente se puso a jugar con un palo en el suelo, y sin darse cuenta tocó un hormiguero ; y al punto empezaron a salir muchas hormigas que corrían por todas partes, y ella se levantó y se apartó del árbol asustada ; eran hormigas grandes, que al pasar la línea de sombra al sol se ponían a brillar como dos perlitas negras enlazadas en parejas.

No lejos de donde se hallaba había una cabaña de la que llegaba de cuando en cuando la voz de un hombre, sonidos guturales aislados, como chillando a los mulos, cuyo patear también se oía regularmente. Entre la cabaña y la higuera había un pozo, en cuyo borde de piedra se veía una herrada de cuya asa pendía una soga.

Al cabo salió de la cabaña un hombre que con paso largo y firme se aproximó al pozo. Era el campesino fuerte rubio que había visto por la mañana en la plaza dando un discurso con su primo Domi Platero.

Dorotea le vio venir y dio un paso como para saludarle. Pero se detuvo en seguida, indecisa ; y él la miró frunciendo el ceño, tal vez a causa de la extraordinaria luminosidad del sol a esa hora del resistero.

-Pero cómo, ¿tú aquí ? - dijo, reconociéndola. - ¿Vienes para quedarte ?

-¡Oh, Tino ! - dijo ella a media voz, - veo que no te has olvidado. - Y luego : - Me encontrarás muy cambiada.

-Como tú a mí, supongo, el tiempo no perdona a nadie.

-A nadie. ¡Qué castigo ! - se había sentado en el brocal del pozo, fijando distraídamente los ojos en la oscura superficie metálica del fondo. Al

cabo añadió en voz muy queda, casi un susurro : - ¿Me echastes mucho de menos ?

-¿A qué has venido ? - preguntó él a su vez.

-No lo sé. Sólo sé que... ¡Ojalá que no me hubiera ido !

Sin dejar de mirarla, él agarró la soga, que caía por el brocal del pozo al suelo, soltó la herrada de un golpe, y volvió a subirla llena. - ¿Qué quieres que yo te diga ? - dijo ; y cogiendo la herrada de agua se dirigió con ella hacia la puerta de la cabaña.

-Espera, Tino - gritó ella. - Por el amor de Dios, no me dejes así.

Habían cruzado el camino unas gallinas, que estaban picoteando ahora a la entrada de la cuadra. Al dar la vuelta Justino, tan violentamente que esparramó parte del agua, salieron espantadas las gallinas, cacareando camino abajo.

-Te he engañao - dijo Dorotea, sin saber exactamente por qué. - No es casual este encuentro - confesó. - Sabía que estabas aquí. Te vi esta mañana.

-Y ¿qué ? - preguntó él, tan abruptamente que desconcertó a la mujer.

-¡Y qué ! Bueno, pues que... Tino - dijo de repente, cambiando el tono de la conversación, - ten cuidao. Puede pasarte algo. Dicen que mi primo es rojo. No seas bobo. Mira el Remigio, tu primo, sin tierras y que bien le va. Sabe arrimarse al sol que más calienta. Haz tú lo mismo. Lo digo por tu bien.

El la miró extrañado. Ahora más que nunca sabía que aquella no era la muchachita que había conocido antaño. Y decidió poner fin a la

entrevista. - Mira, Doro - respondió, - no me mientes ni al Remigio ni a nadie. Si es verdad que le va bien, con su pan se lo coma. Yo he escogido mi camino. Cada cual escoja el suyo. - Volvió a agarrar la herrada. - Una cosa es cierta ; yo nunca me apartaré del camino que he tomado.

-No te enfades - empezó ella, asustada. - Por favor, no nos separemos así. Piensa que cuando éramos..., bueno, unos niños, y que...

Pero él la cortó, diciendo : - No le des más vueltas, Doro. Déjalo estar. Lo hecho hecho está. - Y acto seguido desapareció en la oscuridad de la cabaña.

Ella le vio entrar, le oyó dando esas voces a los mulos, y el pataleo de éstos y, de repente, el canto de un pájaro, tal vez en la higuera. Mecánicamente miró hacia la copa del árbol. No vio nada. Volvió a bajar la mirada, húmedas sus largas pestañas. Y en seguida, muy lentamente, volvió a tomar el camino vecinal, esta vez hacia el pueblo.

## CAPITULO 20

A las cinco de la tarde, al empezar la corrida, todavía hacía un calor agobiante. No había ni una nube, y las casas de adobe brillaban al sol de un tono de oro rojizo. La plaza estaba llena de gente : caras bronceadas, campesinas tocadas de grandes pañuelos oscuros. En las diferentes entradas de la plaza, sendos carros mugrientos, rebosando de paja, donde se sentaban los espectadores ; otros estaban sentados en los tejados, o detrás de unas rústicas vallas de madera, o aparecían tirados en el suelo entre las ruedas de los carros. Dorotea estaba encima de uno de los carros. Mientras esperaba, distraídamente, cogió en la mano una espiga de trigo que como por azar se hallaba entre la apretada paja, y estrujándola entre las palmas, sopló la cascarilla y se metió los granos uno a uno entre sus más que apetecibles labios. Pensaba.

Siguió con los ojos el vuelo de una cigüeña, y aunque no lo veía, sabía que se dirigía al nido de la torre de la iglesia, un nido inmenso viejo que pesaba una buena tonelada ; al cabo de unos minutos pasó otra cigüeña en la misma dirección, y con el mismo objetivo. Ni siquiera se dio cuenta Dorotea que su hermano había salido ya al ruedo. Seguía absorta en sus reflexiones. Su pobre Lucio estaría sintiéndose muy solo allá en la Calle de las Angustias. « Con tal de que no haga muchas migas con alguna vecina, » pensó, frunciendo el ceño. En esto oyó el sonido de una dulzaina e inmediatamente después el de un tambor. Y por primera vez vio al novillero en su traje campestre, tan guapo y estirado que todas las mozas se enamorarían de él, seguro. En el balcón del ayuntamiento estaba el señor marqués acompañado de algunos caciques que habían venido de otros puntos de la comarca para planear conjuntamente la nueva estrategia electoral de unión de todas las derechas.

Santiago empezó toreando mal, y hubo una buena dosis de abucheos. Algunos mozos, aburridos, terminaron por saltar al ruedo, capeando con sus blusones negros para ayudar al novillero.

-Mamita, mamita - preguntó Feli, tirando de la manga a Dorotea - ¿Questá ciendo el tíito ?, ¿questá ciendo el tíito ?

-Toreando, hija, ¿no lo ves ?

Y al cabo de un rato : - ¿Pos que le va cer, mamita, qué va cer con el toro el tíito ?

-¡Ay, mierda ! Cállate ya, pesadota ; que eres más pesada que las moscas.

-Pos dime. Dime qué le va cer al torito, mamita - insistió la niña, tirando todo el tiempo de la manga de la madre.

-¡Que me dejes en paz ! - dijo ésta, dándola un empujón. - ¡Ay, que pelma, madre ! Pos qué va hacer el tío, pos matar al toro, coña.

-Y ¿por qué quíe matar al toro, mamita ? - volvió a la carga la pequeña, lloriqueando.

-Mierda, porque le da la gana - volvió a gritar Dorotea, sacudiéndole esta vez una sonora bofetada. - Ya te he dicho que me dejes en paz. ¡Ay madre, qué plomo de niña !

Feli rompió a llorar a grito pelado. Y apenas se había desembarazado de ella la madre cuando empezó el otro también.

-Mamá - dijo Lucito, sorbiéndose los mocos - yo quieo ser torero, como el tío, cuando sea grande.

- ¡ Calla tú la boca ! Lo que nos faltaba pal duro.

Se oyó en esto un gran abucheo, y comprendió Dorotea que su Santi lo estaba pasando mal. Apartó la mirada del ruedo, supersticiosa, y recorrió con los ojos la multitud en las barreras y los carros. Estaba buscando, sin darse cuenta, a Justino ; pero por más que escudriñó no le encontró. Al que sí que vio fue a Antón, pegado con la chepa a una columna en la parte de los soportales ; y lo tuvo por muy mal augurio. ¡ Seguro que iba a pasarle algo a Santiago !

« ¡ Ay, y para qué habrá venido a torear al pueblo ! » pensaba, desilusionada. Había vuelto a poner toda su esperanza en el toreo de su Santi, y el día antes había dado un paseo en el camino de la ermita, para pedirle al Santo Cristo de la Vega una gracia especial : el triunfo del hermano. « ¡ Bah ! Todo mi gozo en un pozo. »

En aquel mismo momento oyó inesperadamente una ovación.

- ¡ Anda, cómo torea tu hermano, hija ! - oyó que le decía una vecina en el carro.

- ¡ En buena hora ! - dijo entre los dientes Berenguela.

Ella alzó la mirada, y vio a su Santiago, alto y hermoso, dando una media verónica ; y se intensificaron los aplausos. « Gracias, » pensó « Santísimo Cristo por haberme escuchado en mis plegarias... Haz que pueda mi Santi salir triunfante de este trance. »

- ¡ Olé ! - volvió a sentir.

« ¡ Oléee ! » « ¡ La oreja ! » « ¡ Fenómeno ! » se llenaron sus sentidos de exclamaciones, cada cual más entusiasta : había cerrado los ojos para

mejor comunicarse con Dios. « Por tu Pasión y Muerte Dolorosa - rezó - haz que dé muerte pronto al toro, y sin fallo. »

Estaba en un estado de suma exaltación ; todo le ponía nerviosa. En el sermón de la mañana, en la iglesia, la había asustado mucho don Facundo. Al mediodía, en la sobremesa, sus tíos Urbano y Máximo habían charlado mucho de política, y estaba segura que las nuevas elecciones no traerían más que disgustos y aún más paro para el obrero. Luego, el fracaso de su encuentro con Justino. No sabía qué había esperado de la entrevista ; pero las palabras de su antiguo novio la habían dolido muchísimo. Y en fin, el hecho de haber visto ahora al jorobado cabrero había terminado por llenarle el alma de un pesimismo acerbo. En su estado febril, por una asociación de ideas, se le representó que no era Santi quien estaba toreando. **Vio** a Justino en traje campestre, luchando contra un toro bravo extraño, de cabeza de hombre, un toro negro elusivo que llevaba gafas y una barba como la del marqués ; y una multitud de espectadores expectantes aplaudía con la ferocidad de alimañas largo tiempo recluidas en sus miserables moradas : gente ruda en trajes de pana o negros blusones, las caras curtidas del sol, estrujando la boina en la mano, dejando ver por encima de las cejas esa banda de piel blanca hasta los cabellos que inevitablemente les daba un aspecto terrífico de coraje y determinación.

Comentario [L5]:

La sobresaltó un grito horrible : - ¡Bravo! -. En el balcón del ayuntamiento don Hernando Núñez de Campos miraba inmóvil, sus negros ojos fijos al parecer en el novillero. A su lado, un grandísimo hombre en uniforme aplaudía sosteniendo un largo puro entre los dedos. Era el hermano menor del marqués, que había venido también a ver a los mozos torear, bailar y romper cañas : era teniente coronel de caballería en el Cuartel del Conde Ansúrez de Valladolid , un monstruo más que otra cosa, tan gordo y colorado como su hermano era negro y escuchimizado.

Fue la apoteosis. La gente se echó al ruedo, donde un hijo del pueblo, un Platero « había matado un toro » ; y le llevaban en hombros hacia el

balcón. Bajo los arcos del edificio donde estaban congregados el marqués y los caciques Dorotea percibió otra vez la irregular figura del cabrero, el cual movía la cabeza como diciendo : « ¡Pero qué locura ! »

Instintivamente Dorotea abrió los labios, repitiendo mentalmente :  
« ¡Pero qué locura ! ¡En nombre de Dios, qué locura ! »

## CAPITULO 21

De vuelta a la Calle de las Angustias, Dorotea se incorporó rápidamente a la vida de la capital, una existencia rutinaria, sin más cambios que los consecuentes a la sistemática deterioración de lo político y lo social, que iba poco a poco afectando a todos los españoles. El paro y la miseria se generalizaban entre las clases trabajadoras. Hubo huelgas, protestas, manifestaciones, despidos, encarcelamientos, sabotajes, atentados, atracos, asesinatos.

En Valladolid las llamadas Juntas Castellanas, se declaraban ahora abiertamente facciosas, entusiasmados sus adeptos por el triunfo de Hitler en Alemania.

-Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas, majo ; eso es como hemos de llamarnos en adelante - decía Onésimo Redondo a su amigo Gonzalo Beltrán, que había venido a recibirle a la estación. (El jefe castellano volvía de Lisboa al objeto de incorporarse plenamente a la lucha que se aproximaba.) - Lo que urge hacer ahora es captar para el movimiento jonsista algunos obreros, sindicalistas de la CNT o qué sé yo. Lo cierto es que el comunismo va extendiendo sus garras, en las que ha caído el propio partido socialista, cada vez más sovietizado.

Habían tomado un taxi, y desde la estación se dirigieron al Café Cantábrico, donde se encontraron con varios tipos de la misma ralea, que habían venido a recibir órdenes del líder que regresaba del exilio.

-De acuerdo - dijo Beltrán cuando, ya todos reunidos, Redondo expresó de nuevo su entusiasmo por el Nacional Socialismo. - Pero yo te he oído decir a menudo que el nuestro ni es partido de derechas ni de izquierdas.

-Y **no** lo somos, ni lo uno ni lo otro - exclamó el jefe. - No tengo fe en partido político alguno. Ni pienso copiar del extranjero. Las fuentes de inspiración de nuestro movimiento son las del genio hispano. ¡ Castilla alma de la patria !, ése es nuestro lema. Y nuestra doctrina ha de salir, por tanto, de la enseñanza de nuestros santos y mártires, de nuestros sabios, de nuestros ínclitos capitanes y caudillos, cuya elevada memoria nos pide, nos exige una fidelidad tajante, firmes a todo lo verdaderamente nacional, a todo lo hispano.

Otro de los asistentes quiso aquí meter baza y observó tímidamente, repitiendo algo que acababa de leer en la prensa : - El fascismo es un hecho extranjero. El católico español no puede encontrar dificultades en avenirse con las instituciones republicanas. Como creyentes y como ciudadanos, estamos obligados a prestar a la vida civil un leal concurso.

-¿Vida civil ? ¡ Cuentos de Calleja ! - expectoró Redondo. - El país ha sido víctima del ataque traidor de los marxistas ; y tú hablas de prestar leal concurso. ¿A los ricos ? ¿Para ayudarles a alcanzar escaños en las Cortes ? No queremos esas Cortes. Cuando están las masas soliviantándose en todo el país y nadie hace nada, con espíritu militar y constructivo, para contenerlas u orientarlas. ¡Vamos ! Organicemos nuestras escuadras. Y pronto. Si no, yo me temo que la torpe y decadente sociedad burguesa acepte, temblando, el yugo de los miserables. ¿Qué piensan salvar con ello ? ¡No, no y no ! Frente a todos ellos la juventud nacional ha de tomar una postura de franca y legítima rebeldía. Y no debemos detenernos ante nada para conseguir nuestros objetivos, los cuales son : Patria, Religión y Hacienda.

Pocos días después Onésimo Redondo Ortega publicaba un artículo en uno de los dos periódicos que había fundado con el dinero de su papá.

« ¡ Jóvenes españoles ! Esta es la hora de acudir al arma. Abandonad por el tiempo que la patria lo pida vuestro confiado vivir, y alejaos

rápidamente de la divertida e inconsciente sociedad que ha permitido esta abyección nacional. Necesitamos una organización tenaz y atrevida, superior a los obstáculos de la tiranía. Busquemos todos una santa disciplina, una sujeción marcial que nos habilite para arrojar por la fuerza al enemigo que con la fuerza amenaza. Es la hora de reconquistar por la fuerza, si la fuerza criminal del marxismo invasor se opone, la digna libertad de la España fiel y cristiana. No temáis a un enemigo que es tan cobarde como criminal y cuya fanfarronería es aún mayor que sus malos instintos. Cuando se trata de rechazar a una tiranía extraña y librar a la fuerte España de un yugo inmundo, no se debe mirar a las consecuencias. Los fanfarrones enchufistas, cucos degenerados y literatos chirles que dirigen las casas del pueblo, no cuentan con la voluntad del obrero español, engañado en parte, y en parte sometido a una rutina libertaria que es fácil deshacer. Creed, jóvenes, que el enemigo es pequeño ; España es mucho más grande que el marxismo. Bastan en cada provincia unos centenares de jóvenes guerreros, disciplinados, idealistas, para dar en el polvo con ese sucio fantasma de la amenaza roja. Por España libre, grande, única, respondamos con el arma en la mano a la provocación de los que preconizan el crimen. Formemos los cuadros de la juventud patriótica y belicosa. ¡ Amemos la guerra y adelante ! »

Y de la violencia en la palabra, a la violencia en los actos. Comenzaron a organizarse las *escuadras jonsistas*, constituídas de algunos hijos de papá y elementos del ejército de Africa, al mando éstos de un individuo conocido por el apelativo de Paco el Legionario.

Los hijos de papá vallisoletanos hicieron aquel mes de octubre un viaje a Madrid, a ver lo que estaba haciendo el primogénito del difunto Marqués de Estella y antiguo dictador, general Primo de Rivera. Hubo un mitin en el Teatro de la Comedia, anunciado a bombo y platillos por todos los medios al alcance de la burguesía y que desgraciadamente eran muchos. Nació Falange Española, partido destinado a luchar por un estado totalitario de tipo burgués. En aquel mitin dieron discursos famosos los jefes del nuevo partido, Julio Ruiz de Alda, Ramiro Ledesma Ramos, y el

“Fundador” José Antonio Primo de Rivera, que concluyó así su discurso :.  
« Queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia. »

Volvieron los *jonsistas* a Valladolid muy satisfechos del encuentro con los *falangistas*. Se habló con entusiasmo en el Café Cantábrico del « espíritu militar, constructivo y gravemente religioso » del nuevo partido madrileño.

-Aunque todavía no me gusta el uso de la palabra fascismo para designarnos - declaró Onésimo Redondo. - ‘Fascio’ es un extranjerismo. Nosotros somos un movimiento hispano, de honda raigambre cristiana.

-De acuerdo - dijo uno de los que habían acudido al mitin de la Comedia, - hemos de exaltar el espíritu hispano y por ende castellano. ¿No tenemos ahí la base de la unidad del movimiento ? Cuanto más que fuimos nosotros los iniciadores ; y fue aquí, en esta misma ciudad de Valladolid, que nació el símbolo del yugo y las flechas : el yugo de la labor, las flechas del poderío. Y mienten cuantos dicen que somos una mera copia del fascismo italiano. Personalmente yo creo que debemos unirnos a los madrileños.

-Muy bien dicho, Andrés - señaló el jefe castellano. - La unión hace la fuerza. El socialismo traidor está apodererándose de las masas. Unidos impondremos la victoria insurreccional contra el enemigo rojo. Está decidido, hermanos jonsistas, daremos nuestro sostén a la Falange. Y tenemos que tener al menos un representante en la legislatura, creamos o no creamos en las elecciones. ¡ A las Cortes !

En efecto, las Cortes Constituyentes habían sido disueltas, y nuevas elecciones fueron convocadas para el mes de noviembre, y no había que dejar el campo libre a otros partidos de la extrema derecha monárquica, como Renovación Española.

Comentario [L6]:

Mal que bien, la votación tuvo lugar, y aunque el pueblo en su mayoría, a pesar del abstencionismo de los anarquistas, rechazó en las urnas a las derechas, éstas subieron al poder ayudadas por el Partido Radical, que fue encargado de formar gobierno. José Antonio Primo de Rivera, que entró en la legislatura como 'independiente', con el dinero de la oligarquía de Cadiz, no pudo menos de reconocer, en un acalorado discurso en que pedía a las derechas "la insurrección contra el marxismo" que había sido aquello *una victoria sin alas*.

« La revolución sigue viva por dentro, » escribía en su periódico, « no se olvide nadie de este dato : hay algunas provincias donde el sesenta por ciento del censo se ha quedado sin votar. En pueblos enteros de miles de electores se han contado por escasos centenares los votos emitidos. En muchos sitios los obreros no han votado. Se han permitido el lujo escalofriante de regalar a la burguesía la maquinaria de legislar. Hay que estar ciego para no ver bajo este desdén una amenaza terrible. »

Entre los nuevos diputados burgueses (aunque no oficialmente de derechas) se hallaba el padre del jonsista Gonzalo, el radical Máximo Beltrán. Don Máximo era amigo de don Alejandro Lerroux, que estaba destinado a regir los destinos de España ; y, al objeto de ver a su amigo, se trasladó el diputado con su esposa a Madrid. Iban en vagón de primera, y don Máximo se entretuvo leyendo una pastoral que le había pasado su paisano el teniente coronel don Augusto Núñez de Campos. « Ante amenaza de daño tan enorme » leyó « recomendamos de nuevo vivamente a todos los católicos de España que, dejando a un lado lamentos y recriminaciones, y subordinando al bien común de la patria y de la religión todo otro ideal, se unan todos para la defensa de la fe y para alejar los peligros que amenazan a la misma sociedad civil. »

Sonrió. Las ínclitas razas ubérrimas tenían otra vez el poder, todo el poder. Había triunfado la estrategia de unión de todas las derechas, y aunque él figuraba como del Centro estaba contento de que tipos como Calvo Sotelo, Gil Robles y Primo de Rivera estuvieran junto a él en el

hemiciclo. En otras palabras, estaba satisfecho de que se hubiera preservado el **sistema**. Se hallaba el poder, a fin de cuentas, en las manos de gente de su misma clase social. Ahora lo importante era ver si él personalmente podía sacar tajada, un puesto en el gobierno o por lo menos en una de las comisiones parlamentarias.

## CAPITULO 22

Inmediatamente el nuevo gobierno acabó con lo que quedaba de democracia en España, haciendo tablarrasa de cuantos proyectos de reforma agraria, nacionalizaciones, enseñanza, industria y trabajo habían preparado y aprobado después de tantos esfuerzos las tímidas Cortes Constituyentes. Facciosos como el general Francisco Franco Bahamonde entraron a formar parte del nuevo equipo. De hecho todos los militares reaccionarios y conspiradores volvieron a ocupar los más importantes cargos de los tres ejércitos así como de la policía y la guardia civil.

Lucio y Dorotea, Zita y Agapito, Ferrer, la señora Amparo, Fermín el carbonero, todos fueron víctimas, de una manera o de otra, de la situación que engendró la llegada de las derechas al poder.

A la joven Zita Martínez Platero ya no le quedaba ninguna esperanza de poder unirse con su novio en matrimonio. Ya Agapito Ruiz no tenía otra posibilidad de ganarse la vida que subiendo esos sacos enormes de antracita a los señoritos del barrio. La mayor parte del día se la pasaba sentado en la carbonería, viendo a su tío cortar astillas en un pedazo de tronco de árbol sucio y machacado, esperando silencioso a que llegaran las vecinas con sus cubos de hojalata a comprar unos kilos de cok o una docena de astillas, casi siempre al fiado.

A las nueve de la noche se encontraban los novios en la Fuente Dorada, a la entrada del Callejón de los Boteros, y desde allí iban despacito a pasar como una hora en el Campo Grande, si no hacía mucho frío ; y si lo hacía, paseaban cogidos del brazo arriba y abajo de la Calle Santiago, que es estrechita, parándose de cuando en cuando delante de un escaparate : el de los almacenes del Ocaso, con sus paños y ropa de todas las manufacturas, o el de El Globo, la pastelería Olmos, donde se le hacía la boca agua al más pintado. Justo enfrente de la pastelería había una

bisutería, que tenía en la fachada un gran reloj, y si veían que ya se aproximaban las diez, emprendían el camino de vuelta a casa por los soportales de la Plaza Mayor, Acera de San Francisco, respirando el olorillo de un buen moka, si acaso acertaban a pasar delante de un café cuando se abrían las puertas. A la entrada del callejón se paraban los dos amantes, mirándose uno a otro, y se cogían las dos manos tan tímidamente como siete años atrás, cuando comenzaba el noviazgo ; y se despedían, cada día más tristes y desalentados, deseándose mutuamente buenas noches.

¡ Siete años ! Agapito sabía que aquella larga espera acabaría dando la puntilla al amor. Era inevitable. El mundo cambia, y es locura pensar que algo va a continuar indefinidamente tal como fue. Nada permanece estable ; ni siquiera los sentimientos más profundos : ni aun entre dos personas que se aman verdaderamente. Era como si hubiera caído en una trampa. Si lo hubiera sabido él cinco, seis años atrás, habría buscado ya alguna otra manera de salir de ese atolladero, emigrando tal vez a las Américas ; o habrían vivido juntos sin casarse, ¡ pasase lo que pasase ! : una habitación en una casa de huéspedes, sin tener hijos naturalmente. Lo importante hubiera sido forzar el cambio, dar otro sentido a la vida, un nuevo soplo al amor. Continuando así el noviazgo, día tras día esperando, y semanas, meses, luego años, algo había muerto en él ; se había convertido el amor en pura rutina estéril. Mientras todo iba cambiando a su alrededor, se había anquilosado algo en él, en ella, sus relaciones : las mismas miradas, los mismos paseos a las mismas horas, las mismas palabras, gestos, deseos inexpressados, como aguardando un milagro, el fin de la crisis, un puesto, trabajo.

No. No es que hubiera dejado de amar a su Zita. Solamente que la pasión, la llama que había nacido en su corazón esos años atrás, se había transformado en un sentimiento de otra naturaleza, afección más bien que deseo. ¡ Y ahora que ya no tenía esa esperanza de que se produjera el cambio social tan esperado !

Había encontrado él la esperanza en otro sitio, una tarea nueva, revolucionaria, donde ya no estaba ni podía estar su novia, un militante que le estaba conduciendo muy lejos, dispuesto a la lucha y al supremo sacrificio, si necesario fuese. Y para eso mejor estaba sin mujer y sin hijos.

« ¡Treinta años de edad, y todavía sin hijos ! » se iba diciendo Zita según subía la estrecha y sucia escalera hacia el entresuelo, donde vivía con su padre y una hermana menor. « Aunque tal vez así mejor : ya tenía bastante con tener que alimentar a un padre anciano y todavía tragón, ¡ con lo poco que daba la costura ! Sí, mejor sin hijos, ¡ para no tener qué darles ! »

Entró en el piso, donde Teodosia estaba sirviendo la cena al viejo, que gruñía impaciente : - ¡ Siempre sopa de cabeza de pescao ! ¡ Qué asco ! - Como de costumbre, la miró el anciano con ojos de reproche. Se había retrasado un cuarto de hora. Y la idea le vino otra vez a la mente. « Sí. ¿ Para qué formar una familia ? Sin hijos se aguanta mejor el hambre. Tiene razón la Doro. »

## CAPITULO 23

Pues aconteció que en aquellos tiempos tan duros, para colmo de males, la mujer del ebanista se quedó otra vez encinta, y no lo podía soportar, y así se lo explicó a su prima hermana. ¡Qué injusto era el Cielo ! Lo que menos falta le hacía, ¡ otra boca que alimentar !, ¡ cuando no había nada de nada y su marido se pasaba días enteros cruzado de brazos en la tienda !

Entró corriendo una mañana en el portal donde tenía su puesto la señora Amparo, tirándose de los pelos como una loca. - ¡ Señora Amparo ! - gritó - ¡ ayúdeme por el amor de Dios ! que estoy embarazada otra vez. ¡ Ay, Dios mío, Dios mío ! Dígame qué puedo hacer, usted que todo lo sabe. ¡ Virgen Santísima de la Encina ! ¡ Ay madre, madre, con lo caro que está todo hoy día ! ¿Qué voy hacer con otro trasto ? ¿Cómo voy a encontrar para darles de comer ?

La anciana esperó a que se calmase su joven vecina, y preguntó : - ¿Pero estás segura ?

-A ver. ¡ No voy a estarlo ! Ya ve. ¡ Ay, Santo Cristo de la Vega, si no me viene la regla ! La última vez que la tuve, pues fíjese que debió de ser na más pasada la Navidad, porque me acuerdo que...

-Bueno, bueno - cortó la vieja. - ¿Tú has echao las cuentas ?

-Pos claro que sí, ¿no le estoy diciendo ? Mire usted, normalmente son veintiocho días, ¿no sabe ? Hoy es el diez, ¿no ? Pos eso. Fíjese si ya va de largo. Eche ustez misma la cuenta.

- ¡Uy, no ! Si yo hija... en fin. ¡ Ay, si ya me lo barruntaba yo ! De que te vía esa cara tan triste estos días, me dije, la Doro, me dije...

- ¡ Ay, señora Amparo - le cortó la joven - señora Amparo ! ¿ Qué voy hacer ? - y empezó a llorar desconsoladamente.

- ¡ Ahí va ! - la consoló la otra. - No te pongas ansí, mujer.

- Ya ve - sollozó Dorotea, - he dejado pasar más de una semana, por si acaso, y como si nada ; que no me viene y que no me viene. Yo me decía, me decía, 'Se habrá retrasao, boba, ya vendrá.' ¡ Ay, señora Amparo ! - volvió a llorar a borbotones - ¿ Qué voy hacer ?

- Si ya me lo barruntaba yo - volvió a decir la vieja tocándose la nariz, que era larga y aguileña. - No sé qué me olía yo. Te encontraba triste estos días, mira tú.

- Y esta mañana - continuó la joven entre sollozos, - cuando se lo dije a Lucio, ¡ ay, cómo se puso ! ; llamándome torpe y de mal genio que creí que me daba una carada ; que gracias a que estaba Zita en casa, por eso. ¡ Ay, no lo puedo soportar ! ¡ Oh, Virgen Santa del Socorro, otra boca más ! Y con lo caro que está todo. Lo que menos falta hacía, otra boca más, ¡ ay, ay, ay ! Otra boca que alimentar.

La anciana trató de consolarla : - Hija, no te angusties ansí.

Pero ella seguía llorando : - ¡ Ay, ay, ay, ay !

- ¡ Oy, Doro ! - empezó con voz firme la anciana, sin saber cómo tranquilizar a la amiga, - tamién te pones...

-¿Cómo me voy a poner, señora Amparo ? - exclamó Dorotea, enfadada ; y como acordándose de algo, volvió a las lamentaciones : - ¡ Ay, Santísima Virgen de la Encina !

-No te desesperes.

-Dios Santo, ¿cómo no me voy a desesperar ?

-Ni invoques el Santo Nombre de Dios en vano.

-Pos ayúdeme, usted que sabe tanto de estas cosas.

La anciana pasó el brazo por el hombro de la joven, y le susurró al oído : - Mira, hija, haré lo que pueda, no faltaba más. Vente por aquí una noche, a ver. - Aplicó una mano a la barbilla en forma de copa, pensando :  
- ¿Tú sabes cuándo es la luna llena ?

Ya iba a responder Dorotea que no sabía nada, cuando entró en el portal un pequeñín que puso las manos en el mostrador para auparse un poquito.

-Espera que despache a este nene - dijo la anciana a Dorotea, y dirigiéndose al niño : - ¿Qué quiés, majo ?

-Cinco de pipas - pidió el pequeño, alzando la mano con la moneda.

Después de hecha la transacción, la anciana se volvió a Dorotea : - Habrá que enterarse de cuando es la próxima luna, maja. ¿Tú no tienes uno de esos calendarios que marcan las lunas ?

-Pos no. Ya ve que mala pata.

-No te preocupes, hija. Ya lon contraremos.

- ¡Quite ! que me viene a la memoria haber visto uno. ¡ Ay, ya caigo ! En cá la Serafina, que la trajo un almanaque de ésos su marido del cuartel, que me acuerdo de haberlo visto encima del aparador y todo.

- ¡ Bueno, pos hala ! Tú dile que te lo preste o entérate bien de cuándo es la próxima luna, que yo, Doro, te advierto que mucho de eso no sé ; pero he oído decir que si no hay luna no hay efezto. ¡ Hale, maja ! Que aquí vien otro pequeño. Ya te veo luego ¿eh ?

De este modo concluyeron la conversación las dos vecinas ; y una noche, poco después, entró la joven en el sótano que hacía de vivienda de la vieja, diciendo : - Aquí estoy, señora Amparo.

- ¡ Pos hale !, desnúdate y túmbate aquí en la cama.

Encendió la anciana una vela, apagó la luz de la bombilla, y corriendo el visillo de la ventana, que estaba en el techo del aposento, dejaron que entrara la luz de gas de las farolas de la calle, suficiente para que las dos mujeres hicieran como que veían la luna.

Al cabo hizo la anciana la señal de la cruz sobre el vientre desnudo de la joven, rezó como una docena de padrenuestros y otras tantas avemarías, y ordenando a Dorotea que rezara en voz alta algunos credos, se fue al fogón a preparar una pócima. Un fuerte olor a yerbas, mostaza y vinagre invadió la habitación.

- ¡ Señora Amparo ! - gritó Dorotea, haciendo un alto en los rezos.

- ¿ Qué quiés ?

- ¿ No me hará beber to eso ?

-Tú cierra el pico, y sigue rezando.

Había puesto la vieja un gran balde de hojalata al pie de la cama. Virtió en él un puchero de agua hirviendo, añadió la pócima y ordenó : - ¡Anda, levántate y mete los pies corriendo en el agua !

- ¡ Está hirviendo ! - protestó Dorotea, sentándose en la cama. - Me voy a escaldar viva - añadió, viendo que la otra se callaba.

-Tú haz lo que te digo. Mira que si no lo haces de prisa no surtirá efecto, y tú me dirás si quíes tener otro crío.

Todavía vaciló la joven unos segundos.

- ¡ Vamos ! Que tié que estar caliente, hija - ordenó la señora Amparo ; se acercó al balde con sus ojos de rata, y casi metiendo la nariz en el líquido ayudó a la joven a poner los pies bien adentro.

Esta emitió un grito de dolor. - ¡ Hu...uy ! - exclamó, mordiéndose los dedos para no estallar.

-Calla, no grites, que si gritas no hará nada - le advirtió la servicial amiga.

Los ojos se le llenaron de lágrimas a la joven, mientras que por la frente le corría copiosamente el sudor. - No puedo más - dijo débilmente, los nudillos en la boca.

-Tiés que poder.

-No, no puedo - suspiró Dorotea, los dientes clavados en los nudillos.

-Bueno, ya pués salir.

Sobre si fueron los credos y padrenuestros o el baño de mostaza, o ambos, o simplemente que a pesar de todos sus temores no había estado embarazada, nunca llegó a saberse ; lo que sí se supo, y muy pronto (y ello en toda la Calle de las Angustias) fue que a Dorotea le habían vuelto las reglas.

- ¡ Señora Amparo, señora Amparo ! - entró como una tromba una mañana en el portal en que la vieja tenía su puesto de pipas y caramelos. - ¡ Ya me ha empezao el período !, ¡ ya me ha empezao !

- Ya lo sabía yo - respondió sabiamente la otra.

Naturalmente que Dorotea fue a confesarse en seguida : no a la iglesia de las Angustias, no fuera a caerle don Niceto, que le daba mucha vergüenza ; sino a la de San Ildefonso, muy lejos, donde no la conocía nadie.

- Eso es pecado mortal, hija mía, lo que has hecho - le dijo el confesor solemnemente.

- Ya lo sé, Padre. No hace falta que me lo diga - respondió ella, lloriqueando. - Pero, ya ve. Vivimos en la miseria. ¿ Qué iba yo hacer con una boca más ? ¿ O dos ? Calcule, Padre, si me vuelven a caer mellizos.

Con la llegada de las nieves, Dorotea tuvo una infección en los tobillos que ella achacó a las quemaduras. Al principio no hizo ningún caso ; pero hubo que llamar al fin al médico, que se llevó el resto de los cuatro cuartos que tenía ahorrados la familia de cuando había habido trabajo durante el primer bienio de la república.

- Si siguen las cosas así - dijo un día Lucio desconsoladamente, - tendremos que dar el traspaso. No ganamos ni pal alquiler.

-No. Eso no, cariño - dijo ella, melodramática. - Me echaré yo a trabajar de asistenta en cualquier sitio.

-¿Tú? ¿Trabajar tú, fuera de casa? - interpuso él, todavía más melodramático. - ¡Vamos! ¿Por quién me has tomao? Ni hablar.

## CAPITULO 24

Y cómo estaban las calles aquellos días, que no podía salir una de casa sin encontrarse con bestias de hombres dándose puñetazos, bofetadas y estacazos que era un primor. El día mismo en que le dio de alta el médico, yendo hacia la Antigua, presencié Dorotea una de esas refriegas en la misma Calle de las Angustias.

Era una mañana fría, con mucho sol. Había amanecido la ciudad literalmente tapizada de pasquines y carteles anunciando una reunión de elementos de extrema derecha venidos de toda España.

Vio Dorotea a su primo Gonzalo con otros sujetos, voceando :

- ¡ Ha salido F.E. ! ¡ Lean F.E ., órgano de Falange Española !

No le dio tiempo a la mujer ni a pararse a decir nada al primo o leer los carteles de los muros. Pues se había puesto su primo hermano a discutir con unos individuos, probablemente oficinistas o empleados de comercio en dirección a sus respectivos trabajos ; y en seguida los insultos, las riñas, puñetazos, patadas, terminando por lanzarse piedras u otros objetos unos a otros, que más parecían fieras que hombres.

« ¡ Demonio de la política ! » se dijo Dorotea, alejándose poco a poco, pues todavía le dolía el tobillo.

- ¡ Ha salido F.E. ! ¡ Ha salido F.E. ! - continuó oyendo a lo lejos.

En efecto, las refriegas duraban poco. La gente estaba amendrentada aquellos días de pleno gobierno conservador. Y los de extrema derecha, provocadores, en todas partes iban acompañados de especializados grupos de choque, pistoleros a sueldo, que ofrecían su periódico y otra

propaganda en una mano, mientras empuñaban con la otra el arma escondida en el bolsillo.

Era el día 4 de marzo de 1934, domingo, señalado en la historia del extremismo español. Aparecieron bien temprano en la calles céntricas de la ciudad numerosas caras forasteras, gente de aspecto arrogante y generalmente de elegante atuendo, aunque algunos lucían ya el uniforme negro con camisa azul y sin corbata, y no faltaban quienes llevaban sus camisas arremangadas, a pesar del intenso frío. Se pasearon, medio en formación, entre los curiosos de las aceras, contentos de ver que la gente les miraba desde los balcones y algunos les hacían señas. Eran todos ellos miembros de la unificada F.E. de las JONS, camaradas 'falangistas' y 'jonsistas', que de todas las provincias de España habían acudido a Valladolid para celebrar su primer congreso nacional.

El triunvirato, formado por los ínclitos José Antonio, Onésimo y Ramiro, avanzó hacia las puertas del Gran Teatro Calderón, rodeados de jefes de escuadra y otros números del nuevo partido. Llegaron los tres hasta los arcos del edificio entre dos hileras de entusiastas facciosos, que se mantenían firmes con los brazos derechos alzados al cielo. Les precedía un corpulento cadete de caballería que llevaba la bandera del partido en raso, en la cual habían bordado unas distinguidas señoritas, seleccionadas entre las mejores familias de la ciudad, el emblema del fascismo español en oro, el Yugo y las Flechas.

La enorme sala estaba abarrotada de hombres de la alta sociedad y dignos burgueses, monárquicos de toda la vida, militares en activo, legionarios, comerciantes y grandes terratenientes; a los cuales se habían añadido a última hora algunos desafectos sindicalistas, que habían sido revolucionarios de pacotilla, y un centenar de campesinos, labradores y labriegos, que Onésimo Redondo y sus amigos habían traído de los pueblos de alrededor.

Según pasaban los líderes facciosos entre sus exaltados correligionarios, todos se pusieron en pie, con el brazo en alto, y se oyeron gritos : « ¡Viva José Antonio ! ¡Viva Onésimo ! ¡Viva Ramiro ! ¡España Imperio ! »

Redondo fue el primero en dar su discurso, que fue breve, amenazando, como siempre, al odiado proletariado obrero, y concluyendo con el cuento de que la patria estaba en peligro, invadida por las hordas marxistas y los separatismos. Le siguieron otros oradores. Y terminó el congreso con la gran oración del Líder Supremo, su “confesión de fe” (como después se dijo.) Antes de que empezara su discurso, el ilustre José Antonio, miembro ya de la legislatura, fue objeto de una entusiasta interminable ovación, todo el mundo de pié. Concluyó su discurso el vástago de la nobleza gaditana con estas palabras : - Y así, nosotros, bajo el signo del Yugo y las Flechas, venimos a decir aquí mismo, en Valladolid, ¡ Adelante con Castilla, otra vez a la Reconquista de toda España !

Entre tanto, en la calle de las Angustias y adyacentes se habían reunido algunos obreros con ciertos estudiantes del FUE universitario, que hicieron igualmente una promesa solemne : estaban dispuestos a luchar, si necesario fuera hasta la muerte, a fin de acabar con el fascismo en su primer brote. Se organizó una manifestación que algunos calificaron de revientamítines; y en efecto, se unieron a los obreros y estudiantes muchos vallisoletanos aquel día, que se oponían a que su ciudad fuera la cuna de la llamada Falange española.

Los manifestantes fueron atacados por sorpresa por elementos duros del nuevo partido, que estaban haciendo guardia a la entrada del edificio.

Se vieron los atacantes en seguida rodeados de hombres y mujeres decididos, que no dudaron ni un instante en hacer uso de la fuerza, liquidando a los facciosos a estacazos y puñetazo limpio. Sonaron dos disparos de pistola, y un estudiante cayó al suelo con una herida de bala en el cuello.

Justamente entonces llegaron los de la guardia civil, a caballo, disparando sus fusiles en el aire, logrando así dispersar a los manifestantes. Numerosos guardias de asalto, que también llegaron en aquel preciso instante, obligaron a los extremistas facciosos a meterse en la sala del congreso, cuyas puertas, acto seguido, fueron atrancadas por dentro.

Empero, en la calle y en los alrededores del edificio la multitud de hombres y mujeres protestando contra el congreso fascista no cesaba de aumentar.

Los congresistas seguían escuchando a José Antonio Primo de Rivera. Cuando se oyeron, en el interior del edificio, los ecos de nuevos disparos, el Líder Supremo descendió valeroso, con otros jefes, a la sala y, pasando otra vez entre un bosque de brazos alzados y gritos delirantes, movía los dos brazos como una pajarita instándoles a todos a que se calmaran.

Los espíritus más exaltados todavía pedían que se abrieran las puertas y salieran todos a la calle pegando tiros. Estaban dispuestos los más jóvenes a dar sus vidas por **la causa**, deseando que les viera morir su héroe, el ínclito José Antonio.

Pero éste ordenó que no se moviera nadie. - ¡Esperad ! - exclamó, empuñando una pistola. - ¡Esperad un poco !

Y a continuación, sin dar muestra alguna de miedo o vacilación, dio media vuelta, se subió otra vez al podio y continuó su discurso, una última oración : - No os preocupeis - dijo - que no se saldrán con la suya. Porque la ley de la turbamulta, que está triunfando en toda España, no tiene cabida entre nosotros. Y España no puede continuar así. ¡Camaradas ! La horda no hace nunca la historia. Es la minoría selectiva la que hace avanzar a las naciones. España es más que una masa de gente. España es una unidad

que nosotros encarnamos. ¡España es una Unidad de Destino en lo Universal !

Hubo aplausos y gritos de entusiasmo que retumbaron en toda la sala. La gente se había puesto de nuevo en pie, el brazo en alto. Luego descendió el Líder Supremo otra vez a la sala, y ordenó, en ese mismo estado de exaltación febril : - ¡ Organícense bien las escuadras ! Vamos a darles un palo. ¡ Adelante !

Se abrieron las puertas, salieron los grupos de choque, constituidos de ex-legionarios y agentes a sueldo, todos ellos elevando sus porras en el aire.

Se habían unido entre tanto a los manifestantes grupos de obreros de fábrica y ferroviarios armados de barras de hierro de los talleres de la estación. Avanzaron en seguida hacia los facciosos, obligándoles a replegarse y causándoles algunas bajas.

Se oyó, prodedente de una de las ventanas del Calderón, el ruido de una detonación ; y en seguida más disparos. Otra vez apareció la fuerza pública, guardias a caballo, que separaron a los contendientes, forzando a los obreros a que se mantuvieran a un lado, y obligando a los congresistas a que se dispersaran en pequeños grupos, acompañados de guardias de a pie.

A aquella hora se movían por las calles del centro innumerables personas ; mujeres que volvían del mercado, hombres que salían de oficinas y comercios, y que iban a almorzar a casa. Aprovecharon la ocasión falangistas y jonsistas para repartir su propaganda entre los vallisoletanos, tratando al mismo tiempo de vender sus periódicos. Se produjeron en consecuencia escaramuzas en algunas partes, las más señaladas siendo las de la Plaza de la Fuente Dorada y las calles Teresa Gil y Regalado.

Durante toda la tarde sonaron los tiros con abundancia. Al anoecer se dirigió un grupo de facciosos a la Casa del Pueblo. Estaban empeñados en colocar su bandera, con el emblema del yugo y las flechas, en la mismísima fachada de lo que ellos llamaban **edificio marxista**. Se lo impidieron Agapito, Ferrer y otros obreros que se hallaban reunidos en congreso, deliberando sobre los acontecimientos de la mañana. Agapito se apoderó de la bandera fascista, mientras que su amigo y camarada agarraba por el cuello a uno de los asaltantes y el resto de los obreros trataba de ausentar a los demás. Estos, sin embargo, les hicieron frente ; pero no lograron más que rescatar a su correligionario de las garras de Ferrer. Y se dieron todos los facciosos a la fuga.

Poco antes de la medianoche entraron en la tienda de Lucio Muñeiro, el joven de la carbonería y su amigo catalán. Agapito llevaba en sus manos los restos de la bandera enemiga, que quería mostrar al ebanista, contento y orgulloso de haber defendido la Casa del Pueblo.

Pero había alguien que desde el cielo estaba observando todo aquello. Era don Niceto Pérez Monasterio, subido al ático de la casa rectoral. El sacerdote vio llegar a esos dos sindicalistas **rojos** con la bandera chamuscada de lo que era ya **su** partido ; y lo notó todo bien en su memoria.

## CAPITULO 25

En efecto, don Niceto vigilaba, y no se le escapaba detalle. A pesar de que las derechas iban camino de apoderarse plenamente del poder, descartando a los llamados radicales, él no las tenía todas consigo.

-Tenemos el derecho y el deber - se decía, en un momento de reflexión - de asegurar la salvaguarda de nuestras tradiciones religiosas, tan profundamente arraigadas en nuestro pueblo.

Y, contemplando la gente en la calle desde su balcón, comprendía que **no** se había alcanzado enteramente aquel objetivo. Había todavía mucha cizaña en el pueblo. Cuanto más que, como buen castellano que era, no ignoraba el dicho popular 'que de las cosas de la vida el que haya cambio es la más segura.'

- ¡Oh, qué de sangrientas persecuciones puede todavía haber ! - exclamó, asustado. - ¡ Ay, si el mundo amenazador de los que nada tienen levanta otra vez la cabeza !

Había estado haciendo hacía poco en Guipúzcoa un cursillo de sociología cuyo tema era 'Jesucristo ayer y hoy' ; y allí había hecho nuevas amistades entre unos hombres distinguidos empeñados en la noble tarea de 'llevar al siglo el mensaje del Verbo que se hizo carne para habitar entre nosotros.'

« Debemos aspirar, » le había dicho una de estas amistades, « a fortalecer nuestras posiciones, sintiendo a España en su grandeza espiritual. Esta es la tarea que nos tiene encomendada el Sumo Hacedor, Dios Omnipotente, a fin de que se respete como se debe nuestra progenie histórica, y se nos den nuestros derechos. »

Don Niceto le había confesado al amigo, que era sacerdote como él, que había tenido dificultades en el pasado en interpretar la Voluntad Divina, y el otro le respondió : « Aquel que es Palabra de Vida ha de guiar nuestra conducta, y no es posible que El no nos manifieste en cada caso Su Intención. » Luego, juntando piadosamente las puntas de los dedos de ambas manos, le contó cómo una vez en invierno vio las huellas de un niño descalzo en la nieve, y comprendió que el Buen Jesús andaba buscándole para pedirle que intensificase sus Actos de Piedad, de Penitencia y de Amor, especialmente hacia los niños bien amados.

« Hay que abrir los ojos a la Voluntad Divina, y hacer lo que El nos pida, Siervos que somos de Dios, » había concluido el sacerdote amigo, dando a Pérez Monasterio un cachete en el carrillo. Y el corazón de éste se llenó de inquietud.

Todo esto pensaba ahora don Niceto contemplando el ajetreo de la calle. Y vio que como otras noches entraban en la ebanistería de la acera de enfrente un par de obreros y otra gente de muy mala pinta. Algo se estaba fraguando.

Para enterarse, un par de días más tarde, mandó llamar a la mujer del ebanista.

-Dorotea - dijo, tocándole el lóbulo como cuando ésta era niña - ya no vienes a confesarte, ¿qué pasa ?

Dorotea, que había estado temblándose desde que le llegó el aviso de que la quería ver el señor cura, se azaró no poco al oírle hablar de confesión. ¡Seguro que se había enterado de lo del aborto y creía que ni siquiera lo había confesado !

-Seño... señorito - empezó como cuando era su criada, - yo, es que...  
- pero su nerviosismo no la dejó continuar, y se quedó balbuceando algo enteramente incomprensible.

El sacerdote no la escuchaba ; la confusión de la pobre mujer favorecía sus planes ; era su propósito humillarla y hacerla que se rebajase, para acto seguido lanzarse, como quien dice, sobre su víctima, y dejarla como un trapo.

-No es nada, hija - le dijo, confortándola.

-¡Oh, se..ñori... padre ! - tartamudeó ella - ; ya... ya... ya lo he confesao. - Y, más deprisa : - No hubiéramos tenido para alimentarlo, padre... ¡ una boca más !

-Vamos, Dorotea. Ya te he dicho que no es nada. Ahora dime, ¿qué es eso que vengo viendo últimamente... ?

Era ella quien no escuchaba ahora. - ... o dos, padre..., imagine que... como la otra vez. - Se había puesto de rodillas delante del sacerdote en una actitud tan servil como ridícula.

Don Niceto, sin esperar más, fue derecho al asunto : - Dime, ¿cómo va lo de Lucio ? - le preguntó.

Y contestó ella, esta vez sin titubear, saliéndole los vocablos tan deprisa que no parecía sino que se había aprendido una plegaria de carretilla : - ¡ Ay, Dios mío, Dios mío ! - exclamó. - Mi Lucio, dice. Pos cómo ha de ir. Sin trabajo no sé cuantos meses. ¡ Ay, ay, ay ! Y cómo se está poniendo todo de difícil hoy día. Si ustez pudiera ayudarnos. - Empezó a soltar lágrimas como puños.

-Pero ¿a santo de qué ? - dijo el cura, consciente de que había llegado el momento que había estado esperando, - ¿por qué no lo dijiste, alma de cántaro ? ¿No sabes que estoy siempre dispuesto a ayudarte ?

Postrada aún en el suelo, la mujer le llenó las manos de lágrimas, besuqueándolas cien veces. - ¡Dios se lo pagará ! - decía. - ¡Ay, qué sustez muy santo y muy bueno !

-Ven, vamos a sentarnos, hija mía, que me ha llegado al alma eso que me has contado de tu Lucio, y deseo responder con algo positivo sobre esa ayuda que me pides.

Entraron en su despacho, se sentó él en su butaca, y ella en una silla al otro lado de una mesa de caoba. El sacerdote siguió hablando : - Y volviendo a tu Lucio, hija mía, he notado que viene mucha gente a verle. Son amigos que vienen a jugar la partida, ¿no ?

- ¡ Quiá ! - respondió ella muy fresca y muy veloz ; y continuó, ya libre de todo empacho : - Son reuniones, mítines, ¿no sabe ? Padre, le digo que me tienen harta. Toas las noches ahí metidos hablando de qué sé yo... ¡ Ah ! y gastándome luz y llenándome la casa de humo, que eso es lo que tiene la política. No sé ni cómo lo aguanto.

Aquella noche le contó Doro al marido que había estado buscando trabajo y que al fin había encontrado algo : iba a hacer de asistenta en una casa de al lado. Al principio Lucio hizo muchos aspavientos, diciendo que no lo consentiría y que él no era un bragado que dejara así que su mujer trabajara fuera de casa, que nada de eso. Pero poco a poco el pobre fue bajando de tono, y cedió al fin. Después de todo el estómago hay que llenarlo de garbanzos, ¡ a ver ! Y con lo que él ganaba poco se podía hacer, y los niños no iban a comer piedras, etc.

## CAPITULO 26

Una tarde de las calurosas de verano se levantó don Niceto de la siesta con ganas de beber algo. Era jueves, y la doncella tenía la tarde libre. Así que se dirigió el hombre muy campante a la cocina con la intención de preprarse él mismo un refresco de zarzaparrilla.

Desde la puerta vio arrodillada en el suelo a la asistenta, que para que no se le mojase la falda, mientras fregaba, la había doblado hacia arriba y metido los ribetes por la gomita de la braga, dejando al descubierto dos hermosos muslos blancos. Se paró él mareado. ¡Jamás había visto nada tan apetecible !

Estaba la asistenta de espalda ; se había quitado las zapatillas para no empararlas de agua jabonosa, y eran por tanto dos deliciosas piernas rollizas, desde las puntas invertidas de los pies hasta la misma braga, que don Niceto tenía delante de los ojos, como una inesperada aparición, invitándole sólo Dios sabía a qué. Un escalofrío le corrió por todo el cuerpo, de arriba para abajo, y otra vez hacia arriba, mientras que en su frente aparecían unas perlas de sudor. Tuvo que sujetarse al quicio de la puerta para no caer. Fue entonces que Dorotea se apercibió de su presencia. Se levantó alarmada, el estropajo en la mano, el cubo a los pies.

-¿Le pasa algo, señorito ?

El dio un paso vacilante y se agarró a ella, suspirante y sudoroso, como si hubiera estado a punto de desmayarse. Tan asustada estaba ella que ni siquiera se movió. Entonces él, dándose cuenta tal vez de lo ridículo de la situación, componiéndose un poco, se apartó y se fue al mirador, diciendo : - Nada, hija mía. Sentí como un vahido. Debe ser el corazón.

Era una de esas cocinas antiguas, espaciosas, con galería a un lado, una serie de cristalitos cuadrados siempre muy bien pulidos y un amplio visillo cubriéndolo todo. Contempló el sacerdote los tejados de las casas más próximas ; por encima se veía a lo lejos la torre de granito de la catedral, coronada por una estatua enorme del Sagrado Corazón de Jesús.

« Si pudiera algún día, » musitó, como para apartar de sí los malos pensamientos, « entrar en esa Santa Catedral ostentando ya el cargo que anhelaba para mí mi bendita madre, un verdadero Príncipe de la Iglesia. » Pero continuaba la imagen tentadora en la mente : ese cuerpo hermoso, esas formas de mujer madura prometedoras de tanta delicia, las generosas carnes, la redondez de esos muslos, la goma de la braga sujetando bien alta la falda. ¡Aha, poder ponerse de rodillas en el suelo detrás de esa hermosura, desnudarla poco a poco y apretarla bien, acariciar el ombligo con los dedos de una mano, y con la otra los pechos, uno y otro, un movimiento circular de la muñeca ; agacharse aún más, como un felino, besar, morder, sentir esos pelitos de seda en la cara, en los labios, la lengua, la dulzura de su sexo, ese enjambre de placer ! « ¡Oh Señor, Cuerpo de Cristo ! » rezó, invocando auxilio, « dirígame por el camino del bien, no me dejes caer en la tentación, libérame de esta obsesión. »

Drotea entre tanto, pensando que el señorito había tenido una mala digestión, se había puesto a preparar una infusión de manzanilla en el fogón. - En seguida estará - dijo, y se extrañó de ver que su voz sonaba falsa. - Verá como se siente mejor.

El siguió rezando. « ¡ Señor, por tu Santa Espina, no me abandones ! ¡ Ayúdame, Jesús, y yo pondré mi corazón fijo en Ti, con pura voluntad de sufrir por Ti todo cuanto viniere ! ¡ Ayuda a tu Siervo ! » El Señor Jesucrito, desde la torre, le miraba silencioso, los antebrazos alzados, tocándose con los dedos el corazón de piedra. « ¡ Hágase Tu Voluntad y no la mía ! »

Esta escena se repitió varias veces en el curso de aquel verano. Siempre empezaba el pobre hombre pidiendo ayuda al Señor. « ¡Ayuda a tu Siervo ! » decía. « Indica a tu Siervo qué es lo que tiene que hacer, en vista de la misión encomendada. »

Pues era el caso que don Niceto Pérez Monasterio tenía una alta tarea que llevar a cabo, y no ha de entenderse que había mandado venir a Dorotea por su exclusiva voluntad o para su satisfacción personal : Dorotea iba a ser el instrumento de que se serviría para cumplir con su deber como español y como falangista.

Aun con todo, una vez que tenía bien cazado, por así decirlo, ese **instrumento**, quería estar seguro que los Cielos no verían aquello como una ofensa contra el Sexto Mandamiento de la Ley de Dios. Cuando don Niceto se hallaba en tal estado de incertidumbre, como el en que se hallaba ahora, solía encerrarse en su despacho, que hacía veces cuando era necesario de oratorio, y no salía de él antes de resolver la duda.

« Primero vamos a averiguar, Siervo de Dios, » se decía, de rodillas en su reclinitorio, «si estás en paz con Dios en tu conciencia. »

En efecto, era para él el rezo un puro desdoblamiento de la personalidad ; de un lado el alma, su parte espiritual, que llamaba a la otra, corporal, 'Tú, Siervo de Dios.' Y humillado de esta manera respondía el cuerpo, libre de todo dolor : « ¡Oh, Señor Dios, hágase Tu Voluntad y no la mía. »

« Pero dime francamente, » preguntaba el alma, «si todavía deseas ese **objeto** inmundo, lascivo para la satisfacción de algún instinto malsano, o si crees firmemente que Dios te ha encomendado una misión que tú específicamente tienes que realizar. »

Vivía aquellos momentos de desdoblamiento en un verdadero trance, tratando de trascender la materia del cuerpo, haciéndose espíritu puro. Era del espíritu que tenía que salir la respuesta.

« ¡ Siervo de Dios, contesta ! » volvía el alma a la carga. « ¿ Estás pensando hacer **eso** porque deseas carnalmente a un ser abyecto, una mujer viciosa, inculta y de una clase tan inferior a la tuya ; o lo haces para mejor llevar a cabo lo que se te ha encomendado ? »

Y si el Siervo vacilaba, o decididamente no respondía, se daba el penitente unos golpecitos en el pecho con gran dolor de corazón, y decía : « ¿ Qué es lo que está más primordialmente en tu mente y en tu voluntad, Siervo de Dios ? ¿ Es apetito carnal lo que te lleva a efectuar ese acto inmundo que sólo dura un instante, o es algo más sublime como el conseguir, cueste lo que cueste, la grandeza y dignidad de la Patria ? »

Al cabo de tres, cuatro horas (o las que fuera) de estar encerrado en su oratorio, salía don Niceto, cuerpo y alma, enteramente liberado de la duda, y dispuesto a llevar a cabo su misión para mayor gloria de Dios.

Así es como descubrió el Esclavo del Señor que era lícito entrar en tratos con Dorotea ; que no era aquello un acto inmundo sino un medio y una lucha para evitar que España cayera en el ateísmo.

Y fueron muchas las conversaciones que tuvo en la soledad del dormitorio con la asistente, la cual le contaba con peros y señales todo sobre los mítines en la ebanistería ; esas conversaciones que la quitaban el sueño, sobre revolución y lucha de clases, proletariado y todas esas palabrejas nuevas que tenían envenenados a los hombres, ¡ tontos, más que tontos !

Con tan buena informante, pues, podía luego don Niceto ir a sus reuniones con Redondo, Girón, Ledesma y Beltrán, que se celebraban periódicamente en el Cuartel de Caballería Conde Ansúrez, y podía relatar

allí un sinfín de detalles sobre el catalán ese del barrio de Santa Clara, llamado Ferrer, sindicalista ; y sobre un estudiante de la FUE que hacía de enlace entre los obreros y los universitarios de ideas marxistas, y sobre un diputado de las Cortes, socialista, llamado Cabello ; y sobre un hombre ya mayor de edad, que venía con una gorra de terciopelo verde, que había estado en Rusia, y era cuadro del partido comunista ; y sobre las reuniones secretas que todos ellos tenían en un café de aquella misma calle, llamado 'Katuska.'

## CAPITULO 27

Entre tanto la historia seguía su curso. Dos años estuvieron las derechas en el poder. **Bienio Negro** lo llamaron en toda la nación. El resultado del relativo triunfo en las urnas de la reacción fue claro : los poderosos devinieron más ricos, más exigentes ; los pobres cada vez más miserables y abandonados.

Bandadas de mujeres y niños de obreros sin trabajo, vestidos de harapos, descalzos, recorrían como una maldición apocalíptica las grandes ciudades, implorando la caridad y suplicando la entrega de alimentos en los comercios y a la entrada de las mansiones de los afortunados. La fuerza pública, a pie y a caballo, les dispersaba usando porras y matracas sin piedad. Los miembros de las clases distinguidas, pudientes, tenían que evitar el contacto, apartaban la vista de tanto dolor y tanta pobreza.

España había vuelto a ser un *cuerno de fortuna* del que podían chupar unos pocos, un país en el cual, según un dicho popular, aquellos que no comen se matan a trabajar para que llenen bien la barriga los que no trabajan.

Y aun seguían apretando los ricos, querían más, exigían más concesiones y privilegios, tenían que explotar todavía más a los trabajadores, que habrían de contentarse cada vez con menos. ¡Lo de siempre, la miseria en medio de una grande ostentación !

Se celebró el concurso de elegancia automovilística en la Acera de Recoletos, con champán y muchas risas : se hicieron fotos de damas elegantes y galanes en atuendo de pilotaje ; luego hubo bailes, banquetes, concursos de belleza y otros acontecimientos, exclusivamente para una parte, la menos numerosa, de la población, mientras la inmensa mayoría sufría toda clase de privaciones e injusticias.

El orden social seguía alterándose, y eran los pistoleros de Falange los que en todas partes daban el tono. Frente al triunfo de las ideas marxistas en la universidad y en las fábricas, los facciosos organizaron sus milicias, tan de naturaleza criminal, que ellos mismos las dieron el nombre de **Falanges de la sangre**. Se alquiló el campo de deportes de La Rubia, a orillas del Pisuerga, donde los falangistas se entrenaban en ejercicios marciales, tiro e instrucción militar. Una o dos veces, aparatos del aerodromo militar de Villanubla pasaron volando a muy poca altura, y entre los pilotos y algunos de los facciosos se cambiaron saludos.

Onésimo Redondo personalmente (con el dinero de su papá) organizó unas marchas, calificadas oficialmente de deportivas, en las que cada domingo se congregaban los fascistas en determinados puntos de las afueras de la ciudad, y en perfecta formación militar se dirigían a los pueblos más próximos, donde trataban por todos los medios de ganar adeptos entre los campesinos con promesas y dádivas. Y Redondo aprovechaba la ocasión para dar en cada pueblo uno de esos venenosos discursos que constituían su especialidad.

Sobre estos ejercicios militares decía una tarde a sus amigos Ramos y Beltrán: - Son simples marchas de entrenamiento para excursiones futuras de más envergadura. Lo que sí os digo es que sin ellas, sin estos entrenamientos no hay espíritu nacional-socialista posible, ni aquí ni en ninguna parte. ¡ Ahí tenéis a Alemania !

Estaban saliendo los tres de casa de don Niceto, y llevaba cada uno una pistola en el bolsillo, y Redondo cargaba además con un maletín de cuero que contenía algo muy pesado. Torcieron hacia la Calle Esgueva. En una esquina había un auto esperándoles. En él se dirigieron a la universidad donde se planeaba una contramanifestación fascista : el rector había cerrado los locales del FUE progresista y se los estaba otorgando al SEU de la Falange. Y los estudiantes habían manifestado contra esa

decisión. Aquella noche hubo tiroteos y estallidos de bombas en varias partes de la ciudad.

A los pocos días publicó Onésimo su obra maestra, que concluía así :  
« Repetimos una vez más que el porvenir de España es un porvenir de guerra. Se aproxima una situación de violencia absoluta, porque los fermentos de lucha social y los objetivos rojos de una revolución política cruenta ganan rápidamente terreno y conquistan día tras día la adhesión de la mayoría definitiva del proletariado español. Es inútil querer aliviar la visión de este panorama con miradas dulces a Lerroux, o llamando a la guardia civil en auxilio de nuestro miedo. Dígase de una vez si es o no cierto que las masas obreras se dejan ganar rápidamente por alguna de las ramas marxistas, y si está claro que fatalmente van pasando del socialismo al anarquismo o al comunismo, aplaudiendo más a quien mayor crueldad en la lucha pregona y mayor botín de guerra ofrece. Y dígase si es o no cierto que hasta ahora no existe movimiento político alguno que arranque eficazmente la masa obrera por docenas de millares como sería preciso, de los cuadros de la revolución roja o negra, cuyo avance contra la sociedad y el estado existente es paralelo y aun armónico. En una palabra, el proletariado español en general está conjurado para echar por tierra lo que existe, y no hay nada eficaz preparado para resistir. Es una locura, propia exclusivamente de elementos tan mentecatos y cobardes como la sociedad burguesa y la opinión liberal española, pensar que a todo el proletariado de un país, o si no se quiere esto, a millones de trabajadores alistados en un fanatismo bien alimentado de orientaciones destructoras, se le puede contener con la oposición de la policía, manteniendo un régimen político de complicidad revolucionaria de Kerenskis como es el actual, y unas costumbres burguesas confiadas y alegres como las que imperan entre nosotros. La guerra se avecina pues ; la situación de violencia es inevitable. No sirve que nos neguemos a aceptarla, porque nos la impondrán. Es necio rehuir la guerra cuando con toda seguridad nos la han de hacer. Lo importante es prepararla para vencer. Y para vencer será preciso incluso tomar la iniciativa en el ataque. La sociedad amenazada debe hacerse estas reflexiones : ¿Estamos amenazados de perder - y aun

perdiendo ya - nación, religión, familia, tranquilidad y hacienda ? ¿Merecen estos bienes que luchemos para defenderlos ? ¿Conocemos al enemigo ? Contestamos estos interrogantes con rápida afirmación : no toca sino decidirse a la lucha. La lucha pide el sacrificio necesario para la victoria. Los elementos de guerra, ya se sabe, son dos : hombres y dinero. »

Dinero no les faltaba, naturalmente. Tenían el apoyo de la nobleza monárquica, la burguesía industrial y comercial, el alto clero siempre tan tradicionalista y de una serie de bandidos y contrabandistas famosos. Y para sacar aún más hacían viajes los líderes de los varios partidos de extrema derecha a Roma y a Berlín.

Los que estaban representados en las Cortes, como Renovación española y Ceda, daban fiestas benéficas, grandes cenas con colectas. Grupos de bellas y gentiles muchachas de Acción Católica salían a postular los domingos en las calles del centro, siempre protegidas por los guardias, por si acaso. Grandes damas de abolengo, esposas de diputados, generales y ministros, elegantemente vestidas, en centros amueblados con mucho esmero, agradabilísimos y ultramodernos, predicaban la paz social y la armonía de los estamentos, como lo mandaban las encíclicas de la Santa Sede, y pasaban luego la bandeja entre las asistentes para aumentar los fondos de los campeones antimarxistas que en las Cortes hacían una magnífica labor. Y el resto iba a los pistoleros fascistas.

De una de estas reuniones nobilísimas, realizada en la capital de España, decía el editorialista del periódico monárquico ABC : « Seguían animadas discusiones, murmullos aquí y allá de voces exquisitamente femeninas enzarzadas en activísima charla política y social. En un rinconcito de roja tapicería en los muebles, se hallaba la ilustre Condesa de Rodezno, dama pausada, cultísima, cuyas actuaciones eran seguidas con gran interés de toda la gente de bien, no sólo en Madrid, sino también en todas las capitales de provincia. »

Sobre todo en la católica capital de Castilla, donde la madre del falangista Gonzalo Beltrán decía en un corro de amigas distinguidas, nobilísimas : - ¡Ay, pues teníais que haber visto el salón de María Rodezno ! - En efecto, doña Crisóstoma Jiménez, esposa del diputado don Máximo Beltrán, volvía a su tierra natal después de haber pasado una temporada en Madrid.

## CAPITULO 28

Se produjeron revoluciones más o menos espontáneas, mejor o peor preparadas en casi todo el país. La más importante tuvo lugar en Asturias, que abortó miserablemente y terminó con las matanzas de las minas y los pueblos por las tropas **africanistas** del general Francisco Franco, y el encarcelamiento de numerosos dirigentes sindicalistas y líderes de los partidos de izquierdas. La República, que había sido saludada en 1931 como « la inmaculada », porque había sido implantada, como expresión de la voluntad general, sin un tiro ni una gota de sangre, había terminado por convertirse en la expresión sanguinaria de la reacción.

- ¡ No basta ! - decía Onésimo Redondo un domingo por la mañana a sus íntimos amigos Gonzalo y Ramiro. - La lucha continúa, y no tenemos que dormirnos en los laureles.

Iban los tres en el Balilla, conducido por un chófer a sueldo del grupo monárquico con mayor representación en las Cortes. Se dirigían a un pueblecito de la provincia, Castrillo de Duero, donde iban a congregarse los falangistas y jonsistas de la comarca, con entrenamiento de milicias.

- ¿ Vosotros os creéis - continuó Redondo - que ya ha pasado el peligro ? Pues estad atentos. No hay que parar el ataque hasta haber extirpado por completo el virus marxista ; una ínfima porción del maligno humor que se deje en el cuerpo social, y ya está otra vez reproduciéndose y propagándose a la velocidad del rayo. Tenemos que decir a los jóvenes de la España sana que estén dispuestos a luchar contra el comunismo ateo y materialista. Aún más, tenemos que decirles imperativamente : ¡ preparad las armas, aficionaos al chasquido de la pistola, acariciad el puñal, haceros inseparables de la estaca vindicativa ! La salud del pueblo va a necesitar de nuestro coraje. La puerca pretensiones de los que están cegados por

el opio marxista harán precisa una violenta acción purificadora. Os digo que llegará el día de luchar en vanguardia contra esos cerdos que envenenan el aire nacional. - Hizo una pausa. - ¡ Bendito ese día, si amanece pronto !

-Pues, a ponerlo en obra - respondió Ramiro Ledesma.

Y Gonzalo Beltrán añadió : - Con mucho gusto. Pero, oye, no os da miedo..., bueno, precaución, el desencadenar una guerra... vamos... ahora que tenemos la posibilidad de conseguir el gobierno de derechas que estamos buscando..., es decir, sin radicales ni cortapisas..., un gobierno de renovación nacional, y que luego, bueno, un simple golpe de estado..., ya me entendéis.

A lo que respondió el líder : - Hoy han desaparecido los ministros socialistas, y algunos de ellos ya están como sabéis en chirona. Y parece que los radicales, como tú dices, Gonzalo, van a durar poco. - Respiró fuerte y prosiguió : - Pero el socialismo está aún vivo, sigue mandando en las calles y en las Casas del Pueblo. Eso hay que extirparlo. - Otra pausa. - La guerra es inevitable. Tenemos que estar dispuestos a morir por la unidad de la patria, una patria cristiana. ¿Qué importa un gobierno de derechas si se mantiene la nota separatista? ¿No lo estáis viendo, que incluso en Valladolid hay lugares en que el grito de ¡ Viva España ! es subversivo ? Y no, no es posible aceptarlo. Por todo ello este gobierno ha de dar paso a un régimen de autoridad. Por la fuerza, que quede bien claro.

## CAPITULO 29

Al comienzo de 1936 la situación política y social había empeorado en toda España de tal manera que en las mismas calles, las plazas y los mercados, en las tertulias de tabernas y cafés, de balcón a balcón o ventana a ventana, todo el mundo hacía la misma pregunta : -« ¿Habrá guerra ? »

El pueblo sufría toda clase de privaciones y miserias. En las Cortes y fuera de ellas ya abiertamente pedían las derechas el fascismo : ninguno quería quedarse atrás en eso de pedir un régimen de autoridad que siguiera el ejemplo del nacional socialismo alemán o el facismo italiano : los señores Gil Robles, de la Ceda católica, Calvo Sotelo, de Renovación española monárquica, Primo de Rivera de la Falange, todos pedían lo mismo.

« Recordando lo que fuimos y lo que somos, » discursaba uno de ellos, « y reparando las humillaciones que nos imponen solemnes tratados internacionales, arrebatándonos sin piedad lo ganado y civilizado con la sangre y por el esfuerzo de ilustres antepasados, nos damos cabal cuenta, explicamos, comprendemos y perdonamos hasta los excesos de un Hitler que dirige y personifica a más de sesenta millones de corazones unidos en lo que estimamos su legítimo amor patrio. »

Precisamente para ver a Hitler y recibir promesas de ayuda hacían los líderes monárquicos y facciosos continuos peregrinajes a Berlín, haciendo escala en Roma o viceversa. Pues desde la abortada sublevación del general Sanjurjo se habían dado cuenta las derechas de que ellas solas no podrían combatir victoriosamente al pueblo, incluso teniendo, como tenían, la ayuda de los elementos más corrompidos del ejército.

Una parte del partido Radical decidió apartarse del gobierno ; el cual actuaba cada vez más descaradamente como agente y sostén de la reacción. La Ceda reclamó entonces todo el poder, y al no conseguirlo, retiró su apoyo al gobierno que cayó en consecuencia. Nuevas elecciones fueron convocadas para el mes de febrero de 1936.

-Si somos derrotados - declaró Onésimo Redondo en una concentración de escuadristas de Falange Española de las Jons, - saldremos a la calle tirando tiros.

Las nuevas elecciones, que tuvieron lugar el día 16 de febrero de 1936, constituyeron un rotundo triunfo para las izquierdas, que por primera vez habían ido unidas a las urnas, formando un Frente Popular, opuesto al Frente Nacional de unión de todas las derechas.

Incluso antes de que los ganadores pudieran formar gobierno todos los reaccionarios del país, incluidos aquéllos con representación parlamentaria, empezaron a pedir a los militares, abiertamente ahora, que « entablaran un movimiento de sana y santa rebeldía. »

De hecho, no se conocía aun el resultado completo de las elecciones, la proporción de la victoria izquierdista, y ya estaban los diferentes caudillos de las derechas haciendo anuncios formidables de estar dispuestos a tomar por la fuerza lo que no les diesen las urnas, a fin de salvar a España.

Llegó el momento, pues, que habían estado esperando Onésimo Redondo y sus amigos.

## CAPITULO 30

El día 17 de febrero, nada más comer, dejando a los niños con una vecina, se dirigieron Lucio y Dorotea a la Casa del Pueblo a fin de enterarse cuanto antes del resultado de las elecciones, pues ya hacía tiempo que habían tenido que vender la radio. Hacía meses que Dorotea había perdido su puesto de asistente, y a su marido ya nadie le daba trabajo.

Las calles estaban llenas de panfletos políticos de última hora y octavillas con las listas electorales. En la fachada de un edificio de la Calle Santiago había un enorme yugo y cinco flechas, emblema de la Falange, pintado en negro, y las palabras « por Dios y por la Patria ». En las fachadas de las casas y en todos los edificios públicos y monumentos se veían pasquines de todas las clases y de todos los colores, en los que figuraba a menudo la inatractiva figura del Jefe de la Ceda, Gil Robles, en diferentes posturas. Las derechas, unidas en un bloque electoral, habían esperado que fuese éste quien formara el próximo gobierno.

Había un gentío enorme a la entrada de la Casa del Pueblo. Todos seguían atentamente las diferentes informaciones que llegaban por todas partes. Según la tarde avanzaba iba reflejándose en las caras de los concurrentes un sentimiento de alegría, al principio tímido, como si todavía no pudieran creer lo que estaban oyendo, y después franco y abierto, una expresión de gozo que desbordaba de todos los corazones. Estaban ya ciertos del triunfo del Frente Popular. La cuestión ahora era saber cuál sería la proporción.

En seguida, un sentimiento de nerviosismo, de agitación general, sana y espontánea, tomó poco a poco posesión de toda la multitud de trabajadores y demócratas congregados a la entrada de la Casa del Pueblo. Todas las miradas se volvían hacia la puerta del edificio, de donde

salían de cuando en cuando algunos militantes obreros para anunciar el triunfo del Frente Popular en tal o cual capital de provincia o cabeza de partido o pueblo de importancia. Empezaron entonces los gritos y aclamaciones. « ¡Viva la República ! » « ¡Viva el Socialismo ! » « ¡Viva Azaña ! » « ¡Viva Largo Caballero ! »

La gente respondía con un « ¡Viva ! » muy alto que retumbaba en toda la calle. Y de nuevo los gritos de triunfo : « ¡Viva el Frente Popular ! » « ¡Viva Asturias ! » « ¡Viva ! »

Hubo un momento de decepción al saberse que Valladolid constituía una de las pocas excepciones, entre las capitales de provincia, donde la alianza de las derechas había salido triunfante. Pero ni siquiera esto pudo ahogar la explosión de entusiasmo popular. La gente corría de una parte a otra, abrazándose y dando otras demostraciones de alegría.

-¡Qué felicidad, Lucio ! Ahora sí que ha empezado la verdadera república - decía Agapito, abrazando al ebanista.

-Dios lo quiera - respondió éste, con un gesto de desconfianza.

-No seas pájaro de mal agüero - le dijo el carbonero, corriendo a abrazar a las hermanas Serafina, Zita y Teodosia, que venían juntas a enterarse también de los resultados. Luego se quedó besando y alzando en vilo a su adorada Zita, la cual pensó que no había visto a su novio así de alegre hacía siglos.

-Bien, vámonos - dijo Dorotea, agarrando a su marido del brazo, - aquí ya no pintamos nada.

-Espera un poquito. A ver si sale Ferrer y nos cuenta algo - le contestó Lucio.

-¿Qué prisa tienes ? - añadió Zita, agarrando a su vez a su prima.

-Ya ves - respondió ésta. - He dejao a los niños con la señora Amparo. ¡Conque si tengo prisa ! Ya está bien de abusar, ¿no ? Que llevamos aquí un montón de tiempo. Y hace un frío que pela.

-¿Qué más da ? Un día es un día - dijo Zita - y si hace frío te lo aguantas. - Se volvió a su novio ; le habían entrado ganas de reír. Estaban ella y Agapito besándose todo el tiempo como dos adolescentes ; y en verdad que parecía Zita haber rejuvenecido en unos minutos diez años -.  
¡ Anda, ven ! Vamos a ver - gritó, tornándose una vez más a Dorotea.

Y es que había salido Ferrer del edificio. En seguida corrió Agapito a su lado. Les rodearon unos cuantos obreros.

-Es una España redimida que ha salido de las urnas, camaradas - decía el catalán excitadísimo. - La mayor parte de las circunscripciones... casi todas las capitales de provincia... así como cabezas de partido. Todo para el Frente Popular.

-¿No te olvidas de algo ? - le gritó un obrero con sorna.

-¿Qué ?

-Y Valladolid, ¿qué ?

-Eso es lo que yo digo- murmuró otro descontento ; - que se me cae la cara de vergüenza de ser de esta capital.

-¿Qué necesidad hay de desesperar, puesto que... ? - gritó Ferrer

-¡ Bah ! Si estamos en el lugar más reaccionario de España, hombre.  
¡ Qué ciudad ! ¡ Y no digamos nada de la provincia !

-No quita, camaradas, que globalmente hemos ganado. Lo importante es que habrá un gobierno democrático en España, no lo olvidemos. - Estaba el catalán en los peldaños del porche, desde donde había estado leyendo los últimos resultados a sus camaradas. En su cara se leían simultáneamente la alegría de la victoria y un extremo cansancio, consecuencia de no haber dormido nada en las últimas cuarenta horas ; parecía un gigante nórdico con su pelo rubio y su barba de tres días. - Valladolid ya se sabe - continuó - ha estado siempre y está todavía bajo el imperio de los curas ; en cuanto a la provincia, ya sabéis que en los pueblos impera el caciquismo.

Zita había corrido a unirse con su novio, arrastrando con ella del brazo a su prima, la cual echó los brazos alrededor del cuello de Ferrer, besándole en un carrillo. - Estarás contento ¿no ? - le dijo. - No te lo decía yo que iba a ganar el Frente Popular. ¡A ver lo que dura ! - añadió, arisca.

Antes de que Ferrer pudiera contestar, Lucio agarró del brazo a su esposa, tirándola hacia sí, al tiempo que decía : - Venga, vámonos. Que esto es una lata.

-Sí, Lucio, cariño. Además comienza a hacer pero que mucho frío.

Dorotea acababa de cumplir los treinta y dos años, y estaba muy hermosa. Se había arreglado el cabello en un moño, sencillo y apretado, lo cual le daba a la cara un aspecto de redondez, de pueblo, pero muy atractivo, con sus largas cejas negras arqueadas, los grandes ojos castaños, y su boca roja sensual. Llevaba un gabán verde oscuro, muy raído, y calzaba alpargatas de cáñamo, dejando ver una venda alrededor de uno de los tobillos.

Su marido, que tenía tres años más que ella, había envejecido considerablemente en los dos años de gobierno radical-católico ; su cabello, siempre corto y tan rizado, tiraba ahora marcadamente a gris. A la

cara un poco chupada que siempre había tenido se unía ahora un aspecto de profunda tristeza : era un rasgo de familia ; su padre, un pobre agricultor de la provincia de Orense, había sido un deprimido crónico, y así de chupado como él ; como también venía de familia esa afición a cerrar siempre un poco los ojos, cuando alzaba la mirada, como si fuese excesivamente miope. Llevaba en estos momentos una gorra muy vieja de proletario, unos pantalones de pana muy raídos y con parches, y un chaquetón de tres-cuartos que le había hecho la esposa (con ayuda de Zita) de un abrigo desechado del tío rico, « el viejo de la perilla, » como le llamaba él al tío Urbano.

- ¡ Hale, a otra cosa ! - dijo Doro, apretándose a Lucio, casi helada.

- ¡Ea, pues ! Vámonos poco a poco - contestó Lucio, dando una última chupada a una colilla amarillenta, tan pequeña que casi desaparecía entre sus grandes dedos de trabajador.

Tuvieron que irse abriendo camino entre los animados grupos de obreros que en gran número habían llegado a la salida del trabajo para celebrar el triunfo del Frente Popular.

-Ahora a consolidar la victoria - decía uno.

-La vigilancia se impone, camaradas - comentaba otro, sin duda militante de un sindicato o partido político.

-Defenderemos la libertad con las uñas y los dientes - añadió animado un tercero.

- ¡ Atiende ! Que he oído decir - decía otro - que los ricos ya están sacando el dinero al extranjero.

-Ese jodío contrabandista de Juan March de la Ceda dicen que cruzaba anoche la frontera que perdía el culo.

-Y como él, todos.

-Menudo son los ricos.

-Buenos estamos, entonces.

-Pues por mí, ya se pueden llevar lo que quieran si se van todos al diablo.

-Y que nos dejen en paz. Eso es lo que hace falta.

-¡Que nos dejen en paz, dices! Conque dicen que ya están preparando una rebelión armada.

-No me digas.

-¡A ver! Ya dicen que el general Franco, ése de Asturias, ha estado días atrás viendo al Presidente pa que declare el estado de guerra si ganan las izquierdas.

-¡No faltaba más! ¿Habrás visto cosa igual?

-¿Es que le tiene miedo al pueblo?

-Pues sí. Eso mismo. ¿No has oído tú eso? Porque temían al pueblo los escribas y fariseos hicieron que condenaran a Cristo a la muerte.

-¡La que se nos echa encima si no andamos con cuidado!

-¡Hombre!

-No os preocupeis, camaradas. Les daremos un palo a los facciosos si se mueven.

-Esta vez no se atreverán. La opinión internacional...

-¡Que te crees tú eso ! La opinión internacional. Conque dicen que Hítler y Mussolini ya han dicho que ayudarán a las derechas si hay guerra.

-Casi una invitación a que la haya, ¡ asesinos !

-¡ Camaradas ! ¿Qué militancia es éste ? ¿Os creéis que se puede ganar una guerra o lo que sea con ese espíritu derrotista ?

-Tiene razón el camarada. Sobre todo no hay que desesperar. ¡ Ahora que este triunfo inmenso nos va a dar un gobierno frentepopulista !

-Eso. Veamos las cosas con optimismo. Hoy es un gran día para todas las clases trabajadoras de España. Unidos venceremos.

-¡ Unidad, unidad !

Sin saber cómo ni cómo no, a la caída de la tarde se puso en marcha aquel enorme gentío, y pronto se transformó en una gran manifestación que recorrió las principales vías de la ciudad. Llegaron frente al ayuntamiento con pancartas y banderas en primera línea.

Alguien gritó : - ¡ Los presos !

Y en seguida de millares de gargantas salió el grito : - ¡ Amnistía !

Una comisión subió al ayuntamiento y fue recibida por un alto funcionario de la corporación. Del balcón central del edificio se izó una bandera tricolor.

Según se iba haciendo de noche, comenzábase a sentir aún más el frío, y al cabo empezó a lloviznar. El ebanista y su mujer siguieron con el grueso de la manifestación hacia la Plaza de la Fuente Dorada, y de allí a la Cuesta de la Libertad.

De la Calle Teresa Gil llegó otro grupo de manifestantes. Por el mono azul marino que llevaban los recién llegados, se dió cuenta en seguida la gente de su procedencia.

- ¡ Vivan los ferroviarios ! - se oyó una voz.

- ¡ Vivan ! ¡ Viva la república democrática !

- ¡ Viva ! ¡ Viva ! - vinieron de todos los lados las respuestas.

Se unieron los dos grupos. Hubo abrazos, entusiásticas aclamaciones y otras muestras de camaradería. - ¡ Hermanos proletarios - gritó alguien - unión ! - Y todos respondieron a coro : - ¡ UHP ! ¡ UHP ! ¡ UHP !

Terminaba ya el día. La lluvia se había transformado en aguanieve, y el frío era ahora inaguantable. Pero el entusiasmo no disminuía. Los representantes de las clases adineradas presenciaron la manifestación desde sus bellas moradas, detrás de cortinas y visillos, temblando y soltando insultos y suspiros. Habían sufrido aquellos dignos burgueses la más espectacular derrota en la historia de la democracia española, y estaban por el momento paralizados. Para su mayor desgracia e ignominia, las elecciones habían transcurrido en toda España sin incidente mayor ni alteración del orden público en ninguna parte, con disciplina en pueblos y ciudades, respetándose la Constitución, y con una elevada participación del cuerpo electoral.

Al entrar en la Calle de las Angustias, se pusieron los manifestantes a cantar la Internacional, algunos con el puño en alto.

« Alcémonos todos al grito  
« ¡ Viva la Internacional !  
« La Tierra será un paraíso  
« Patria de la humanidad.  
« Agrupémonos todos en la lucha final,  
« Y se alcen los pueblos con valor  
« Por la Internacional. »

Pasaron por delante de la iglesia y la casa rectoral. Dorotea alzó la mirada hacia el lugar donde había servido tantos años, primero de doncella y ama de llaves, y últimamente de asistenta. Vio la gorda silueta negra, medio escondida tras la cortina de terciopelo. Muchos pensamientos y recuerdos le vinieron al momento a la mente. El señorito estaría planeando una de las suyas, ¡ si no le conociera ! ¿ Cuánto tardarían él y los de su clase en levantar cabeza ?

« ¡ Bah ! - se dijo para sí, encogiéndose de hombros. - Para lo que les va a servir, todos esos planes, todas sus traiciones, ahora que el Pueblo tiene ya el Poder. »

Notando que don Niceto la había visto, sin apartar un instante los ojos del balcón, sintiendo en el alma un odio feroz hacia aquel hombre, pasó el brazo derecho por el hombro de Lucio, elevó muy alto el puño izquierdo y, soltando las palabras al tuntún, entonó la Internacional.

## CAPITULO 31

- “¿Quiénes son los elegidos de Dios, los que valoran más Su palabra divina o los que valoran más la perecedora palabra de los hombres?”

Imposible argumentar contra la misma evidencia, y el orador lo sabe: “España ha metido la cabeza debajo del alón, rechazando esta sublime verdad: que el hombre ha de buscar en todo una Instancia Superior.” Había que machacarlo, repetirlo una y otra vez, palabras, palabras.

No obstante los hechos se obstinaban en contradecir esa **sublime verdad**. España había ido a las urnas, y se había dado el resultado siguiente: doscientos setenta diputados del Frente Popular de izquierdas; ciento treinta y dos del Frente Nacional de unión de todas las derechas; y treinta y dos de diversos partidos del centro.

Era la Semana Santa, época bien propicia para tratar de convencer a “la muchedumbre de pavorosa uniformidad” que Cristo está con las “minorías selectas,” los que se exigen mucho y acumulan virtudes, siguiendo el ejemplo de Jesús Crucificado, que está a punto de resucitar, transformando una derrota temporal en definitiva victoria. “Porque Jesús nos reconforta y nos dice: ‘Ahora estáis tristes, pero llegará un día en que vuestra tristeza se trueque en gozo.’ Tiempo es que contemplemos las verdades de la Fe de Cristo que la Iglesia nos coloca como nutritivo pan en el hueco de la mano.”

Se extienden a los pies del orador las tres naves de la Santa Iglesia Catedral, doscientos pies de luz desde la entrada al altar mayor. La nave central, que mide cincuenta pies de latitud, está repleta de bancos ocupados por los más notables personajes de la comarca; y treinta y cinco pies mide cada una de las naves laterales, donde se apelotonan las masas. Las naves laterales tienen cuatro capillas con verjas de hierro y crestería dorada. No pueden verse los santos por estar cubiertos con paños color violeta y oro. En la nave mayor se alza un retablo dorado con estatuas también tapadas y columnas de festones de nubes y cabecitas de ángel.

Allí se halla el señor arzobispo, sentado en su trono y rodeado por el Cabildo catedralicio.

-“Pero no basta contemplar las verdades de la Fe, es preciso **vivirlas**. Si el Verbo divino se hizo carne es que quiere ser alimento que asimilemos para que podamos actuar en todo momento según los preceptos de la Iglesia por El constituida, es que quiere que **vayamos a El**.”

Inclinaban la cabeza en señal de asentimiento los dignos señores y sus flamencas esposas; alzaban las suyas por encima de los hombros de sus vecinos las gentes plebeyas que se amasaban en las naves laterales. A estos últimos van ahora dirigidas las palabras:

-“Guardémonos de aquellos que quieren arrebatar nos la Fe, de aquellos que se esfuerzan en limpiar a la Patria de su riqueza espiritual. Tenemos el derecho y el deber de guardar celosamente nuestras tradiciones religiosas, tan profundamente arraigadas en la Fe de nuestro pueblo. Vuestra presencia aquí, en este solemne día es ya en alguna medida el comienzo del Reino. No olvidemos que en otro tiempo habló Dios desde el Sinaí, entre rayos y truenos, dándonos la palabra que en la plenitud de los tiempos Su Hijo reinaría entre nosotros.”

Estaba a punto de terminar la solemne ceremonia. Los ínclitos varones y sus enjoyadas esposas saldrían reconfortados a la calle. En una España llena de peligros y amenazas, “una España temporalmente vaciada de su Historia”, había que armarse moralmente. Ahora sabían las selectas minorías que no podrían menos de salir victoriosos de cualquier trance, porque estaba Dios **con ellos**.

-“Quien me sigue no anda en tinieblas. Estas palabras son de Cristo. Y ¿no ha de ser necesario que nosotros procuremos conformar nuestras vidas a Sus enseñanzas? Y ¿es posible que El no nos devuelva pronto el Reino prometido? ¡Venid adoradores, venid y adoremos a Cristo Redentor!”

Y ya estaba el fervoroso pueblo castellano saliendo de las iglesias numerosas de la ciudad, llenando en seguida las multitudes los paseos y alamedas, las plazas porticadas, glorietas y otras vías públicas; los militares y los guardias vestidos de gala y aquéllos con el espadín; los eclesiásticos y miembros de las diferentes órdenes generalmente de negro, y los demás según el estamento social al que perteneciesen, pero todos tratando de aparentar. Algunos llevaban insignias en las solapas, medallas, medallones y escapularios al pecho, rosarios en las manos y otros muchos símbolos de fe. Había en la Plaza Mayor charlatanes, titiriteros, postulantes y vendedores de mercancías de más o menos valor, así humanas como divinas. En los hierros de los balcones se veían las palmas y ramas de olivo colocadas allí el Domingo de Ramos.

Se había ordenado que aquel día, Jueves Santo, habrían de permanecer cerrados los bares y las tabernas, los cines y otros espectáculos, así como, naturalmente, las fábricas y los talleres, las oficinas y los comercios. Todo a fin de que pudieran visitar los fieles los llamados Monumentos, altares iluminados, con Custodia del Altísimo, que en todas las iglesias y conventos se veían rodeados de flores y otros numerosos ornamentos. Había colas. Entraban en los templos hombres, mujeres y niños, y volvían a salir a la calle, y a visitar otro Monumento. Se destacaban en todas partes los jóvenes de Acción Católica, de los Luises, de los Kotskas, y niños que aspiraban a serlo, con sus insignias de 'aspirante' al pecho. Venían también, acompañadas de monjitas, las niñas de las escuelas de postín, tocadas y en uniforme azul marido, todas entonando el "¡Jesús te adoramos!" Abundaban los oficiales de caballería, marchando del brazo de 'majas' de abolengo, al retintín de sus espuelas doradas, y otros caballeros de clases selectas, también con sus enmantilladas mujeres del brazo, ellos con sombrero y bastón, ellas con el misal y el rosario en la mano.

Durante todo el santo día, las más distinguidas de entre las damas de Acción Católica presidían en todas las iglesias, siguiendo rigurosos turnos,

las mesas petitorias, cuya función era recoger en bandejas de plata las contribuciones voluntarias de los fieles, especie de diezmos y primicias, cada cual según su bolsillo y voluntad.

En la Santa Iglesia Catedral asimismo se iba a celebrar aquella tarde la ceremonia del Lavatorio. Se hallaban sentados en sillas tapizadas doce pordioseros humildes que iban a representar a los "Discípulos del Señor" y que habían sido traídos de todos los suburbios. Estaban separados de los demás mortales por un grueso torzal de seda color granate sujetado en ocho pedestales de reluciente cobre. Con ellos, en el medio del cerco, se hallaba un sacerdote coadjutor y dos o tres sacristanes (uno de ellos a los pies de los humildes 'doce Apóstoles', restregándoles bien los pies con estropajo y jabón.)

-Venga, sacristán – susurraba el eclesiástico, frotándose nervioso las manos -, no escatime la colonia, hombre, no sea usted roñoso, que no debemos incomodar a Su Eminencia.

En el atrio, paso obligado del desfile de los fieles que iban a postrarse de hinojos delante del Altísimo, se hallaba la elegante mesa petitoria presidida, a aquella hora, por doña María Cristina, hija de un Grande de España y casada con un famoso abogado de Valladolid. Con ella estaban otras dos distinguidas damas y, ayudando en tan aristocrática mesa, dos monjitas Hijas de la Caridad.

Pasaban por delante de esta mesa, atraídas por el abalengo de las damas postulantes como moscas a la miel, toda clase de gente menesterosa, especialmente mujeres, que se paraban un instante para contemplar a tan ilustres personajes y admirar sus alhajas, el esplendor de sus vestidos, la excelencia de sus modales, la exquisitez de sus manos; absorber, en suma, algo de su grandeza; olerlas bien, ya que no podían tocarlas, esas esencias exóticas: Myrurgia, Maderas de Oriente, Heno de Pravia, Roma, Londres París. Algunas de las mujeres incluso se

persignaban delante de doña María Cristina antes de soltar su perrachica en la bandeja de plata.

-¡Triste cosa es ser pobre! – comentó por lo bajo dicha dama presidenta, mirando con desprecio las de perrasgordas y perraschicas que iban dejando las más menesterosas de entre estas beatas.

-Anhelan las pobres ostentar nuestro abolengo. ¡Ay Señor, si no pueden! – respondió una de las co-presidentas.

Y añadió la tercera: - Espero que aprendan de nosotras por lo menos, de nuestros modales y fervor religioso. Y que se conformen en su estado, satisfechas de saber que, lo mismo que en nosotras admiran, podrán **ellas** alcanzar un día en el más allá.

-Si son buenas y respetan el orden establecido por Dios – completó una de las dos Hijas de la Caridad que con ellas en la mesa estaban -; que lo anhelado se obtiene unas veces en esta vida y otras en el Paraíso, ¡no hay que ser impaciente!

Cuando terminó su turno en la mesa petitoria, doña María Cristina se acercó al lugar donde estaban aguardando todavía los pordioseros a quienes el Señor iba a lavar los pies. Quería verlos, admirar una vez más la paciencia y resignación con que esas almas humildes llevaban su pobreza, haciendo ofrenda de ella al Altísimo.

Al cabo hubo una gran conmoción en la parte del altar, salió su Eminencia de la sacristía, seguido de numeroso séquito de eclesiásticos, civiles y militares. Metióse el Arzobispo en el cerco del Lavatorio y, sin doblar mucho el espinazo, fue dejando caer una gotita de agua bendita en el empeine de cada uno de los doce 'apóstoles', y desapareció tan rápido como había llegado: un sacristán con un lienzo ceñido al cinto iba haciendo ademán de secar los lavados pies, y en el bolsillo de cada uno de los

espantados Discípulos del Señor iba introduciendo una peseta de plata el sacerdote coadjutor.

A la caída de la tarde tuvo lugar la procesión de la Sagrada Pasión de Jesús y de Su Santa Muerte. Empezó con un desfile del Regimiento de Caballería Farnesio, lanceros en uniforme de gala, con jabalina calada y plumas al aire, entonando sus trompetas. Venían detrás los barrenderos recogiendo en unas espuertas los boñigos de las caballerías. Seguían guardias y militares en uniforme de gala, damas con altas peinetas y mantillas; sacerdotes y monaguillos con sus cruces e incensarios que arrojaban al cielo olorosas espirales de humo; los cofrades de las distintas hermandades con insignias, cada uno con un cirio encendido, para alumbrar el camino de las fervorosas mujeres enlutadas que a sus lados se atrastraban con los pies desnudos; y varones insignes que igualmente habían hecho voto de humildad (o cualquier otra cosa) para la ocasión.

Vinieron a continuación los encapuchados, con sus túnicas y medallones, sus hachas y sus blandones, cada cofradía una escuadra, diferenciándose unas de otras por los colores de las túnicas y capuchones. Otros cofrades venían desfilando entre los Pasos de estatuas del Señor y de los Santos, labradas por los mejores imagineros castellanos del Siglo de Oro, cada Paso la representación de un momento de la Pasión del Señor camino del Calvario.

Descansaba cada Paso en los hombros de veinte fornudos cofrades, cada uno con una mano en la barra, aguantando las andas, y en la otra un palo con horquilla, para sujetar las andas durante los descansos. Los balcones de las casas y las aceras de las calles por donde iba a pasar la comitiva estaban abarrotados de gente, todos en fervoroso silencio.

Lucio y Dorotea habían venido a ver la Procesión en casa del tío Hipólito. Compartían uno de los dos balcones que daban a la Plaza de la Fuente Dorada con la prima Serafina, y su esposo Roque, el cual lucía aquel día su flamante nuevo uniforme de brigada.

Dorotea acababa de salir al balcón cuando justamente empezó a deslizarse por la calzada el Paso que más le gustaba, el de la Flagelación del Señor, con los soldados romanos agrediendo a Jesús y Pedro defendiéndole tan valiente con la espada en alto.

Luego vino el Paso de la Elevación de la Cruz, los soldados tirando de las cuerdas, como poleas, y Simón de Cirene empujando el madero hacia arriba con el hombro para levantar al Crucificado y fijarlo por tierra. Siguió el Paso de las Siete Palabras, tres cruces en el Gólgota, monte de las calaveras, en el medio Jesús Dios y a los lados los ladrones.

No aguantó más Dorotea. Pasó al otro balcón, donde estaba la prima Teodosia con su padre y los dos huéspedes, uno de ellos Santiago. Como no podía darle a la lengua, pues no hubiera sido ello bien visto en una procesión silenciosa, y estaban los balcones de al lado llenos de gente, se volvió a meter en el piso, a charlar con su amiga Zita que, influída por su novio, había dejado de interesarse, ya hacía tiempo, en supersticiones y creencias religiosas. Y cuando volvió a salir al balcón, ya sólo quedaba el Paso del Descendimiento. Jesús había muerto en la Cruz. Al pie de ésta se hallaba José de Arimatea, que había cedido el terreno en que iba a recibir sepultura el Nazareno; y subidos a la Cruz, en sendas escaleras, había dos criados que habían desprendido ya los brazos del Crucificado y desclavado sus pies. Se tuerce el Cuerpo de Jesús según van bajándolo los dos a tierra, donde se hallan esperándolo Juan el discípulo amado y tres mujeres, la Magdalena, Marta y María. El rostro de esta última muestra el dolor profundo, acerbísimo, intenso, infinito, expresión acabada del sufrimiento, de la angustia de una mujer que ha perdido a su hijo y que además de madre es Madre de Dios.

## CAPITULO 32

Y al tercer día resucitó: las potestades del infierno habían sido derrotadas, y había ascendido el Cuerpo de Cristo Resucitado al Cielo. Un enorme gentío llenaba las plazas, calles y plazuelas de la ciudad aquel Domingo de Resurrección de 1936. En el aire azul el continuo repiquetear de las campanas de un centenar de iglesias, anunciando la Buena Nueva. La Plaza Mayor, sobre todo, se hallaba muy concurrida. Paseaban los vallisoletanos bajo los soportales, o sentábanse en los bancos de piedra al sol, o hacían corro contemplando a los charlatanes que anunciaban las virtudes milagrosas de tal o cual pócima o unguento o vendían las más estupendas navajas de afeitar. Había igualmente chamarileros y vendedores de escapularios, rosarios, estampitas y tarritos de agua bendita para que fueran los fieles rociando las paredes de las casas para ausentar a los demonios.

Los elementos de las clases privilegiadas ocupaban los sillones de mimbre de las terrazas de los cafés, el Café España, el Círculo Militar y uno o dos más. Se hallaban en el Café Cantábrico, como de costumbre, los falangistas, intercambiando ideas mientras tomaban el aperitivo antes de ir a casa para el almuerzo. Era el asunto de la conversación el de “la ingente tarea de reformar a España; y era el licenciado Gonzalo Beltrán Jiménez quien en estos momentos tenía la palabra.

-Pretender que la masa pueda actuar por sí misma – decía – es rebelarse contra el destino eterno de la nación. La plebe ha de entender que el hombre es un ser constitutivamente forzado a buscar en todo una Instancia Superior.

-Y eso significa – añadió uno de sus compañeros – que el espíritu religioso, clave de los mejores triunfos de nuestra historia, sea respetado y amparado como lo merece.

Eran todos ellos universitarios, afiliados al nuevo sindicato de extrema derecha SEU. Pronto se unió a ellos un hombre de mediana edad que, como ellos, llevaba la camisa azul del partido.

-Ya lo ha dicho José Antonio – señaló el recién llegado en cuanto fue informado de lo que se estaba hablando -, “consideramos que el hombre es portador de un alma, que puede perderse o salvarse.”

Era medio filósofo este individuo, y colaboraba activamente en los llamados ‘círculos de estudio’ de su compañero Onésimo Redondo, en cuyos periódicos publicaba artículos que eran aclamados por algunos intelectuales de la ciudad. Al cabo sacó del bolsillo de su americana unas cuartillas y se dispuso a leer algunos párrafos de su último libro, que estaba siendo editado en Madrid. Antes de comenzar la lectura, elevó el brazo derecho en el aire y produjo un chasquido con dos dedos, llamando a un limpiabotas para que le fuera sacando brillo al calzado.

-Hablabais de minorías selectas, ¿no es eso lo que habéis dicho? – empezó, sosteniendo las cuartillas en una mano y atusándose el bigotillo con la otra -. Pues bien, prestadme atención: “El hombre selecto es selecto porque se exige más que los demás, y logra cumplir en su persona exigencias superiores.” Por ahí es por donde hay que empezar, ¿me entendéis? “Es indudable que la división más radical que cabe hacer de la humanidad es ésta: hay criaturas superiores y hay criaturas inferiores.” Pero atención, camaradas, eso no es todo, está el **esfuerzo**, porque “sin esfuerzo de perfección, el individuo va a la deriva. La historia está hecha de retrocesos de este orden.” No necesito hacerlos la demostración de esto, pues está claro que es eso lo que nos pasó durante los días que precedieron a las elecciones. Y ¡ahí está el resultado!

Asintieron los cinco jóvenes como un solo hombre.

-Y ahora, escuchadme bien – continuó el maestro -, porque lo que sigue lo he discutido con Primo de Rivera, que lo ha específicamente

aprobado: “Para que los españoles podamos vivir como personas es preciso el mejoramiento de la condición social. Sí, ello es condición *sine qua non*. ¿Lo comprendéis?

De nuevo los falangistas asintieron, haciendo un par de ellos comentarios de un tono simple y adulator.

-Y ¿estáis dispuestos a trabajar para educar a las masas? – aguardó un momento, y continuó la lectura, bajando la voz -: “Y queremos por último, que si todo esto ha de lograrse en algún caso por medio de la violencia, no nos detengamos ante la violencia.” - Dobló cuidadosamente las cuartillas y volvió a metérselas en el bolsillo -. ¿Os habéis enterado?

Todos dijeron que sí, y uno de ellos, mirando con recelo al limpiabotas, preguntó al maestro con los ojos: si no se habría enterado del mensaje igualmente aquel muchacho.

El otro, que además de la amplia frente de intelectual, tenía los ojos crueles de un sádico, bajó la mano a la altura del limpiabotas, y le pellizcó en el carrillo -: No os preocupéis, que no ha entendido nada: son como animales – dijo, y pagándole con un par de monedas al chico, despidióle, empujándole con saña.

Otro de sus acompañantes se apresuró a añadir: - ¡Vive Dios ! ¡Qué gentuza estos proletarios ! Deshonoran a la raza.

Aconteció que en aquel mismo momento pasaban por delante del Café Cantábrico unos sindicalistas obreros y estudiantes de la FUE marxista que habían salido de un mitin en la Casa Consistorial. Se hallaba entre estos militantes de izquierdas el gigante Casimiro Ferrer, el cual agarrando al señorito por los hombros y poniéndole de pie de un tirón, le gritó a bocajarro : - A ver, ¿quieres repetir eso de los proletarios y la raza, a fin de que lo podamos oír todos bien ?

El joven, acobardado, no osó abrir la boca.

-Endeble espantapájaros - escupió Ferrer las palabras. - Vamos, di conmigo, ¡ Viva la República !

El otro vaciló un instante, y era tal su miedo que rompió en sollozos.

-¡Vamos ! - le gritó de nuevo el obrero, que le agarraba por las solapas.

Fue el más viejo de los falangistas que respondió por su discípulo : - Si nosotros estamos por la república, amigo - dijo, tratando de aparentar confianza, - yo el primero. Vamos - indicó a los otros ; y todos chillaron :

- ¡ Viva la República !

### CAPITULO 33

Una tarde del mes de mayo, cuando volvía de hacer unas compras, la joven Zita Martínez Platero tropezó en el portal de su casa, en el Callejón de los Boteros, con un hombre que tenía pinta como de haber participado en una pelea : su cabello estaba alborotado y sucio como de sangre coagulada; las mismas marcas se observaban en la americana, que estaba en parte desgarrada. Le costó trabajo reconocer al primo hermano de Dorotea, el mayor de los Beltranes de Tordehumos.

-¿Eres Zita, verdad - preguntó el hombre que parecía haber estado esperándola, - pariente, como yo, de Dorotea ?

-Sí, Gonzalo - respondió ella - ¿Qué te ha pasado ?

-Nada - masculló él, empujándola precipitadamente hacia la escalera.  
- Oye ¿podrías darme un poco de agua ?

-¿Cómo no ?

Tan estrecha era la empinada escalera que iban rozándose los dos cuerpos, y ella notó que Gonzalo temblaba miserablemente. Llegaron al entresuelo. Abrió Zita la puerta del piso y fueron derechos a la cocina, contenta ella de ver que estaba trabajando su hermana en la sala.

Para que no se enteraran los huéspedes, si andaban por casualidad en la casa, atrancó la joven la puerta de la cocina. Se le había transmitido el nerviosismo del otro. No sabía qué hacer. No ignoraba (por habérselo contado su prima) que Gonzalo era un faccioso de los que predicaban el uso de la pistola y la navaja. Fue por consiguiente con disgusto y repugnancia que emprendió la tarea de lavarle las heridas. Si su novio

llegara a enterarse, su novio que había adherido últimamente al partido comunista y estaba envuelto también en toda clase de refriegas, no sabía lo que podría pasar.

Tan pronto como terminó él de peinarse y arreglarse el atuendo un poco, desatrancó ella la puerta y, todavía muy agitada, le dijo : - Ahora te pido, por favor, que salgas y no hables de esto a nadie.

Aunque ya había recobrado el aliento y bebido un poco de agua, estaba Gonzalo muy fatigado ; probablemente se sentía inseguro, sospechando sin duda que sus perseguidores estaban todavía en las inmediaciones. - Déjame descansar aquí un cuarto de hora - dijo -, te lo suplico ; - Y, según se sentaba en una de las banquetas, al levantar la chaqueta un poco, descubrió Zita que llevaba una pistola al cinto.

-Habéis estado peleando con obreros - señaló Zita, al tiempo que sentía que su pecho se llenaba de indignación ; y recordando lo que le había contado Agapito sobre las provocaciones fascistas, añadió : - La estaca en la mano, el puñal al cinto y la pistola preparada. ¿Es eso lo que os enseñan ?

-¿Qué dices, chica ? - replicó él, abrochándose instintivamente la chaqueta.

-Pues eso. Conozco vuestra consigna. Pensáis así acabar con el movimiento obrero, ¿eh ?

-Con el movimiento **rojo**, quieres decir - la cortó él, sintiendo igualmente la indignación subirle al pecho. - Obrero u operario es el que trabaja. **Estos** son unos irresponsables sin moral. ¡ Queremos una España del espíritu, una España con honor ! ¿Lo entiendes ? - Y, como ella fuera a decir algo, él se levantó de su asiento y le tapó la boca. - Restableceremos la decencia española, como corresponde a una nación cristiana occidental -

añadió muy bajo, apenas un susurro. - Sí, a tiros, si hace falta. ¡Limpiaremos el suelo patrio de basura! - Sus ojos esta vez echaban fuego.

A pesar de sus treinta y un años, Zita era todavía una muchacha, tímida y suave como una alondra. Pero no era cobarde. Muy al contrario. Así que, cuando vio en los ojos de aquel hombre esa dureza y agresividad, rayana en la delincuencia (« el crimen con el nombre de España en los labios y vomitando odio, » como había dicho Ferrer), no pudo contenerse. Se apartó de él clavando la mirada en sus ojos azules, le abrió la puerta de par en par y, sin alzar la voz para que no la oyera su hermana, ordenó fulminante : - Mira. Te he ayudado sabiendo que venían tras de ti, cobarde, y aún no ignorando que eres, como lo eres, enemigo declarado del pueblo, por los lazos que nos unen a otras personas - (él iba a hablar, pero ella no le dejó.) - No consentiré que insultes a la clase obrera, ¿lo oyes? Ahora lárgate inmediatamente. - Y casi a la fuerza lo sacó de la cocina y le condujo a la escalera.

Apenas se veían ahora Zita y Agapito. Por casualidad aquella era noche de cita. Se encontraron, como de costumbre, en el portal, y pasearon por un rato en los soportales de la Acera de San Francisco, la Plaza Mayor y hasta la Calle Santiago, siempre tan concurrida. Y vuelta a casa despacito, mezclando la conversación con largos trechos de silencio. No se atrevían ya ni a acercarse a la Acera de Recoletos, donde había plantado el ayuntamiento unos árboles hermosos y colocado bancos muy cómodos de madera entre los árboles. Tal era el estado de inseguridad y miedo que reinaba aquellos días en la ciudad.

Hablaron 'los eternos prometidos' un poco de todo, el trabajo de ella, la costura, el negocio de la carbonería, las reuniones de la Casa del Pueblo, amistades, la ebanistería de Lucio y Dorotea. Pero Zita se libró bien de mencionar al primo de ésta, el incidente de aquella tarde en su casa con Gonzalo Beltrán. Y era casi la primera vez que le ocultaba algo al novio.

Agapito se pasó aquella noche por la tienda de su amigo. Había reunión en la ebanistería. Allí encontró a Ferrer y otros camaradas. A medianoche acompañó a Ferrer hasta la Plaza de San Pablo. Hacía tiempo de lluvia, aunque de temperatura agradable. Se despidieron los dos amigos, y Agapito se volvió a la Calle de las Angustias. Dormía en la carbonería.

Una sombra salió de un portal a poco, y siguió al catalán por un buen trecho a una cierta distancia. Luego se le acercó un poco, coincidiendo con la salida del sindicalista de la parte iluminada de la ciudad. En seguida se unió a la primera sombra una más.

En un callejón solitario y oscuro, se lanzaron sobre el sindicalista las dos sombras, empuñando unas porras o estacas. La lucha fue dura en un principio, habiendo acertado uno de los atacantes a dar con su estaca en la cabeza de su víctima. En seguida, sin embargo, se cambiaron las tornas y estaba Ferrer defendiéndose como un león, cuando se oyó el ruido de un motor, y llegaron otros dos individuos en una motocicleta, los cuales se lanzaron asimismo contra el gigante obrero.

Y allí hubiera acabado la carrera del militante sindicalista de no haber ocurrido todo aquello en un barrio obrero, pobremente iluminado, eso sí, pero de gente de izquierda políticamente muy activa. Al ruido y las voces acudió corriendo el sereno, que no cesaba de dar golpes con su chuzo en los adoquines de la calzada, golpes que en seguida contestaron otros vigilantes de la barriada, acompañándolos con llamadas estridentes de sus silbatos.

Al instante se dieron los facciosos a la fuga, dejando al sindicalista herido por tierra.

## CAPITULO 34

Alguien vino a la mañana siguiente a la carbonería a avisar a Agapito, el cual salió corriendo alarmado en dirección de la Calle Esgueva.

-¿Qué pasa ? - le gritó Dorotea, que acababa de salir de casa para ir a la compra.

-Han tratado de asesinar a Ferrer - contestó el carbonero, fuera de sí.

Y Dorotea, haciendo grandes aspavientos con los brazos, en señal de desesperación, salió tras él gritando : - Y tú ¿a dónde vas ? Di.

-Pues a verle al hospital - respondió Agapito. - Figúrate que anoche estuvimos paseando un rato juntos.

-Y ¿qué ?

-Pues eso, que no sé nada. Quiero enterarme. Está ahí cerca.

-Entonces voy contigo.

Entraron en el Hospital de Santa María de Esgueva, un viejo y hermoso edificio, que había sido antaño un palacio, obra de un gran arquitecto moro. Subieron las escaleras todavía corriendo y faltos de aliento, para ser informados por las enfermeras que la visita aún no había comenzado.

Pasaron, pues, a sentarse en una sala de espera, en cuyos bancos de madera de pino ya había como una docena de hombres y mujeres que venían igualmente a visitar a los enfermos.

En uno de los muros de esta inmensa sala de espera había una representación de un importante episodio de la Biblia, según podía leerse en la plaquita del borde inferior del cuadro, LA DEGOLLACION DE LOS INOCENTES. Dorotea se quedó extasiada contemplando aquella extraordinaria obra de arte. Figuraban en ella varios grupos de soldados que, fieles cumplidores de las órdenes de su comandante, perseguían a innumerables pequeñuelos, buscándoles por todas partes, arrancándolos de los brazos de sus madres para degollarlos; una mujer, que contemplaba desolada el cadáver de su hijito, aparecía de rodillas en primer plano, y su rostro era la expresión acabada del dolor, como una Virgen de las Angustias. Había otra madre lanzándose sobre un soldado en el momento en que éste estaba dando muerte con su daga a un bebé que sostenía por una pierna en la otra mano. Otra madre, a gatas entre dos hileras de soldados, trataba en vano de alcanzar y arrebatarse el cuerpo inerte de un pequeño de las garras de un anciano venerable que lo devoraba. Se veía aún otro verdugo, vestido sólo de la cintura a las rodillas, que llevaba al hombro una lanza y, atravesándolo con ella, mostraba al mundo el cuerpo ensangrentado de una criaturita. Otra mujer no lograba llegar a su pequeñín, cuyos tobillos sostenían dos soldados en un grupo de cinco, cada uno con su daga. Pero lo que finalmente más atrajo la atención de Dorotea, entre tanto sadismo y tanto crimen, fue la figura de una mujer hermosa que, al fondo de la horrorosa escena, parecía salir huyendo, a través de un grupo nutrido de soldados, llevándose consigo de las manos a sus dos hijos mellizos. Era un rostro sublime de mujer, en el cual se reflejaban el coraje y la determinación. Tuvo que cerrar los ojos para no sucumbir a la emoción, un fuego que la subía de lo más profundo de su ser de madre y ciudadana.

No supo cuanto tiempo permaneció en aquel trance de pies delante de aquel cuadro. Sintió que alguien la tocaba en el hombro, al tiempo que oía tras de sí la voz, siempre tan cariñosa, de Agapito.

-Cuando quieras. La visita ha comenzado.

Entraron en una sala llena de gente, distribuída en pequeños grupos, cada uno alrededor de un lecho blanco en que yacía un enfermo. Fue Dorotea la que primero vio a Ferrer, su cabeza rubia envuelta en vendas y esparadrapos. El la reconoció al instante.

-¿Que tal, Doro ? - murmuró, - gracias por haber venido. ¡Hola, Agapito !

Se sentaron los visitantes en sendas sillas blancas de hierro, y Dorotea fue la que abrió la conversación.

-¿Qué te ha pasao, chico ? - le preguntó al herido, en un tono triste pero desenvuelto. - ¿Te encuentras mal ?

-No **muy** mal - contestó éste, empezando a animarse algo. - Me zurraron una buena. Pero no, no moriré de ésta. Me arrearón sólo en la cabeza.

-¡ Sólo ! dices - exclamó Agapito.

-Lo que quiero decir - sonrió su camarada, - bueno, como la tengo tan dura, no mordió mucho la estaca. Ya me ha dicho la enfermera que, si no hay fractura, lo de la cabeza cura pronto.

A pesar de las palabras reconfortantes del amigo, el carbonero sintió la ira subiéndole por todo el cuerpo. - ¡Qué diablos ! - exclamó con vehemencia. -Tendremos que acabar con toda esa carroña antes de que acaben ellos con nosotros.

-No te preocupes, hombre, que no ha pasado nada. Estoy bien. Y hasta me puse esta mañana a leer el periódico.

-No digas - insistió todavía el carbonero. - Siempre tan flemático, Ferrer. Pero van a por ti. Tú lo sabes. Esta es la segunda vez que lo intentan, ¿no ?

-Lo del refrán, ¿es eso ? Quieres decir que no hay dos sin tres. Y ¿te crees que me voy a poner a temblar ?

-Ten cuidado, chico - interpuso Dorotea, - que a lo mejor a la tercera va la vencida.

Entre tanto el carbonero apretaba los dientes, golpeando el puño derecho en la palma de la mano izquierda. - Lo que me jode - dijo, ciego de enojo - es que no sirve para nada el haber ganado honradamente las elecciones. Como yo digo, si no lo obtienen por las buenas, estos canallas, a tratar por las malas, me cago en la leche.

-Pero eso ya se sabe, Agapito, se ha sabido siempre. Jamás los enemigos del pueblo y de la raza humana concedieron nada por las buenas. Hemos de forzarles mediante la lucha, una lucha encarnizada y sin cuartel, ¿no lo ves ?

-Ellos no nos lo darán. Eso es seguro. No cesarán jamás, ¡ canallas !, en su empeño de explotar y aplastar al obrero ; día tras día, siempre.

-Cada día, eso es la verdad, trae un nuevo sufrimiento - dijo Dorotea, pensativa. - ¡ Ay Dios, Dios ! Nos matarán a todos. Ten cuidado - repitió.

-No me asusta la muerte antes de tiempo. Cada uno cumple con su destino. Hemos combatido y esperado tanto. Y aquí estamos. No podemos abandonar la lucha. No podemos dejar el campo libre a nuestros enemigos, que quieren ocultar la realidad de las cosas a la nación. De eso es de lo que se trata. Hay que hacer ver al pueblo ; y mientras tengamos vida lucharemos para desenmascarar al fascismo. Si no por nosotros, hagámoslo por las generaciones futuras.

-Eso es - murmuró Dorotea, como para sí, - por nuestros hijos. - Estaba pensando en lo que había visto en la sala, la matanza de esos niños, tantos de ellos, por soldados del ejército. Cogió la mano del herido, y le dijo, acercándose : - Gracias. En nombre de todos los niños inocentes te doy las gracias.

Ferrer la miró con muestras de reconocimiento y simpatía. Luego continuó hablando : -¿No habéis visto que una gran parte del esfuerzo de estos clérico-fascistas es hacer entrar la reacción en los cerebros, y más concretamente conseguir que los hijos de la clase obrera carezcan de instrucción básica, que no tengan acceso a los medios de enseñanza de que disponen los vástagos de los ricos ? Y ; cómo hacen lo indecible para que si por casualidad los pobres van a la escuela, que sea a un establecimiento **católico**, donde les enseñen unas cuantas supersticiones y, sobre todo, a que sean humildes !

-Ahora lo has dicho, Ferrer - asintió Agapito. - No pueden soportar que se haya adoptado la enseñanza laica y gratuita para todos ; la quieren sólo para ellos, como todo. Son insaciables.

- ; Que si lo son ! Mira, coge por favor ese periódico. Allí, en el medio. Es el de los curas, pero sirve para el caso.

Agapito se levantó de su asiento y fue a coger el Diario Regional, que se hallaba como por casualidad en una mesa en el medio de la sala. Cuando se volvió a sentar, su camarada señaló con el dedo un artículo, y dijo : - Anda, léelo en voz alta para que lo oiga también Doro.

-“Quieren arrancar de las almas jóvenes” - comenzó Agapito la lectura.

-Es la Iglesia quien lo dice - comentó Ferrer - el concilio de los obispos. Se refieren al gobierno legítimo que tratan, claro, de usurpador.

Sigue. Vamos a ver qué es lo que quiere arrancar el gobierno de la mente de los jóvenes.

-“Quieren arrancar de las almas jóvenes” - prosiguió Agapito – “los tradicionales sentimientos católicos tan profundamente arraigados en el buen pueblo español y secularizar así la enseñanza, inspirada hasta ahora en la religión y moral cristianas. Frente a una ley tan lesiva de los derechos y libertades eclesiásticas, que debemos defender y conservar en toda su integridad, creemos ser deber preciso del ministerio apostólico reprobarla y condenarla. Por consiguiente protestamos solemnemente y con todas nuestras fuerzas contra la misma ley ; declaramos que ésta no podrá nunca ser invocada contra los derechos imprescriptibles de la Santa Madre Iglesia.”

-Ya está dicho todo - dijo Ferrer. - La Iglesia quiere el monopolio de la enseñanza. Es su consigna : ‘Dejadnos un niño durante sus siete primeros años, y poseeremos su alma toda la vida.’ Eso es lo que persiguen, hacer esclavos de **nuestros** hijos, dividir la sociedad en clases, la dominante y los explotados. Para conseguirlo están dispuestos a todo. Destruirán la Tierra entera antes que perder ese poder que han usurpado de la nación a través de guerras, el engaño, el robo, el asesinato.

- ¡ Qué razón tienes ! - exclamó Agapito. - Sí, a la guerra quieren ir. Si lo dijo el otro día, hombre, uno de sus testaferros en las Cortes, que se comentó, como sabes, en la Casa del Pueblo. Un militarongo, creo que era, que dijo “que no dudarían ni un instante en sumergir el país en un baño de sangre y de fuego regenerador.”

La conversación entre los dos amigos continuó por algunos minutos más, y Dorotea escuchaba, convencida. Miraba a Casimiro Ferrer y pensaba que, si le hubiera tocado en suerte casarse con un hombre así, otro gallo la hubiera cantado. Habría sentido ella también ese fervor y habría comprendido bien las cosas, y hasta se habría hecho, como él, del partido comunista.

Acabada la visita, los dos visitantes salieron a la calle, donde se despidió Dorotea de Agapito, diciendo que tenía que ir de una carrera a la plaza y correr a preparar la comida para el marido y los niños. Al entrar media hora más tarde en la Calle de las Angustias, tenía todavía en el pensamiento el recuerdo de aquel horrendo cuadro de la matanza de los niños inocentes así como de los otros acontecimientos de la mañana, y no podía contener la agitación y el nerviosismo que la embargaban.

El sol había llegado a su cenit, y estaba su calle querida radiante de luz, de movimiento y de vida. Era un día de los esplendorosos de finales de primavera : la gente entraba y salía de las tiendas, y de los bares y cafés ; de los portales de las casas ; se veían mujeres asomándose a los balcones, esperando ver llegar a sus esposos para el almuerzo ; y los niños que habían terminado las clases de la mañana venían charlando, jugando, dando patadas a las piedras aunque nada más fuera ; y tampoco faltaba el progreso, algunos vehículos de motor que alternaban en la calzada con los carros, las carretas de mano, la gente.

Según se acercaba la mujer a su propia morada, vio que salía de la iglesia un nutrido grupo de fieles de ambos sexos, y a continuación vio a don Niceto dirigiéndose a la casa rectoral. Era una casa de tres cuerpos, una puerta de roble ocupaba en gran parte el entresuelo. Había un balcon en el principal, y otro piso encima ; y más arriba un ático, con su ventana retranqueada en el medio del tejado. Fijó los ojos en esa ventana y sintió un escalofrío. Hizo el resto del trayecto muy deprisa, entrando sofocada en la ebanistería. - ¡Lucio, Lucio, amor mío ! - exclamó, dejándose caer en los brazos del marido. - Dime que me quieres, que no reñiremos nunca. Tenemos que estar muy unidos, cariño.

¿Qué te pasa ? - preguntó extrañado el bueno de Lucio, que había estado trabajando en la tienda toda la mañana.

-Han herido a Ferrer. ¡ Un atentado !

-¡Diantre! Pero... pero si no hace, vamos, que estuvo aquí con nosotros anoche.

-Pues anoche trataron de asesinarle - replicó Dorotea, sosteniendo excitadísima las manos del marido. - Le he visto en el Hospital Esgueva. Dice que ahora más que nunca tenemos que luchar y estar vigilantes para que no haya guerra.

El la abrazó de nuevo, y la besó en los labios. - No temas, bobiña - dijo - que la clase obrera no es tonta ; sabemos lo que queremos, y el futuro mostrará de lo que somos capaces.

**FIN**

**FERNANDO GARCIA IZQUIERDO**

**9, RUE VERNET**

**78150 LE CHESNAY FRANCIA**

**TEL. 00 33 1 39 54 01 98**

